

# AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA



# EL ÁREA MAYA



GOLFO  
DE MÉXICO

CAMPECHE

MAR  
CARIBE

OCÉANO  
PACÍFICO

# AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA



Campeche, México  
La creación literaria

**La obra**

*Ahí donde se quiebra la piedra*

**Redacción de la novela (por orden alfabético)**

Dulce Gabriela Berenice Ceballos García, Andrea Fernanda Chuc Huitz, Eduardo Eliu Pech Urdapilleta, Alexander Antonio Segovia Haas y Luis Alfredo Trejo Torres

**Diseño del pictoglifo de la portada**

Frida Larios (Nuevo Lenguaje Maya©)

**Fotografía**

Coordinación del Proyecto Ja'ab

**Diseño editorial**

Luis Antonio Acosta Cruz, Carlos Alberto Aguilar Gaumer, Arbee Farid Antonio Chi, Ana Gerardina Díaz García, Adriana Maritza Jiménez López, Jessica Paola Juárez Mendoza, Óscar Daniel Mijangos Andrade, Bruno Adrián Muñoz Ucán, Manuel Eduardo Peón Ceballos y Eduardo Vivas Mena

**Coordinación del diseño editorial**

Ana Bretón

**Edición del contenido en lengua maya**

Felipe de Jesús Castillo Tzec, del Departamento de Lengua y Cultura del Instituto para el Desarrollo de la Cultura Maya del Estado de Yucatán (INDEMAYA)

**Edición y revisión final**

Joan Serra Montagut

**Impresión**

Offset Santiago

**Coordinación de la publicación, de la colección del Proyecto Ja'ab y de SOM Editorial Colectiva A.C.**

Joan Serra Montagut

Primera edición: octubre de 2016

D.R. ©SOM Editorial Colectiva A.C.

contacto@someditorialcolectiva.org

www.someditorialcolectiva.org

ISBN Volumen: 978-607-96771-8-3

ISBN Obra Completa: 978-607-96771-0-7

Reservados todos los derechos. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o mecánico sin consentimiento del legítimo titular de los derechos.

Hecho en Campeche, México

Editado en Mérida, México

Impreso en la Ciudad de México, México

# AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA

Es uno de los 12 libros que conforman el Proyecto Ja'ab, una iniciativa colectiva, emprendedora e independiente coordinada por Joan Serra Montagut a través de



Con nuestro esfuerzo y dedicación ganamos





Agradecemos a Fomento Cultural Banamex por haber financiado la impresión de esta publicación.

Agradecemos a la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura de los Estados Unidos Mexicanos por haberla distribuido junto al resto de libros de la colección.

Agradecemos a Iberbibliotecas por haber financiado parte de la coordinación del Proyecto Ja'ab y a la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno de México y la Agencia Mexicana de Cooperación Internacional para el Desarrollo por haber otorgado el apoyo de Estancia para Creación Artística en el marco del Programa de Becas de Excelencia para Extranjeros.

Agradecemos especialmente a todas las universidades de Mérida (Yucatán, México) que han contribuido en la concreción de esta aventura literaria y que han gestionado la colección de manera colectiva y colaborativa (ver página 169).

Agradecemos, en particular, al grupo de escritoras y escritores que regalaron su talento y su visión entusiasta de la creación literaria para construir un libro crítico y libre que se enraíza con los saberes ancestrales y con la necesaria conservación del medio natural que nos rodea dando rienda suelta a nuestra imaginación.







El 21 de diciembre del año 2012 un ciclo calendárico de millares de años se cerró con la finalización del 13 Baktun e inició una Nueva Era que, para una parte importante de la cultura maya, es el inicio de un cambio global y holístico que nos debe llevar a todos los seres humanos hacia una etapa de armonía, diálogo, convivencia y sabiduría.

El Proyecto Ja'ab nace con el espíritu de aportar una semilla genuina en este nuevo periodo a través de 12 libros que se han desarrollado de manera colectiva en 12 ciudades de la región maya actual, desde San Salvador hasta San Cristóbal de Las Casas. Con dichas publicaciones, que respetan la estética vernácula y los estímulos originarios de cada lugar, se fomentan la escritura, la lectura, la libertad de expresión y la creatividad mientras se ofrece un campo amplio para la reflexión alrededor de 12 temas que afectan a todas las personas, en todas partes y en cualquier momento de la historia humana.

En la lengua maya que se habla en la Península de Yucatán *ja'ab* significa *año*. El objetivo del Proyecto Ja'ab es implicar a más de medio millar de jóvenes, los grandes protagonistas de esta iniciativa, en la confección de dicha colección que creará nuevas conexiones, nuevos estímulos y nuevas aventuras artísticas. La meta, también, es hacerlo desde el primer año de esta Nueva Era para demostrar que los jóvenes, cuando nos unimos, podemos eliminar montañas de odio y apatía, virar rumbos, soñar nuevos mundos y construirlos de manera colectiva e igualitaria.

Disfruta de este viaje literario sin precedentes y camina con nosotros por un *sacbé* hecho de imaginación y de luz.



# La creación literaria como narración de la vida colectiva

Cuando la niña o el niño salen del vientre de la madre y llegan al mundo por primera vez emiten un grito sonoro y definitivo y se comunican con la novedad enorme y envolvente que les rodea. Comunicarse forma parte inseparable del instinto fisiológico inicial del ser humano. A medida que crece, balbucea y emite sonidos que significan deseos, preocupaciones o miedos. Con el tiempo, se adapta a la convención social del lenguaje y articula sus pensamientos en palabras y construcciones sintácticas y semánticas que tienen sentido para la mayoría de sus semejantes. Cuando ya ha adoptado todos estos mecanismos es capaz de pensar y reconstruir el lenguaje, de usarlo como juego y como herramienta poética, como bala crítica y como arma de seducción. La literatura es, sin duda, la cúspide creativa de este acto comunicativo.

A medida que el ser humano se fue agrupando en núcleos poblacionales sedentarios cada vez más densos ha habido una necesidad, desde la Edad Antigua, de documentar dicho proceso y muchos otros, de reportar las realidades cotidianas y de crear vínculos comunicativos materiales. En definitiva, la imperante urgencia de ser eternos a través de una plataforma escrita que nos construya, que nos refleje y que hable de lo que somos y de lo que queremos ser permitió el florecimiento de la escritura, nacida en tiempos antiquísimos. La invención del paso de lo fónico a lo escrito y legible se dio en varios lugares del mundo de manera independiente. Las primeras técnicas de escritura se remontan al cuarto milenio antes de Cristo en Egipto, Mesopotamia y China. En América, el surgimiento de la escritura está ligado a los jeroglíficos de la cultura maya.

Hay muchas tipologías de escritura, muchos alfabetos y muchos motivos que impulsan a que el ser humano quiera escribir.

De todas estas vías, la literatura es la que está más ligada a los sentimientos y a la imperiosa necesidad de compartirlos con otros semejantes. La escritura es el instrumento idóneo para cazar nuestras emociones al vuelo, para catalizarlo todo en un acto artístico y creativo sin precedentes que sirva para expresar nuestra realidad perecedera de manera muy particular, compleja y, a la vez, cercana.

La literatura es un mar de apaciguada calma en ocasiones; en otras, es un océano de tormentosa vitalidad. La literatura surge de la necesidad de solidificar sentimientos e instantes que tienen la misión inequívoca, como el aire, de desaparecer pero de cambiar vidas. La novela es la manifestación literaria más conocida y era inevitable que el Proyecto Ja'ab se fijara como meta crear un libro colectivo con las características que presenta este género literario. Como siempre, ha pretendido innovar y realizó un giro a la normalidad novelística creando una historia escrita a doce manos, un esfuerzo cohesionador y creativo que ha dado como resultado una historia futurista que muy pocos asociarían a San Francisco de Campeche, una ciudad colonial apacible y bella que ha sido escenario de momentos históricos de gran importancia para la región.

AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA da una vuelta de tuerca a esta imagen onírica y casi irreal de la preciosa ciudad de Campeche para tratar temas de candente actualidad como el maltrato al medio ambiente, la pérdida de los orígenes, la falta de identidad, la dualidad pueblo-ciudad y la separación endémica entre ambos, el racismo crónico y el clasismo exacerbado.

A lo largo de la historia humana, grandes nombres de la literatura universal han sucumbido a sus musas y han creado obras de incalculable valor que hablan de nosotras y de nosotros y que analizan nuestro mundo desde la introspección de lo nunca dicho, de lo nunca revelado y también de lo compartido. Ya sea desde la épica, desde la epopeya, desde el cuento, desde la novela, la fábula, la lírica o la literatura dramática autores como Homero, Dante Alighieri, Miguel de Cervantes, William Shakespeare, Franz

Kafka, Sor Juana Inés de la Cruz, Agatha Christie, Oscar Wilde o León Tolstoi, entre muchos otros, han aportado su talento expresivo y su particular visión del mundo para que lectoras y lectores de todo el globo puedan comprenderse mejor y puedan acercarse a las grandes verdades de la vida. La literatura no lo es plenamente si no surge del intento de crear de la nada historias que puedan ser un reflejo fiel de la grandeza y/o la nimiedad del ser humano, del poder enorme del amor y del efecto destructor del odio. Actuamos en este escenario y la escritora o el escritor se limitan a observar y a sorber la esencia de todo lo que les rodea y a plasmarlo en un manuscrito, en una superficie, que será leída por desconocidos lejanos e interiorizada como una verdad más de la vida, siendo inmortal para siempre. Este es el objetivo del arte en general, esta es la pulsión de la escritura y esta es la función de la palabra que narra: solidificar cosas que están destinadas a desaparecer, es decir, convertir el aire en tierra y eternizarlo.

El Proyecto Ja'ab, comprometido con la libertad de expresión y con la creación literaria regional y autóctona, ofrece esta publicación, AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA, para promover la lectura entre los jóvenes con un material esencialmente literario elaborado por ellos mismos. AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA sigue la estela literaria de SOMOS, el libro colectivo de poesía coordinado a través del Proyecto Ja'ab y realizado en Mérida (Yucatán, México), ciudad vecina a Campeche, y también la de (i)RAÍCES(?), conjunto de cuentos históricos contados en primera persona realizado entre Mérida y Maní.

Las seis autoras y autores de AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA han escrito un libro que será un parteaguas en la manera de concebir la creación colectiva mientras labran, con ilusión y esfuerzo, su futuro como escritoras y escritores. Les deseamos una brillante carrera mientras nos sumergimos en esta iniciación grupal y catártica como narradores de un nuevo tiempo.

COORDINACIÓN DEL PROYECTO JA'AB









## Ahí donde se quiebra la piedra

Año 2050. Una marea negra está llegando a la costa de la ciudad colonial de San Francisco de Campeche y amenaza con provocar un desastre natural de dimensiones épicas. El cambio climático vaticinado en décadas anteriores y el deshielo de los polos son ya realidades porque el ser humano no fue capaz de frenar a tiempo su afán consumista y depredador. El mar, en Campeche y en todo el mundo, empieza a inundarlo todo. A este crecimiento del nivel del mar se le suma la explosión de una torre petrolífera en el Golfo de México y la peligrosa contaminación de crudo que quiere destrozarlo todo a su paso. Se necesitan soluciones rápidas y en esta situación de caos, los dirigentes políticos siguen repitiendo viejos patrones que fomentan la desigualdad social, la división, el racismo y el clasismo.

Año 2013. Día Internacional de los Océanos. Un grupo de seis jóvenes originarios, en su mayoría, de San Francisco de Campeche, se reúne en la Casa número 6, espacio cultural ubicado en el parque central de esta ciudad, para enfrentarse, como hace cualquier escritor, a un papel en blanco. A la nada. Al vacío. Surge el diálogo. Poco a poco, se va dilucidando la trama de la novela colectiva que el grupo está a punto de iniciar: el medio ambiente, el cambio climático, la muerte, las tradiciones indígenas... El mar es el eje central, el inicio y el fin, el elemento purificador que sana los errores humanos. La crítica social en contra de la desigualdad y el racismo es el canal elegido y Francisco Xiu es el protagonista de una historia que nos muestra que es posible remendar los errores del pasado y recuperar las raíces cuando todo parece perdido.

La novela, que se terminó de escribir, simbólicamente, en *Janal Pixán* (Comida de Muertos), da paso a una serie de escritos que surgen del talento de este equipo de valientes que también se atreven con el cuento breve, con la poesía y con la reflexión acerca del tema más universal de todos: la muerte y el sentido de la vida.



A vertical photograph of a sunset over the ocean. The sky is filled with horizontal bands of color, ranging from deep red and orange near the horizon to dark, almost black, at the top. The sun is just below the horizon, creating a bright glow. The ocean below is dark with small, shimmering waves that catch the light from the setting sun. In the lower right quadrant, there is a handwritten quote in white cursive script.

Aquí donde se  
quiebra la piedra



## SINOPSIS

Campeche. Año 2050. El cambio climático temido desde hace décadas provoca el deshielo de los polos y el nivel del mar sube de manera preocupante. En este caos medioambiental global, una central petrolífera del Golfo de México explota y se vierte una gran cantidad de crudo por toda la región. La marea negra llega rápidamente al puerto de Campeche y los gobernantes del Estado intentan dilucidar cómo pueden evitar que la suciedad del agua influya en la vida y en la salud de sus ciudadanos que, poco a poco, se van aislando mientras San Francisco de Campeche se va convirtiendo, paulatinamente, en una isla protegida solamente por los altos muros históricos que la circundan, los mismos que otrora sirvieron para protegerla de los temibles piratas que surcaban estos mares. Equivocadamente, la clase dirigente decide levantar aún más los muros que siempre sirvieron para defender a la ciudad y al no disponer de espacio intramuros suficiente para alojar a toda la ciudadanía de Campeche elaboran un proceso de selección para determinar quiénes pueden residir en el centro amurallado y quiénes no, mismo que solamente pueden superar las personas que proceden de una clase social acomodada, de origen urbano y de tez clara. Los demás, los que no se insieren en este cliché, escapan y se refugian en la lejana serranía Puuc, donde logran recuperar los valores ancestrales de respeto a la naturaleza que les legaron los abuelos mayas para ser felices nuevamente en consonancia con la naturaleza.

Mientras, en la ciudad se vive un clima opresivo. Esta situación extrema hace que el protagonista de la historia reflexione acerca de sus orígenes, de sus raíces y de la superficialidad que ha envuelto su experiencia vital en la anhelada ciudad de Campeche, que debía reportarle éxitos y progreso en sus sueños de juventud. A sus 77 años (nació en 1973) decide escapar e ir en busca del amor de su vida, regresando al lugar que lo vio nacer sin saber que, quizás, ya es demasiado tarde.



## DRAMATIS PERSONAE

### **FAMILIA DE POMUCH (por orden de aparición):**

FRANCISCO XIU (MONDRAGÓN): Protagonista.

JUSTINO XIU: Padre del protagonista.

PALOMA: Madre del protagonista.

NICTÉ-HA: Amiga y enamorada del protagonista.

### **FAMILIA DE LA CIUDAD (por orden de aparición):**

FRANCISCO MONDRAGÓN (XIU): Protagonista.

EMILIANO GAMBOA: Esposo de Luciana Mondragón, amigo de Francisco Xiu-Mondragón y gobernador electo del Estado de Campeche durante la hecatombe climática.

JOSÉ IGNACIO MONDRAGÓN: Padre adoptivo del protagonista.

VIRGINIA HERRERA DE MONDRAGÓN: Madre adoptiva del protagonista.

LUCIANA MONDRAGÓN: Hermanastra del protagonista.







Una garza blanca llega rezumando un hedor viscoso. Patas y pico ya no abandonan el negruzco tono y se posa en la saliente de color verdoso. El viento no acaba de sanear esta fuente de mal olor. La gran masa oscura es impresionante, mecida por toda la lengua de mar que la rada abriga. Terreno infecto y fenómeno pestilente es el agua toda, un miasma que el viento sudeste de la tarde contribuye a desatar. A pesar de todo, sería imposible, entre tanta oscuridad, perder detalle de los claros colores que aún recubren el plumaje del ave.

El avistamiento de algún cardumen de peces, piensa él, llama la atención de la garza y presta emprende el vuelo con esa gracia leve que tanto le valiera en pasados siglos un preferente sitio en la ensoñación modernista, abandonando el mínimo islote revelando por la bajar.

Un inexpresivo rostro de mujer, con la mirada dirigida a la puesta de Sol, también observa esta escena.

La mancha negra ha ido perdiendo fuerzas y, ciertamente, ya no es del tono negro vivo tan enérgico que descubrió la sonda mientras salía entre misteriosos derrames de sus entrañas para modificar el inmediato entorno de una manera irremisible. Algo debilitada por el paso de los días, aunque persistente en su oscuro tono y efectos, la marea negra parece haber llegado para quedarse. Toda la ensenada de la pequeña ciudad irá atrayendo con el oleaje la marea negra sin posibilidad de sanear el cataclismo.

Trece minutos más de aguas descendientes revelan unas manos soportando el mentón, abstracción perfecta para esta oxidada estatua. Alguna placa tiene detallado su nombre y la fecha de su creación. Datos inútiles e impersonales.

La ciudad y su sempiterno puerto recibieron las aguas oscuras por un extraño efecto de corrientes cruzadas y por la explosión de la central petrolífera más grande del Golfo de México. Las modificaciones climáticas y los nuevos rasgos del mar encerraron el agua de la bahía, que no dejó que las olas negras se alejaran. Ahora, resulta curioso que, anteriormente, los doctores recomendaran a sus pacientes acercarse al mar para mejorar sus estados de salud respectivos. Lo cierto es que la simultánea contaminación de la bahía y el apresurado aumento del nivel del mar dejaron asolada la ciudad moderna, encerrando la vieja ciudad en el interior de sus fieles muros con sus hijos favoritos, los audaces y valientes marinos.

Naturalmente convertida así en isla, artificialmente rodeada por pestilentes y negras aguas, mecánicamente erigida por encima del crecido mar, la transformación ha sido prodigiosa.

El ingeniero holandés Humbert V. Snolff-Stein, llegado desde los insondables diques de La Haya, ha sido el encargado de la

protección de la ciudad vieja. Los muros, que se habían reconstruido en décadas anteriores por una burda e inútil cuestión estética, sirvieron para más de un propósito de supervivencia en el nuevo megaproyecto urbanístico.

San Francisco ya casi olvidó su nombre original, el prehispánico *Ah-kin-pech*. Actualmente, es más conocido como Campeche y acostumbra a leerse abreviando la letra C: *San Francisco de C*.

Desde la torre PJP (Progreso, Justicia y Poder), en la *mezzanine* privada del décimo piso, cerca de la cúspide, don Francisco Mondragón escruta con un moderno telescopio la partida de la garza. Le interesa el islote, que realmente es apenas un pequeño peñasco asomando por encima de las lúgubres aguas del golfo. Dicho islote aparece visible con la bajar que la hora permite.

El constante descenso del agua por el movimiento vespertino de la marea ya revela el perfil pétreo de la chica cubierto por una capa de recalitrante óxido. Es la Novia del mar. Don Francisco, pendiente del proceso de la bajada de aguas, sabe que en Gobernación ellos la conocen como el punto J-88. Para él, no obstante, sigue siendo el primer monumento y una de las leyendas más queridas que la ciudad le contara cuando llegó hace muchos, muchos, muchos años.

Son las 5pm del jueves 29 de octubre. La reunión del pleno acaba de comenzar en la sala de deliberaciones de la instancia gubernamental, ubicada en el piso octavo del PJP. Todos los secretarios, gentiles y gestores de San Francisco de Campeche están reunidos bajo el comando de don Emiliano Gamboa, ilustre gobernador del Estado y supremo jefe de la Junta Quincuagésima de Justicia Mayor, con sede en el mismo edificio (piso tercero). Tras el gobernador, se puede apreciar el escudo de la ciudad, que es el mismo que el del Estado, y los cuatro brillantes colores que lo seccionan. Él, Francisco, calla. Nada le ha interesado absolutamente en todo el día. No es el único que se siente así. Pareciera que la sala misma, cargada con esas románticas y arquetípicas escenas del

legendario pasado de la ciudad, produce pesadumbre en los eventos políticos actuales, como si procedieran de un tiempo ya olvidado e inexistente.

Existen dos series de murales. La primera evoca el pasado precolombino de la región y el otro la época dorada portuaria de Campeche, con sus personajes clásicos, sus muelles repletos, su tranquilo y límpido mar y el progreso que suponía ser la mayor y única entrada marina de toda la península yucateca.

Algunos secretarios sienten, al ablandarse sus corazones, una especie de opresión fatigosa que les recorre la vista al admirar tales imágenes casi vivas del pasado glorioso confrontado al presente de oscuridad. No es para menos. Las puertas de la sala son triángulos iluminados de manera sublime, pero en el interior, todo lo que no es escritorio de trabajo posee una luz solemne e indirecta, como demasiado subrepticia, que deja entrever con dificultad, pese a la claridad reinante afuera, la sala entera.

Levantando la vista del anotador–sintetizador, por descuido, don Francisco recorre con la mirada el decorado del lienzo. Vuelve a ver allí reflejada la imagen de la ciudad en su época de felicidad plena, antes de los días sin luz y las alzas del agua. Antes aún de los largos días de ensanchamiento de las murallas. Antes de la implantación de los controles de acceso a la revitalizada vida intramuros. No puede evitar sentir una contradicción en ese espacio tan reservado y privilegiado. A él le ha tocado conocer toda la tradición y el abolengo que la ciudad vieja traía consigo y le consta lo mucho que este pasado ha condicionado a su entorno. Numerosas veces ha llegado a pensar en Campeche como un pozo de agua atrayendo a muchas personas de los alrededores, sólo que el agua nunca era gratuita. Tampoco se la podía servir uno mismo e incluso había que aprender a beberla de un determinado modo para poderla probar. Pese a conceptualizar dicho pozo entre sueños nunca ha podido explicarse qué significa y por qué le parece el pozo más raro del mundo.

Como si tras viajar hacia el sitio y adoptar las enseñanzas suficientes para degustar el agua, uno olvidara que tiene sed sin apenas dar el primer sorbo.

Siguiendo la conversación que se desarrolla en este espacio, sale de su ensueño y levanta una vez más los ojos envejecidos sobre el horizonte pictórico que la sala dibuja en su muro oriental. Siente que desearía viajar hacia allí, hacia las fachadas rojas, hacia las de color rosa, limón, azul cielo y mostaza que se expanden en un laberinto citadino con unas torres gemelas que, desde la catedral, rascan el intenso cielo rosado y con tonos salmón en este bello atardecer de la costa. Piensa, divertido, que no ha cambiado todo y que los atardeceres, a pesar de la desgracia que están sufriendo, siguen siendo de una belleza insuperable.

Hacia las 6:45 de la tarde la sesión se levanta. Don Francisco aspira a regresar, melancólico, hacia su buhardilla, como él nombra al piso privado que usa para sus deberes oficiales, el mismo que todas las personas le atribuyen por privilegio familiar. Más allá de su conocida posición dentro de la sociedad, don Francisco tiene la cuestionable fortuna de ser el cuñado del gobernador Gamboa.

Por lo que a la opinión pública respecta, es don Francisco un tipo que ha corrido con mucha suerte y el larguísimo periodo de gobernación que las circunstancias van permitiendo le ha brindado día tras día más y más beneficios inmerecidos y mayor poder. Don Francisco Mondragón forma parte inseparable de la red compleja de dependencias que subyace y que mueve la vida oculta de la ciudad. Desde la implantación de la política del Control Estricto nadie tiene ninguna idea clara de cómo se vive en el otro lado del muro. Alguien ha estado a cargo de las dudosas transacciones que se llevan a cabo devolviendo a la superficie siempre cuentas brillantes y claras. Este rostro dual tiene un nombre, el mismo nombre que la ciudad —don Francisco— sin ser santo y el mismo apellido de quien, en realidad, la dirige: doña Luciana Mondragón, su arrogante hermanastra.

El proceso de saneamiento y elevación de los muros de la ciudad constituyó la clave del éxito que ahora lo encumbra en San Francisco de Campeche. Dicho proceso tomó más vidas humanas de las que los archivos permanentes de Gobernación estarían dispuestos a confesar.

La reunión extraordinaria que hoy ha acaparado el turno de rendimiento de cuentas de la comisión de Ciclaje Continuo y la visita de los Ancianos Ciudadanos Destacados ha tenido por objeto la prontísima aprobación de una nueva serie de reformas estructurales de la carta regulatoria de la ciudad que han admitido, además, ampliaciones en el amurallado de la ciudad. Don Francisco piensa que el uso de los muros ya es idea vieja, pero como los demás, como todos, la tilda de progresista. Sabiendo ya de antemano cuánto le equivaldrá en subyacentes ganancias dicha construcción, no puede quejarse.

Él es, en la vida pública, tan valioso e increíblemente necesario como siempre soñó ser. Su cuñado confía en él, en la fidelidad y la actitud servil que los años le han ido dando y, desde la candidatura de Gamboa, a pesar de la negativa original de doña Luciana, es el encargado del levantamiento de los muros para proteger la ciudad de la marea negra que se acerca, voraz e inclemente, con intenciones malignas de devorarla.

Pese a lo jugoso de las cantidades astronómicas de dinero que gana y el desmedido control que ejerce en la cámara cuando le nace hacerlo notar, él ya no siente la misma motivación de antes. Acarrea una enorme desgana desde hace meses. Despidiéndose de los gentiles, de los magistrados y de las demás personas presentes en esta reunión, tarda media hora en abandonar la sala entre apretones de manos y tomas fotográficas para la prensa. Según el gobernador Gamboa, estos son “momentos que hacen historia”. Don Francisco se aleja con el pendiente de cenar con Gamboa y su hermana Luciana Mondragón aquella misma noche.

Decide salir del edificio y toma el bulevar Carpizo–Menéndez hacia la zona Azul, donde tiene su residencia en el *Palazzo d'Azur*, el edificio más exclusivo del área meridional de la ciudad.

Ya en el *penthouse*, el restaurado catalejo que perteneciera a defensores de la ciudad de antaño (en alguna ocasión le dijeron que perteneció a un tal Juan Canul cuando le regalaron), es usado para perseguir estrellas, uno que otro cometa y los puntos que, por ratos, le traen recuerdos de la vieja ciudad. En general, prefiere el telescopio de su oficina en la PJP, aunque ya no está de humor para volver a su cotidiana zona de trabajo. En cambio, con un Martini seco en el bar y el ejemplar vespertino del *Heraldo del Progreso Hoy*, diario en línea recibido y ya abierto en su anotador-sintetizador, sale a la terraza con la terca esperanza de que Sol y agua le alcancen para robar un último vistazo del infausto J–88. Él teme que las obras de ampliación de los muros arrasen con aquel reducto de la ciudad que originalmente conociera. Sabe que no le importaría abrir en cualquier momento la absurdamente famosa cápsula del tiempo, pero siente que le dolería no ver más esa sílfide eternamente esperanzada, con los ojos puestos en el indefendible y vasto océano, esperando al amante perdido en la tormenta. En ocasiones, él mismo alcanza a sentir lo que siente la estatua, aunque su mirada viaje en la dirección contraria...

Extender el catalejo hasta el punto exacto y no hallar nada ha sido una sola cosa. Un sollozo que ni el Martini, ni las mejores noticias del vespertino heraldo pueden ya refrenar, un sollozo que escapa del pecho de uno de los hombres mejor posicionados de la legendaria ciudad amurallada del Golfo.

El Sol mismo, extenuado, acentúa el sentimiento de irreparable pérdida al morir frente las cálidas y tóxicas aguas de Campeche. Su estela se agota a los diez minutos. Sólo sombras acompañarán a Francisco Mondragón de aquí en adelante.







*“Este acontecimiento es extraordinario. La gente empieza a usar martillos, palas, varas y hasta sus puños. Ha sido todo un disturbio. Personas llenas de ingenio y osadía han sido las protagonistas del hecho que ha acontecido hoy en esta ciudad alemana y que tiene una enorme influencia en el resto del mundo. La gente ha usado todo aquello que tenía a su alcance para destruir el muro de Berlín y continúa haciéndolo. Berlineses y berlinesas, tanto de la zona oriental como de la occidental, han cruzado el límite que las dividía a ambas y han abrazado a sus opuestos y a desconocidos gritando, cantando y vitoreando muy emocionados. Ha sido, sin duda, una noticia que ha conmocionado el planeta. Hasta el momento, se reporta que miles de personas han cruzado ya la muralla destrozada buscando a sus familiares, amigos y conocidos que vivían al otro lado del muro. Después de 28 años de opresión y división, la herencia de la Guerra Fría que separaba el bloque socialista del bloque capitalista ha sido derrumbada.*

*Diversas naciones han celebrado la noticia de libertad para Alemania, una libertad que este país ha anhelado desde 1961. Es una escena cargada de un simbolismo profundo para la historia de Alemania y para el devenir mundial. A lo largo de estas últimas décadas, muchos han sido los que han tratado de cruzar este muro por encima, por debajo, rodeándolo o atravesándolo. Algunos de ellos murieron en el intento y casi todos han esperado muchos años para poder admirar, por fin, el ocaso de esta opresión. Berlín despertó y ya no había muro. El muro se construyó en 1961 con la finalidad de...”.*

De repente, ya no se escuchó la voz gangosa del locutor hablando sobre la caída del muro de Berlín.

—¿Qué pasó? ¿Se fue la señal, se estropeó la radio?—pensó Francisco.

Como en un acto reflejo, revisó inmediatamente las pilas pensando que tendría que ahorrar mucho dinero para poder ir a la tienda de abarrotes de doña Delfina para que le vendiera unas baterías que, según él, eran carísimas. Pero no, en realidad su padre había apagado el transistor. Francisco estaba tan absorto en la noticia que no se había dado cuenta de que su papá se acercó e hizo enmudecer el pequeño cacharro que le habían regalado en el festejo de su cumpleaños, pues él no quiso una bicicleta como el resto de sus amigos.

No bastó con apagarle la radio para cortar la emoción e inspiración que su hijo Francisco había sentido todo el día, escuchando las dos únicas estaciones de radio que llegaban hasta su pequeño pueblo, y dijo:

—No escucharás más estas noticias. Afuera se podrá caer el mundo pero acá lo que importa ahorita es estar todos juntos alrededor de la mesa cuando tu madre nos llame para cenar.

Francisco, a veces, no podía comprender el desinterés que tenía su papá y, en general, el resto de su familia, hacia el mundo, aunque creía que, simplemente, era consecuencia de vivir en un pueblo

que tampoco gustaba mucho de enterarse de lo que ocurría afuera. Francisco oyó hablar de Berlín solamente en la radio y se imaginaba el impacto enorme que había tenido la caída del muro. Podía visualizar a la gente abrazándose, celebrando y aplaudiendo el derrumbe del mismo aunque solamente estuviera escuchando la noticia.

Algún día le gustaría hacer algo grande por los demás.

De alguna manera, escuchando la radio podía sentir una enorme libertad; esa sensación de querer salir, cruzar fronteras y conocer tierras extrañas ya le era muy familiar y no tenía con quien comentar estas noticias que a él le resultaban tan impresionantes. Sus amigos solamente querían hablar del día en el cual se colaron en la choza de Don Marcelino para corretear a las gallinas y a uno que otro pavo que había por allí, despistado.

—Sí, fue muy divertido—recordaba Francisco—pero ya fue...

Él quería hablar de soldados, de batallas y de héroes renombrados como aquellos que había conocido a un océano de distancia a través de la radio y que gritaban:

—*¡Ganamos!*

Interrumpiendo nuevamente sus pensamientos, su padre le volvió a advertir:

—¡Francisco! ¡No quiero pararme otra vez! ¡Ven, ándale!

Podría seguir divagando, pero en otro momento.

Ya sentados en la mesa, don Justino, su padre, empezó a contar con detalle minucioso todas las actividades que había realizado a lo largo del día, trabajando aquí y allá sirviendo al patrón.

Como todos los días, su madre había estado cocinando desde muy temprano, lavando los vegetales que ellos mismos cultivaban en el patio, abonando la tierra para poder cosechar en el traspatio sus propias hortalizas, hirviendo unos huevos y calentando la tortilla

en el comal. Su mamá cocinaba deliciosamente. De hecho, todas las personas en el pueblo la conocían por su sazón y por el sabor natural y riquísimo que tenían sus comidas. Pero para ella no era algo sencillo, a pesar de que le gustaba cocinar.

Todos los días tenía la ardua misión de cosechar lo que cultivaban en la terraza, donde había matas de chile, de pepita y de maíz, entre otras cosas que, desde pequeña, había aprendido a cuidar, así como ocurría con las tortillas. Durante toda su vida, respetó la tradición de hacer las tortillas a mano, como le enseñaron, a pesar de que ya existían molinos en el pueblo para poder comprarlas. Su madre estaba convencida de que no se podía comparar el hecho de ir al molino a comprar un kilo de tortilla con la excepcional experiencia de desgranar el maíz cosechado y sentirlo en las manos como si fueran auténticos granos de oro, poniéndolos a hervir con el agua y un puñado de cal. Ni más ni menos. Un puñado exactamente. A Francisco le parecía todo un arte y un proceso de lo más curioso. Después de este ritual, su madre esperaba a que la mezcla se cociera para escurrirla y llevarla al molino. *Nixtamal*<sup>1</sup>. Francisco no podía concebir esta palabra sin pensar que la mezcla que preparaba su madre era única. La culminación de este proceso era sentarse junto al fogón hecho con tres piedras grandes, leña y un comal, para tortear la masa y calentarla. A pesar de todo, Francisco llegó a pensar, en ocasiones, que era un proceso anticuado y que tenía poco sentido levantarse todos los días a las cinco de la mañana para hacer algo que se podía conseguir durante el mediodía en la tortillería, pero aprendió a apreciar el arduo trabajo de su madre y las cosas hechas a fuego lento.

---

<sup>1</sup> El grano preparado recibe el nombre de *nixtamal*. El *nixtamal* tiene muchos usos, algunos de contemporáneos y otros de origen histórico. Se utiliza principalmente para preparar harina de maíz con la que se elaboran numerosos platos como las tortillas, los tamales y las arepas. *Nixtamal* proviene del náhuatl *nextli* (cenizas de cal) y *tamalli* (masa de maíz cocido). La nixtamalización es el proceso mediante el cual se realiza la cocción del maíz con agua cal, siendo este proceso de origen mesoamericano.

Esa noche en particular no comieron *k'abax*<sup>2</sup> como de costumbre. Cuando su padre daba permiso de tomar un pavo del patio o cuando traía un venado al regresar de la caza en el campo podían cenar ricos manjares.

En pocas palabras, esa era toda la vida de sus padres, y era una buena vida, pero Francisco se preguntaba si a ellos no les gustaría hacer algo más. Este tipo de preguntas le hacían sentir culpable la mayor parte del tiempo ya que su papá, frecuentemente, le reprochaba sus excesivas aspiraciones pues sentía que su hijo siempre tenía como referencia inequívoca el exterior, lo ajeno. Francisco terminaba sintiéndose apenado porque pensaba que menospreciaba la bonita vida que tenía en su querido pueblo que, a pesar de todo, le reconfortaba.

Todas las generaciones anteriores a Francisco, o por lo menos eso decía su padre, habían vivido, trabajado y perecido en Pomuch y para cada uno de ellos era muy importante mantener las tradiciones aun con el paso de los años. El abuelo de Francisco le había inculcado a su padre unos valores muy marcados pero su padre siempre le había dado mayor importancia a un valor en específico: —Lo más importante que existe en esta vida es la familia. Tu prioridad debe ser siempre serle leal y trabajar duro para nosotros Francisco, nunca lo olvides.

En su familia seguían siendo muy conservadores, incluso más que en el resto del pueblo, y eso a Francisco, a veces, no le gustaba ni le parecía divertido.

—Esta semana tendré que trabajar todo el día, Francisco. Me llevarás la comida a diario, que no se te olvide—dijo don Justino.

—Está bien papá—respondió, obediente, Francisco.

Él tenía grandes aspiraciones, eso lo tenía claro; sin embargo, no podría concebir haber nacido en otro lugar que no fuera Pomuch.

---

<sup>2</sup> Es un tipo de frijol sancochado con epazote, cebolla y un poco de sal. Se suele comer en caldo con bolas de masa o fideos.

Soñaba con ver el mundo pero una parte de él temía que al conocerlo sufriera una gran decepción. Conocía prácticamente a todos los vecinos y sus padres tenían una buena relación con todos ellos. Se les conocía por ser una familia muy trabajadora, aunque en el pueblo esta cualidad no era un mérito sino una condición compartida.

Francisco disfrutaba mucho caminando bajo el Sol ardiente del mediodía, sintiendo cómo, apenas en unos minutos, le quemaba la piel pero de una manera muy acogedora. No era un calor desgarrador. Él lo sentía como un calor afable. El resto del camino era igual de grato. Tocaba la tierra roja que durante el día ardía pero que durante las noches era tan fría que costaba trabajo creer que era la misma. Escuchaba a los pavos y a las gallinas y a uno que otro cerdo moviéndose en las terrazas de las casas. Muchas veces se tomaba unos minutos, se desviaba y pasaba por el parque donde siempre, al mediodía, podía encontrar a sus amigos jugando y correteando.

Recién acababa de pasar la que, para él, era la festividad más importante en el pueblo: el Día de Muertos. Con esta celebración, todas aquellas tradiciones que su padre insistía en resaltar tomaban sentido. Su familia visitaba la iglesia durante toda la semana previa al Día de Muertos y el primero y segundo de noviembre llevaban todos juntos sus ofrendas al cementerio. El pueblo aún se encontraba adornado con flores por todos lados y el papel picado engalanaba la iglesia. Aún podía percibir esa mezcla de nostalgia y de emoción que sentía en estas fechas. El aire de noviembre no era un aire común. Se impregnaban en él los olores y los colores más característicos del pueblo. El pan, la hoja de plátano, el chocolate y el humo, que podía indicar solamente una cosa en el pueblo: ¡la llegada de los ricos *púbilpollos*!

Francisco esperaba ansioso todo el año para que el primero de noviembre llegara y su madre, a las cuatro y media de la mañana, se levantara para preparar el *nixtamal* y el adobe y agarrara una

gallina del patio para cocinarla. Francisco la ayudaba a escarbar el hueco en el patio, poniendo la leña y enterrando el *píibilpollo*, cocinándolo durante unas cuantas horas y cociendo aquel manjar que solo podían degustar dos días al año.

—Francisco, ayuda a tu madre a lavar los trastes—dijo su padre, cortando todos los pensamientos del joven.

Alrededor de las 6 de la tarde, como todos los días, don Justino y Francisco se dirigieron a la panadería del pueblo a comprar el pan para el desayuno del día siguiente. Era uno de los momentos preferidos de Francisco porque su papá, muchas veces, le contaba cómo era su infancia y cómo había cambiado el pueblo con el paso de los años. Le encantaba recordar cuando acompañaba a su madre al molino todas las mañanas.

—El pueblo no es nada de lo que era antes. En mis tiempos sobrevivíamos con lámparas hechas con un frasco de frijol, petróleo y una mecha que hacíamos con pabilo<sup>3</sup>. Comíamos pipián y frijol colado y esto era un lujo. Eso de ir a la tienda para comprar lo que necesitábamos no existía. Trabajábamos para ganarnos la vida. Mi padre era chiclero y pasaba meses en la montaña talando árboles de chico zapote. Mis hermanas y mi madre tejían huipiles con telas que mandaban desde Hecelchakán. No había parque ni proyecciones de cine. Eso se inventó hace unos años. Antes, uno se hacía rico de dos formas. La primera, encontrando oro enterrado en la tierra, como le ocurrió a don Natividad Pantí, que era velador de la iglesia y un día, debajo de su mata de guaya, encontró monedas de oro enterradas y se largó de este pueblo para siempre. La otra manera era siendo carnicero. Solamente así uno podía llegar a ser rico.

A Francisco le encantaba ir a la panadería La Huachita y comprar pichón, hojaldra, camelia y trenza. Era su lugar favorito en el pueblo. Antes de regresar a casa, don Justino siempre se sentaba en

---

<sup>3</sup> Mecha que está en el centro de la vela y que se enciende para que dé luz. Parte carbonizada de la mecha de una vela.

la banca que se encontraba fuera de la panadería a fumar dos cigarrillos mientras Francisco se comía el pan que su padre le había comprado. Sonaban las campanas y alrededor se escuchaban las pláticas de las señoras que salían a las puertas de sus casas a tomar el fresco, el tintineo de las botellas de los hombres en el bar de enfrente, los juegos de los niños que corrían de un lado al otro del parque y los ladridos de los perros. Era en ese momento cuando los pensamientos de Francisco, la caída del muro de Berlín, la idea de ser un héroe y todos sus anhelos se veían opacados por la serenidad que le causaba su día a día en Pomuch.

De vuelta a la casa, ya caía la noche, todos se preparaban para dormir. La madre de Francisco adelantaba unos cuantos quehaceres para el día siguiente y Don Justino se fumaba los últimos cigarrillos de la cajetilla. Francisco pensó en alguien. Esperó a que el silencio reinara en la casa para salir e ir a buscar a esa persona.

Ya entrada la noche, el silencio absoluto cayó en la casa y no se podía escuchar nada. Bajó de la hamaca y se acercó sigiloso y prudente al cuarto donde dormían sus padres con el temor de que, si se despertaban y lo descubrían, tendría que ir al campo con su padre a trabajar durante un largo tiempo como castigo. Se asomó. Todo estaba oscuro y en silencio y pensó que era el momento adecuado para escaparse.

Salió de la casa y corrió hacia la calle de enfrente donde no se veía nada, solamente oscuridad. Corrió lo más rápido que pudo, más por miedo a que alguien lo viera que por temor a la oscuridad, hasta que llegó a una de las pocas casas hechas de guano que quedaban en el pueblo. Una casa con sus bardas hechas de mampostería. Entonces, Francisco arrastró una piedra que se encontraba a un costado de la casa, la apoyó en la pared y se subió encima de ella para poder alcanzar una ventana por la cual se veían varias sombras durmiendo, aunque él buscaba una en particular, la sombra más pequeña y más bella que estaba tendida junto a la pared, justo debajo de la ventana. Para suerte de Francisco no tendría que arriesgarse a gritar.



—¡Nicté-Ha despierta!—susurró Francisco, tratando de que les fuera imposible a las otras sombras escucharlo—¡Nicté-Ha, vamos!

La pequeña sombra se despertó y se movió. Se volvió hacia donde estaba la ventana y entrecerró los ojos al ver el resplandor de la Luna reflejado directamente en su cara.

—¿Francisco? ¿Qué haces aquí? Mis papás pueden verte y nos vamos a meter en un lío. ¡Los dos!—le susurró Nicté-Ha asustada en el momento de erguirse y de ponerse de pie sobre la cama—¡Lárgate antes de que alguien despierte!

—Nicté-Ha, ¿oíste *eso* sobre Berlín?—dijo Francisco haciendo caso omiso a sus advertencias—Lo escuché en la radio y me hizo pensar muchas cosas sobre los lugares que siempre te he dicho que quiero visitar. ¡Anda, sal! Vamos ahí, por la carretera, y te cuento más cosas acerca de esto porque seguramente a tus papás, igual que a los míos, tampoco les interesa mucho todo lo relativo al *exterior*—dijo Francisco, haciendo un gesto de burla porque recordaba cómo su padre siempre hablaba acerca del mundo.

—Pues no, no escuché nada sobre *ese* tal Berlín del que me hablas—dijo Nicté-Ha, algo irritada por el hecho de que Francisco hubiera interrumpido su sueño y la pusiera en peligro de recibir un castigo—Pero ya viniste hasta acá, así que supongo que tendré que salir...

Nicté-Ha logró cruzar la ventana y pasar al otro lado, donde Francisco le dio el espacio suficiente para que pudiera posarse sobre la piedra que, minutos antes, había arrastrado. Ya fuera de la casa empezaron a andar por el pueblo oscuro con la Luna como única acompañante. Todo estaba en silencio y Nicté-Ha intentó convencer a Francisco de que regresaran.

—Te lo digo Francisco, se nos va a aparecer el perro—dijo asustada Nicté-Ha.

—¿Qué perro?—preguntó Francisco.

—El perro que se comió los restos de Mario Balam, el que vivía ahí, en las afueras de Pomuch. Un día, a las 5 de la mañana, mientras dormía sobre su barda, escuchó un ruido extraño y

saltó espantado, creyendo que estaba durmiendo sobre una vía de tren. En su imaginación cayó directito sobre un raíl y desapareció para siempre.

—Esa historia no es cierta. Aparte, ¿qué tiene que ver con el perro ese que dices?—preguntó Francisco, incrédulo.

—Pues que al día siguiente encontraron sus tripas, todas desparrramadas en un campo y con extrañas huellas de tren entre los maizales. Llegaron los perros y se las comieron. Desde entonces, en las noches se escuchan los gritos de Mario Balam pero en realidad es su alma hablando desde dentro de uno de los perros—dijo Nicté-Ha.

—No se nos va a aparecer ningún perro. Si vemos algo, salimos corriendo—sentenció Francisco.

—Bueno, que te coma el perro a ti primero, entonces...—decidió Nicté-Ha.

Habían llegado a *su* lugar. En el punto donde se encontraban el pueblo y la carretera que continuaba a Hecelchakán. Justo ahí, debajo de una enorme mata de guaya, era donde solían reunirse a hablar sobre lo que acontecía en el pueblo, sobre sus padres y sobre todas las cosas que deseaban hacer en el futuro. Eran amigos desde que su memoria alcanzaba a recordar. Sus madres trabajaron juntas, desde pequeñas, en la casa de doña Tomasa, una señora rica del pueblo.

La primera vez que llegaron a ese lugar fue cuando Nicté-Ha le había dicho a Francisco que para encontrar el mundo había que seguir esa carretera y probablemente llegarían a todos esos lugares que aparecían en el libro de Geografía. Francisco nunca entendió muy bien porque tenía que seguir esa carretera en especial pero decidió no preguntar porque el lugar le hacía sentir en paz.

—Bueno, antes de que empezáramos a hablar del perro y de esas cosas extrañas que inventan las señoras del pueblo, te estaba contando en tu casa lo del muro de Berlín. ¡Lo escuché todo en la radio!—dijo Francisco emocionado.

—Ya te dije que no sé quién es Berlín y no sé qué pasó con su muro, así que tendrás que explicármelo todo desde el principio—dijo Nicté-Ha mientras se sentaba cruzando las piernas y empezaba a jugar con una pequeña rama entrecerrando los ojos. Tenía sueño.

—Pues Berlín no es una persona, es una ciudad ahí, en Europa, y tenía un muro que levantaron para dividirla en dos partes, como ese muro que doña Petra levantó para separar su casa de la de su hija; así mismo, pero más grande. El caso es que estuvo así durante 28 años y no había libertad para correr de un lado al otro como lo hacemos acá, que en cualquier momento podemos ir a cualquier punto del pueblo. Ahí no había eso y la gente se cansó y empezaron a derrumbarlo y los malos de Berlín no pudieron hacer nada para impedirlo...—contó Francisco.

—¿No tenían libertad? Pues eso sí está raro. A lo mejor les castigaron por algo malo que hicieron, así como a nosotros nos castigan cuando no queremos ir a misa o le compramos dulces a doña Delfina sin tener permiso previo—comentó Nicté-Ha.

—Pues quien sabe, pero el caso es que ya son libres. En la radio dijeron que la gente estaba muy emocionada y todos estaban cantando y gritando. Imagínate la alegría que debe haber ahora en esta ciudad. ¡Todas esas personas tan valientes que se atrevieron a romper el muro deben ser unos héroes! Algún día, cuando seamos grandes, estoy seguro de que viajaremos por el mundo y haremos todo tipo de cosas increíbles—le dijo Francisco a Nicté-Ha.

En ese momento, sin pensarlo, le tomó la mano. Francisco siempre había pensado que al irse del pueblo querría que Nicté-Ha lo acompañara. No sabía explicar muy bien por qué pero al estar con ella en esos momentos íntimos no había mucho más que le importara. Era difícil decir lo que le pasaba cuando hablaban de cualquier cosa o más bien lo que pasaba cuando Francisco escuchaba a Nicté-Ha hablar.

Este momento era uno de esos. No tenía ni idea de lo que Nicté-Ha estaba diciendo.

Solamente escuchaba historias sobre grandes ríos y visitas al desierto pero en realidad no estaba prestando atención, pues solamente podía admirar su larga cabellera negra. ¡Qué bonita era! Sus ojos se encontraban con los suyos, llenos de emoción, mientras ella decía algo sobre un muro en China que era más largo que el de Berlín. Sus ojos eran muy grandes y oscuros, como el recado que usaba su madre para cocinar.

Solamente le prestaba atención a su pequeña mano que se entrelazaba con la suya.

No entendía nada pero, en este momento, ni Berlín era importante para él.







Dentro de la ciudad amurallada se lleva a cabo la elección gubernamental. Emiliano Gamboa es el gran favorito para ganar las elecciones, pues sus propuestas son las mejores y, aparentemente, las que más le convienen al pueblo campechano. Sin embargo, detrás de su campaña ha estado presente, en todo momento, su prometida Luciana Mondragón. Una dama de clase privilegiada, alta, bella y de muy buena familia. Los padres de Luciana, el señor José Ignacio Mondragón y su señora esposa Virginia Herrera de Mondragón están maravillados pues su única hija está a punto de casarse con el futuro gobernador del Estado.

En una ocasión, en una reunión íntima, hablaron acerca de la problemática que se avecinaba en Campeche relacionada con el medio ambiente, ya que en el centro de la ciudad había mucha contaminación, basura y ratas y la salubridad de las plantas petroleras del

Golfo era nefasta. Se tenía que dilucidar el mecanismo para combatir estos problemas y darles solución. Estas propuestas formaron parte, de manera engañosa, de la campaña gubernamental del flamante Emiliano Gamboa.

Sin embargo, el señor Emiliano Gamboa, un hombre muy poderoso, tenía planeado ganar las elecciones de manera corrupta comprando votos para garantizar su futuro económico y no velar por el bien del pueblo.

Pasó el tiempo y llegó el momento de elegir a los líderes políticos a través de las elecciones gubernamentales del estado de Campeche. Ese día, todo el pueblo salió a votar por el candidato de su conveniencia. Según las estadísticas el candidato Emiliano Gamboa quedaba en segundo lugar en las votaciones; sin embargo, él intervino comprando los votos para poder ganar el mando en el Estado y se hizo con el primer puesto.

La familia Mondragón Herrera apoyó incondicionalmente a Emiliano Gamboa para que ganara dicha elección. Entre dimes y diretes, llegaron los resultados finales. Toda la sociedad campechana estaba ansiosa por conocer el nombre de su nuevo gobernante, que se anunció en todos los medios de comunicación. Toda la gente se quejó de la flagrante injusticia, pero ya no se podía hacer nada al respecto. Más tarde, la familia Mondragón Herrera y el señor Emiliano Gamboa se fueron a festejar el triunfo. En ese mismo momento, Emiliano le pidió matrimonio a la señorita Luciana Mondragón y toda la familia quedó muy satisfecha con aquel acontecimiento que cambiaría el futuro de su estatus económico y social para siempre.

José Ignacio Mondragón pensaba que el problema básico de la ciudad radicaba en la combinación extraña de distintas clases sociales en el centro histórico. No le gustaba que el centro patrimonial estuviera habitado por personas humildes de escasos recursos. Debían darle una solución drástica a este problema de fondo.



—Señor gobernador, ahora que dentro de poco se casará con mi única hija le quiero pedir un gran favor, si está en sus manos hacerlo, claro.—Lo dijo con una voz convincente y segura.

—Claro que sí, futuro suegro, dígame qué necesita y prometo que haré lo que esté a mi alcance para intentar cumplirlo—dijo Emiliano con aplomo.

—Quiero que todo el centro de la ciudad vuelva a estar amurallado completamente y que se acomoden allí, en las casas coloniales, las familias que tengan más recursos, como ocurría antaño.

—Señor Mondragón, es algo complicado, casi imposible, diría yo... Sin embargo, lo voy a intentar. Quiero casarme con su hija Luciana cuanto antes. En breve podremos anunciar nuestra boda a los medios de comunicación y a la prensa. Nos tenemos que casar en la catedral.

—Claro que sí, Emiliano. Solamente hazme este gran favor. Yo mismo te garantizo la boda de ensueño que quieres con mi hija.

Terminaron su charla amena y se dirigieron a la sala del hogar. En plena celebración de su triunfo, Emiliano anunció a todo su gabinete y a los medios de comunicación que se casaría con la joven Luciana Mondragón en fechas próximas. Toda la prensa estaba feliz al escuchar esta noticia, pues ya tendrían carnaza informativa para llenar páginas y páginas en la sección de eventos sociales relacionados con el triunfo de Emiliano Gamboa como gobernador del estado y con el anuncio de su boda con Luciana Mondragón.

Al cabo de un tiempo, el gobernador ya estaba totalmente integrado en su nueva familia.

—Futuro suegro, tengo este gran honor de compartir la mesa con usted, su señora esposa, mi prometida y mis padres. Hoy me siento tan feliz por todos los logros obtenidos en estos últimos tiempos tan exitosos para mi carrera.

—Emiliano, es un grato honor compartir contigo esto y muchas cosas más que están por llegar en el futuro. Ya sabes que te llevas a mi única hija y quiero lo mejor para ella; de antemano, también

te agradecemos todo lo que estás haciendo por esta familia y por Campeche. Recuerda que tenemos un trato.

—No lo olvido, suegro, no lo olvido. ¡Brindemos! Salud por mi futura esposa y por todo lo que está por venir. ¡Por el bienestar económico, por Campeche y por nuestra familia!

Pasaron los días y, finalmente, llegó el gran momento que tanto habían estado esperando la familia Mondragón y Emiliano Gamboa. La boda fue el evento más esperado de la década en Campeche. Muchísimas personas invitadas llegaron al gran enlace nupcial arribados desde muchos puntos de la República. Muchos de ellos estaban relacionados con Gamboa por pertenecer al mismo partido político. El presidente también llegó con todo su séquito. Emiliano y Luciana, al fin, lograron consagrarse ante la ley de Dios.

Cuando terminó la boda, la ciudad entera se vistió de fiesta y la pareja se dispuso a pasar la primera noche como esposos en una de las casonas del centro más bellas y reconocidas, cerca del parque central que, finalmente, establecerían como hogar familiar. Optando por vivir en el centro, la pareja viró los gustos de la gente rica de la época, que empezaron a invertir en el centro histórico para emular a la pareja gobernante. Los deseos del papá de Luciana empezaban a cumplirse.

Días después del enlace, Emiliano Gamboa empezó a tomar en cuenta lo mucho que su suegro José Ignacio le había pedido y no encontró la fórmula políticamente correcta para seccionar la ciudad de Campeche en dos partes, reuniendo a los más poderosos e influyentes en el centro y abandonando a los más humildes, a su suerte, fuera de los muros que siempre habían servido en la ciudad para dividir y para determinar roles en la sociedad campechana.

Pasaron los años y las leyes fueron sacando paulatinamente a toda aquella gente que no pertenecía a la clase social privilegiada, colocando en sus nuevos hogares a la gente con recursos suficientes. La carrera política de Gamboa fue muy exitosa.

Logró adoptar una ley que le permitió ser gobernador durante muchos años, ayudado por los medios de comunicación y por las clases influyentes de la ciudad.

Al cabo de muchos años, estalló la planta de petróleo en el Golfo de México y toda la marea negra llegó hasta el malecón de la ciudad. El deshielo de los polos y el sucesivo aumento del nivel del mar hizo que el riesgo ambiental fuera incrementándose hasta rozar la crisis y fue el momento de impartir la política secesionista que su suegro le propuso años atrás como solución para evitar el colapso. La densidad de población en Campeche, convertida en isla, era insostenible, y se debía limitar y centralizar la población dentro de los muros para salvaguardar la vida en Campeche. Esta, al menos, fue la excusa que se ofreció en incontables notas de prensa a los medios de comunicación nacionales e internacionales.

Hubo muchas críticas en un inicio, pero como acostumbra a ocurrir, las opiniones contrarias no lograron evitar la implementación de políticas públicas desiguales e injustas. En su gabinete gubernamental todos parecían estar de acuerdo con la idea de Gamboa.

Emiliano Gamboa, con el estallido de la crisis medioambiental, ya envejecido por el paso de los años y por el peso de varias décadas de poder corrompido, empezó a retomar muy a pecho el proyecto de su suegro y al final lo consideró como una meta casi personal, como un objetivo que debía cumplir antes de morir.

Primero habló con la gente humilde que vivía en las casas del centro y les dijo que era necesario hacer un fuerte reacomodo urbano, ya que esos edificios eran Patrimonio Cultural de la Humanidad y era importante poder cuidarlos deshabitados para legarlos en buen estado a las futuras generaciones. Los habitantes de Campeche no estuvieron de acuerdo con su propuesta ya que creían que aquellas propiedades les pertenecían y era una gran injusticia que les quitaran esos bienes que les legaron sus padres o sus abuelos.

Emiliano Gamboa se enojó y decidió mandar a todo el cuerpo de policías que tenía bajo sus órdenes para comenzar a sacar a las personas del centro. Su excusa fue, siempre, que era inevitable realizar un reacomodo urbanístico de la ciudad para poder impedir un desastre natural y social enorme en el centro histórico, ubicado al lado de un mar bravío, sucio y contaminado. Tanto los legisladores y su gabinete estaban de acuerdo con ese proyecto y brindaron todo su apoyo al gobernador Gamboa para que se cumpliera el objetivo. Siguieron saqueando casas, embargando bienes, inventando mil excusas para que al fin sacaran a todas esas personas del centro de la ciudad.

Emiliano Gamboa recuerda el rostro lejano y un tanto cruel de su suegro. Mira por la ventana mientras espera a que llegue su amigo y cuñado Francisco para poder iniciar la cena, sin saber que él no llegará porque está descansando en su espacio favorito. Luego, se gira y observa a su esposa Luciana, sintiendo que ya cumplió todo lo prometido. El peaje para poder ascender socialmente y ser gobernador era casarse con aquella mujer despiadada y realizar reformas estructurales en el centro de la ciudad. Costó, pero al final lo logró. Parece que el estallido de la torre petrolífera ha sido un regalo de los dioses después de muchos años de intentos infructuosos por justificar la conversión del centro histórico en una burbuja de gente pudiente y poderosa.

Las familias humildes ya se han marchado a la sierra Puuc a habitar los campamentos que él mismo ha hecho instalar tras la llegada del crudo a las costas de Campeche.

Se siente tremendamente feliz y poderoso.







*Recuerdo cuando la vi con otros ojos, su cuerpo tan mezquino, deudor de luz. Se me aparecía como un suave retazo de Luna. Siempre buscaba sus ojos, ruinas de la alegría, pues había veces que la noche era oscura. Alegría antigua, luz de aceite, destellos perpetuos, todo esto tenían sus ojos. Ahora sé que era la felicidad de toda mi vida, de esta podredumbre—habría de reconocer Francisco Xiu muchos años después.*

Se encontró con ella en el pozo, esa tarde, una más, otra más.  
—¿Por qué no llenas los cubos con la manguera?  
—Si ya se fue *el* potable, Francisco.  
—Ah, pues deja que te ayude *pa'* que no tires tanta agua.

Francisco iba diario a buscarla donde estuviera. Tenía algo inevitable que contarle, un conjuro que llenaba el silencio. Flores y palabras adornando el futuro.

La vio a lado del pozo, al final del terreno mientras anochecía y brillaba el patio oscuro. Él la rodeó con sus brazos, trémula toda su piel, y formaban un solo hueso, una misma sangre. Se besaron y alumbraron uno de esos besos que hacen llorar por tener dentro del mismo dos almas en un instante. Se estremecían y eran felices. En un abrazo se acordaron de los días buenos, cuando salían de la escuela y compraban su mango con chile o lo que a ella le gustaba tanto: el elote con mayonesa. O cuando, en el tiempo del otoño, se escabullían en el solar del difunto César Keb. Luego, ella subía en la parte de atrás de la bicicleta y platicaban y reían durante todo el camino hasta llegar a la casa.

Por las tardes, engañaban a sus papás diciéndoles que iban a hacer tarea y así se libraban de la rutina doméstica. Francisco y Nicté-Ha tenían oprimidos sus cuerpos cuando no estaban cerca. Había ocasiones en la que él, regresando de la milpa, pasaba por casa de Nicté-Ha solamente para mirarla mientras torteaba en la banqueta. La muchacha retenía dentro de ella una inagotable sonrisa.

En las noches, la enorme guaya se abría encima de ellos y caía como la sombra de una mano mientras retomaban la plática, los besos y las caricias.

El futuro se había apresurado y había llegado, con premura, antes de tiempo. Nicté-Ha y Francisco Xiu soñaban con sus ilusiones y destinos respectivos. Pomuch era pequeño para sus miradas jóvenes y hermosas. Francisco conocía, de verdad, lo que era saberse amado. No era un amor pasional, que se muere breve entre las piernas. Él sabía lo que era querer por encima de los poros. Se tocaban con su respiración, con la letanía de sus cabellos sobre las manos. Fuera de ellos, todo lo demás era inútil.

Esa noche en el pozo, fundidos de dicha, él le volvió a hablar de sus estudios. Nicté-Ha conocía las aspiraciones de Francisco. Él había sido siempre un buen alumno pero carecía del dinero para proseguir exitosamente con una carrera profesional.



Francisco Xiu siempre decía que sería libre y que rompería los muros que aquejaban a su familia y ese pensamiento de *agachados*. Nicté-Ha lo conocía bien. Desde su niñez, se la vivía hablando de lugares y cosas que nunca había visto. Él tenía la facultad de apresar entre sus dedos el vuelo de las luciérnagas. Los imperios se encendían cuando Francisco los nombraba y ya ni se acordaba de cuando fue que se le empezaron a meter tales pensamientos.

Ella se divertía observando cómo oraba ese muchacho por verse encima de los que, para él, solamente eran mentes conformistas manipuladas por los medios de comunicación y por el gobierno. Nicté-Ha le decía siempre que pensar mucho le hacía daño. Si un daño quiijotesco surgía de la locura senil, el joven parecía padecer la locura juvenil, aún más grave y más compleja que la filosofía que se encarga de estudiar las esferas que descienden de las palabras de los hombres cuerdos.

En su casa, a Nicté-Ha le esperaba un regaño, pero no se fue pronto. Sus pies carecían de sentido. Francisco partía al día siguiente hacia Campeche, la capital donde la promesa de convertirse en abogado era factible. Ella lo embriagaba con su esencia, con su optimismo, con su ánimo imperturbable. Francisco, estando a su lado, no sentía dolor al irse, porque ella seguía sonriendo a pesar de la noticia.

—¿De qué te preocupas si ya has ido a Campeche y siempre regresas?

—Sí he ido, pero muy ocasionalmente y solamente para comprar. Ahora es diferente. Me voy *pa'* no volver pronto. Mis papás no tienen dinero para el gasto de una carrera; por eso me voy, para trabajar y vivir ahí, ganar un poco de dinero. Si no alcanzo mi sueño, nadie sabrá que he fracasado.

—Cálmate. Podremos hablar por teléfono. Ya ves que doña Delfina puso una caseta...

—¿Y con qué dinero vamos a costear las llamadas?

—Voy a trabajar más y así tendré algo de dinero para poder hablar contigo.

—Me estoy yendo sólo con mi pasaje de ida. No sé qué vaya a ser de mí. Por eso no quiero ilusionarte con las llamadas. Están muy caras y no quiero distraerme de los estudios. Tendré ganas de regresar si escucho tu voz y todo esto lo hago, solamente, para hacerte feliz y para que en un futuro podamos vivir de manera más digna.

Era cierto. Francisco no tenía nada de dinero. Tampoco Nicté-Ha. Ni sus familias, ni las demás familias del pueblo. Mutarían las cenizas en ausencias. Ella sabía que se estaba acabando todo de manera fea y terrible. No se podía describir el paisaje de aquel suelo que prolongaba dos cuerpos hacia la oscuridad. Ya no se dijeron otra cosa. Ninguno se atrevió a romper la vida con su voz. Nicté-Ha aparentaba no darse por vencida. Lo miraba con dulzura de mujer y aunque el silencio era una vena que les recorría todo el cuerpo se apretó al oído de Francisco. No había nadie aparte de ella que pudiera mantener viva la esperanza de regresar a sus orígenes.

—Convertido en abogado o en chatarrero, ¡qué importa!, regresarás para que nos podamos casar y tener muchas hijas e hijos. Te voy a esperar, Francisco. ¿Cuánto más puedes tardar en regresar? Puedo esperarte, soy paciente y te quiero—susurró.

Mientras volvía, desde alguna casa, en algún lado, se escuchaba la banda sonora de la película *La playa* a todo volumen, y Francisco pensaba con un deje sombrío en el rostro. Había sido un día tan triste, tan solitario, tan poco luminoso... Había un hueco agrietado en el cielo. Era una soledad toda esa noche, tan suya, tan árida en el camino. Soñoliento, arrancaba nubecitas de polvo tóxicas. Apeataba el hecho de tener que regresar solo y sin ella. Siempre había querido que Nicté-Ha lo acompañara. El día siguiente, se iría a Campeche, que no quedaba tan lejos. Al mismo tiempo, estaba demasiado distanciado, pues no había peor distancia que la pobreza...

Francisco Xiu tenía en cuenta que para su familia poder costear sus estudios era algo impensable. Su padre se mataba trabajando y aun así el dinero no alcanzaba para todos.

—¿A qué hora se conceden los sueños?—protestó frente a los durmientes en la estación de trenes, derribado.

Ya de mayor, Francisco se dio cuenta de que todo aquello que defendía su padre no era puro egoísmo. Entendió que él defendía la dignidad de su tierra, de su gente y su función social. El entorno, normalmente, degradaba su condición de indígena. Todo estaba acomodado en un sentido natural y equivocado tras miles de años de evolución de una injusticia y una desigualdad creadas por los hombres. Por nacimiento, ya era inferior. Entonces ellos mismos, su estirpe, no tenían de otra que defenderse. Vislumbró que su padre no temía a lo que ocurría en el exterior; solamente se defendía de ello, de su falsedad. Tenían que estar juntos para que, luego de la humillación, aun quedaran resquicios de esperanza. El maíz, la lengua sagrada, el sudor y la sangre, todo era la perpetua resignación, las herramientas que eran el andamio para resignarse a ser descendientes de una raza a la que nunca vencieron.

Esa resignación era la virtud que los había mantenido sobre su tierra porque ellos, ahí donde estaban, habían modificado sus costumbres y creencias, incluso la fisonomía, en una mezcla divina que acepta por igual genética humana y cosmovisión, porque ahí seguía oyéndose la música de sus lenguas, la misma que tuvieron las gentes que lucharon a las cuales nunca vencieron...

Esa noche, Francisco apartó en silencio a su padre. Días atrás hablaron sobre el futuro del joven. Don Justino se cansaba, enojado, por la explicación que le daba a cada rato: había más dignidad en trabajar la tierra.

—Francisco, hay otras opciones, otras escuelas un poquito más cercanas. La Normal para maestros o, no sé, cualquiera para que no te alejes tanto. ¿Un título enmarcado es lo que quieres? Te digo algo, chamaco: nuestra dignidad no está en ese papel, está en lo que como miembros de esta familia entregamos a la casa y a la comunidad para que seamos un poquito más felices hasta que nos muramos, ni más ni menos. Dignidad, para mí, es acarrear el maíz. Ver mis manos sucias. Y no parecerme a esos que nos

saquean y nos roban el dinero y las propiedades. Abogados, empresarios... ¡ellos sí vendieron su dignidad! Siempre son ellos los que aparecen en la televisión diciendo una sarta de tonteras mientras nosotros estamos *rompiéndonos la madre* bajo el Sol... No quiero que nos abandones en esta lucha ¿me estás entendiendo? No te veo como uno de ellos. Mira, hijo, imagina el terreno, la milpa, como un gran cielo. Imagínatelo sin estrellas. ¿Quién las hará? Nosotros somos esos pequeños dioses que aramos el cielo y hacemos esas estrellas con forma de mazorcas. Siempre iniciamos con el cielo oscuro. Nosotros le damos la luz. Es nuestra *chamba* hacer valer esta esperanza. La gente de acá no puede abandonar lo que es, aunque se vaya lejos. Sí es bonito hacer lo que hacemos. También es difícil, lo admito, ¡y muy duro!, ¿pero qué vida tendríamos si no ocupáramos los ratos en crear esas estrellas? ¡Y no cualquier estrella! Estas nos la podemos tomar con *sakab*<sup>4</sup> y luego hacer *is waa*<sup>5</sup>, y con la rica masa aceda echarnos unos frijoles *k'abaxes*. Chamaco, yo no digo que no te prepares ni estudies. Eso está muy bien. Pero aquí te necesitamos, ¿no tienes motivos reales para irte allá! Aquí tenemos con qué vivir: terreno, casa, comida... y lo más importante, ¡tu familia! Quiero verte convertido en hombre y comprobar cómo sales adelante. Si te vas, ya no lo veré. Además, chiquito, tú te vas a meter con un *mostro* al que no le importas. Te va vomitar sino le sirves. Pero yo digo: ¿*pa'* qué servirle a un *mostro* así, *verá*? Ya mejor no te digo nada más, que me estoy alterando.

Francisco escuchó sordamente. El estruendo de sus sueños le cegó el oído. Don Justino tuvo que soportar, con enfado, las réplicas de su hijo.

—Padre, lo he pensado detenidamente y creo que conocer las leyes nos ayudará *pa'* cuando vengan a querer *jodernos* los de la ciudad. Además, dicen que pagan bien. ¡Ya no vamos a ser pobres y la familia podrá estudiar o trabajar donde quiera!

---

4 Junto al *balché*, bebida sagrada de los mayas.

5 Tortilla que se hace a base de maíz tierno.

Conoceremos otras partes del país. Ya lo verá, padre, no les estoy dando la espalda. Esto nos va a unir más; cuando vuelva, ya ni al monte va a ir. Pondremos un negocio y ahora sí, con todas las de la ley, ¡seremos felices!

Justino Xiu lo vio con desgana y con un poco de lástima. No era viejo. Sin embargo, así se sentía después de la plática. Con la mirada baja y con gran molestia solamente pudo decir:

—Chamaco, no sé a quien le sacaste lo terco, ya ándate a dormir para que no andes soñando despierto.

Es la función social del hombre. Así como el poeta da vida mediante las letras desde la imaginación, el campesino, con su manos, da una vida más real y tangible, aporta materia. Eso quería decirle don Justino pero no encontró el modo de hacerlo. Francisco lo oía, pero no escuchaba ni percibía realmente el mensaje. Lo había pensado mucho y ya no había vuelta atrás. La decisión estaba tomada y no había argumento que lograra convencerlo para que no se fuera de allí para lograr sus sueños.

Cuando se acostó en la penumbra de su casa, todo era silencio, por dentro y por fuera. En el interior de Francisco, un sepulcro hinchaba su rostro y un enrojecido pesar lo hacía meditar. Tenía adentro un hálito de fuego, algo que le obligaba a no quedarse quieto mientras él cerraba los ojos y veía a su padre y a los demás quedarse ahí, quietos, apenas acariciando una sonrisa. Era como si un huracán quisiera cruzar todo su ser y lo golpeará con las manos cerradas, muy fuertemente, en su pecho y en su esperanza.

A él le tocó soñar la libertad, una libertad distinta. Quisiera o no su papá, él partiría hacia la ciudad anhelada.

Francisco se dedicaba a pensar y a imaginar. No se adaptaba a las rutinas ni a las distracciones a las que se sometía en su pequeño pueblo. No era capaz de apreciar los nulos límites entre

la pequeñez y la grandeza; la decisión entre lo inferior o superior se basaba en un horizonte trazado por él mismo.

Era una madrugada donde todo callaba. Nada se podía mirar. Había sido una noche oscura que sangraba silencio. A Francisco Xiu le ardía un dolor sin sitio. Recordaba lo que había hablado con su madre Paloma antes de irse a dormir y que aún lo tenía confundido. ¡Fue tan breve y rara su despedida! Ella casi nunca aconsejaba. Acostumbraba a respetar los deseos de su hijo pero, esta vez, lo último que le dijo fue:

—La verdadera madre te reclamará, *nené*. Mientras esté aquí te seguiré queriendo y seguiré pidiendo bendiciones por ti. Tú decides en todo momento lo que vas a hacer. Sólo cuídate, por favor. Sabes que se vale arrepentirte. Puede que esto no ocurra ni hoy ni mañana, pero cuando lo hagas no sientas que perdiste, chamaco. Perder es bueno si esto te hace más sabio. Que no se te olvide nunca lo que aquí has aprendido. Tampoco lo que viste. La memoria no se inunda como la carne. La memoria queda intacta para que vuelvas siempre a ella y compongas lo que se deba tal como lo dejaste. Ahí se encuentra lo que en verdad somos. Tu corazón es sincero, *nené*. Tu pozo no está vacío de golondrinas. Aliméntate de él durante todo el tiempo que pases por allá, que intuyo que va a ser largo.

Todos estos comentarios le daban vueltas a Francisco en su atribulada mente, pero lo que le mantenía letárgico no era eso, ni acordarse de la plática con su padre. Era, desde luego, la despedida de Nicté—Ha. Era eso lo que en realidad lo doblegaba, lo que le impedía dormir, lo que le hacía sentir solo y desamparado. Un cuerpo putrefacto sin alma y sin espíritu.

Aquella noche, terminaría el día sin ella. No la vería debajo del árbol que se abría siempre para rescatarlos de la rutina. Entre tanta oscuridad no explotaba su sonrisa.

—¡Qué fea te ves cuando no estás, cuando cae el día y no hay espalda pura con la cual sostenerme! Te me haces fea cuando eres ausente. ¡Qué terrible mirada tienes de lejos! Si caminas,

tus piernas respiran toscas, apagadas, y tu pecho sin amor hiere la vista. Eres un viento sin oxígeno en mi sangre.

Se lo decía de otra forma y despacio, quedo para no llorar su distancia. Amaba a Nicté-Ha con tanta vehemencia... por eso su anhelo era sobresalir para volver a recogerla. Eso la daba más fuerzas. En todos los instantes ella ahí seguía, recordada entre nostalgias.

Francisco Xiu apuraba la vida como si tuviera miedo de perder el deseo de largarse a hacer maravillas a Campeche. En el ocaso de la madrugada se sintió abandonado y nadie asomó para observar sus lágrimas. Era la última noche que pasaba en su casa, la última vez en la que se alzaba para ver la sierra baja, ese cerro donde caían piedras y canciones. El pueblo era de muchos colores según la hora y el mes: anaranjado, rojo... según fuera mañana o tarde. Para el novenario, era de color pólvora y para noviembre tenía el tono de los huesos, pues los difuntos se levantaban para revivir. —¡Qué costumbre tan salvaje era eso de enterrar a los muertos!— pensó Francisco en alguna ocasión.

En Pomuch, la sensibilidad de la piel se filtraba como un agua limpia hasta las cuencas ciegas, hasta los cabellos estériles que seguían creciendo en lo craneos que dormitaban en los osarios. El pueblo estaba ahí y no se movería y él debía huir pronto mientras su gente caminaba con sinceridad el orgulloso paso de la vida hecha con detalles y con amor.

El pueblo amaneció blanco ese día, con mucho frío. Nadie se percató que uno de sus habitantes le penetraba el vientre mientras corría para lograr su libertad.

Francisco Xiu tomó el camión hacia Campeche, resuelto a combatir su pobreza con estudios, a demostrarles a todos que él sí que era un hombre con ambiciones y que lograría terminar su formación como profesional. Ya siendo abogado, retornaría para amar a Nicté-Ha hasta el final de los tiempos.

Mientras se alejaba, sentía como los hilos de su piel iban quedando sobre la carretera. Sentado frente a la ventanilla quiso volver, se alarmó y aplastó cualquier recuerdo. Se iba para superarse a sí mismo, para retar al destino. Regresaría reconvertido, conocería el estado de Derecho y aplicaría las leyes en favor de los suyos. Regresaría para sanar sus heridas, para que todos vieran en él un ejemplo claro de superación y de valentía.

Su padre, en la casa, miraba hacia los cerros. No sabía si volvería a ver a su hijo:

—Hay peor distancia que la pobreza... ¡es la del orgullo! El día que me muera te voy a extrañar—dijo, y cerró la puerta con la tranca, mientras la neblina se dispersaba entre las casas de guano y las milpas.









Vedado el llanto, parecía ser el cielo insurrecto el que llorara lloviendo. Desde Nuestra Señora de la Purísima Concepción, furtivas llovían las lágrimas reprimidas, lágrimas casi subyacentes, cómplices todas del ánimo de Luciana Mondragón Herrera.

—No tener permiso social para llorar tiene que ser horrible—pensó Francisco, viendo la desdicha de la chica sin apenas sospechar que algún día la conocería y se convertiría en su nueva hermana.—Tiene que estar arrastrándose su alma, por lo menos...—se dijo, viendo con ojos compasivos la lastimosa condición de Luciana.

La primera mirada, asesina, que le atestó tuvo lugar al salir de la iglesia, bajo los reflectores y las fotografías. Ella lo miraba por detrás de todo aquel circo. Él desviaba la mirada, pero no podía dejar de sentir la continua y casi llameante presencia de

aquellos ojos claros sobre su rostro moreno, su faz de innegable historia mestiza.

Restaba contenida frente al Altísimo. Su sonrisa era ostensiblemente artificial. Estaba magistralmente maquillada para la ocasión y para satisfacer los egos y las apariencias que la prensa de la buena sociedad necesitaba para seguir mostrando escenas de impúdicos excesos. Luciana sólo dejó su rabia traslucirse a ratos durante la recepción.

La dichosa cuna de los Mondragón había festejado siempre sus grandes eventos en casa, pero dada la magnitud de la celebración y la novedad del hotel afincado a orillas de la playa, los salones del mismo fueron en su totalidad apartados para la celebración de los quince años de la pequeña de la familia más rica del Estado.

Detrás de las larguísimas y rizadas pestañas, donde la clara miel de sus grandes y brillantes ojos, alabados por tantas y tantos, se podía apreciar, la señorita Luciana fijaba puntuales, torvas y letales saetas, pero no de amor, como docenas de adictos románticos y oleadas de esnobs lo hubieran querido. No. Aquellas no eran más cosa que proyectiles de culpa, de resentimiento y de enfado siendo Francisco el infortunado merecedor e infeliz blanco de aquellas fieras miradas. Hirientes, estas le señalaban el origen y la razón de los pesares y del tormento de la niña convertida en mujer. Niña por la edad, mujer por el odio tan maduro que abrigaba.

Desde que llegó a Campeche, Francisco estuvo faenado en varios lugares hasta que, una mañana, por meandros del azar, conoció a don José Ignacio Mondragón, que le consiguió un espacio en el servicio del hogar al verlo espabilado y resuelto. Con el paso de los días, el acaudalado abogado se encariñó con el joven y decidió convertirlo en el hijo varón que nunca tuvo, recibiendo las críticas y los reproches de su esposa y, sobre todo, los de su hija Luciana, que no soportaba la idea de tratar como hermano a alguien que no pertenecía ni a su clase ni a sus orígenes privilegiados.

Reclamos silenciosos, acuñados en el desprecio que ella no podía contener, solamente con sus labios cerrados... La fatalidad era un todo; su actitud, un arte despectivo en grado sumo contra su nuevo hermano, el regalo para la princesa de papá. *Gentuza* sería, en tantas ocasiones, la palabra favorita con la que ella lo designara. *Gentuza* tendría que ser la constante en las referencias que Luciana hacía en relación a otras personas, incluyéndolo a él: *jindio!*

Francisco no podía olvidarlo. Era como un jarabe de la botica, de esos que de grandecito comenzaban a darle cuando aumentaba la temperatura y su abuela le colocaba en la boca antes de dejar en paz esta tierra. Un trago amargo y pastoso, intragable. Así era la sensación. Simplemente, no podía olvidar el claro tono de aquellos ojos en la primera reacción de la joven al verlo, ese tan augusto color que bien reconocía en la miel del Taj. Incluso las azules venas que atravesaban su diáfano cuello parecieron irrigarse súbitamente, dejándolo todo hundido en un tono enrojecido. Colorada se puso la lisa y proporcionada frente y colorado también el límite manifiesto del pecho, allí donde el corsé del pródigo vestido amarillo celosa y afanosamente ceñía su busto juvenil y generoso.

—¿Qué dijiste, papá?

Traspiés e hiperventilación. Todo fue acto de un solo instante. Impedida de hablar momentáneamente, Luciana tuvo que permitir a su madre que la ayudara a sentarse.

—¿Qué hace este *indio* aquí, mamá? ¿Verdad que no es cierto lo que creí haber oído decirle a papá...?—su tono fue suplicante. Casi podía tocarse el anhelo en la pregunta.

Don José Ignacio, con cara larga, volvió a enunciar las que él consideraba buenas nuevas. Su tono fue grave en aquella segunda vez. Francisco lo recordaba todo, segundo a segundo.

—¡Me arruinas la vida! ¿Por qué me tratas así, papá? ¿Qué te he hecho, por Dios santo?

Escuchar a don José Ignacio levantar la voz y ver a la bella quinceañera salir huyendo fue todo un acto de coordinación excepcional. Luciana no quería, por lo visto, recibir más razones que ella no podía comprender. Francisco evocó recuerdos vagos de una culebra huyendo entre la espesura del monte *como alma que lleva el diablo*.

La secuencia del portazo y de los tumbos en el piso indicaron que, efectivamente, Luciana había llegado a su recámara y se había refugiado en su interior.

Las personas presentes eran doña Elizabeth Gracián, la modista de Mérida arribada para ultimar los ajustes del vestido; doña Virginia Herrera de Mondragón, don José Ignacio y, desde luego, el pasmado Francisco. Todos ellos quedaron asombrados ante el arrebato de la chica.

Desde luego, estando al servicio de la familia desde meses antes de aquel instante, Francisco conocía, por lo menos de lejos, a los integrantes del servicio y a los patrones. Obviamente, nunca simpatizó con la joven Mondragón por considerarla distante e injusta, altanera y caprichosa, a pesar de su belleza y de su tierna juventud.

Aquel día, no obstante, el destino le sugirió una senda que habría de predecir muy acertadamente en su vida: llegaría a acercarse a Luciana Mondragón, a conocerla mucho, más de cerca que otras personas, más que a sus padres mismos incluso, pero siempre de manera distante, siempre esperando lo peor de ella, siempre esquivando los rechazos que ella le acarrearía hasta el final. Ella era su cruz, pensaba, y no se equivocaba para nada.

Cientos de bacadillos adornaban la estancia mientras se mandó llamar a las maquillistas y traer la limusina para que la joven llegara al festejo de su aniversario. Todo seguía girando tan lleno de vida como si Luciana jamás se hubiera escondido en su habitación.

Francisco fue enviado a su alcoba, acompañado de Canita. Él ya sabía que así llamaban a la sirvienta por tener de nombres Carmen Anita.

Siendo ya familiar a la amena charla del joven, la muchacha le ponía al tanto de sus nuevas al paso por las diversas estancias de la mansión. Él ya no formaba parte del servicio, tenía un trato preferencial. Al poner el primer pie en la habitación, se reconoció pensando algo así por primera vez en su vida y sintiéndose afortunado por vivir entre lujos y oropeles que no le pertenecían, y se avergonzó porque, en aquellos momentos, creyó parecerse a la vil Luciana, ofuscada por el dinero y por una concepción errónea del mundo.

Dos horas antes del evento, don José Ignacio mandó a Francisco vestirse con el frac en su presentación oficial en sociedad. Además, le prometió que lo ayudaría a anudarse el moño. Una triple voz elevada llamó la atención del chico mientras se cepillaba el cabello. Un grito, acompañado de un silencio súbito, le hizo estremecerse.

Pasar por la estancia principal le permitió admirar, como a todos los demás, la incomparable belleza de Luciana, enfundada en su vestido amarillo. La joven parecía producto de un ensueño.

—Verla es casi como la suave sensación de paz al despertar—se confesó internamente Francisco—cuando uno no sabe bien si aún está soñando.

Al encenderse las luces, Francisco pudo notar la marca de una mano, casi totalmente disimulada, en la mejilla izquierda de la quinceañera. Desde ahí pensó que algo muy triste resquebrajaba, casi disolviendo, la sonrisa juvenil de aquel rostro perfecto.

Terminada la presentación del vals, Luciana se rodeó de sus amigas. Alina fue quien lo trajo.

—Emiliano Gamboa, de los Gamboa Pesa—dijo el jovencito, haciendo una dramática ceremonia. Las chicas reían de manera disimulada mientras cuchicheaban. Ella sabía quién era él.

Todo el mundo había escuchado acerca de la brillante carrera política de su tío, don Hermenegildo Gamboa Uriarte.

Luciana sonrió.

Francisco, que la había seguido viendo desde un rincón, sin hallarse cómodo entre toda aquella crema y nata, aún ignoraba la identidad de ese jovencito presumido y exagerado que se convertiría en su cuñado muchos años después.

— Debe significar algo. Ha vuelto a sonreír y parece que ahora es feliz de verdad—pensó.

—Encantada—respondió ella desviando la mirada coquetamente—¿Me invitarás a bailar?









—¿Escuchas? ¿Alcanzas a oírlo? Agudiza tú oído. Respira, inténtalo. ¿Ahora, sí lo escuchas? Es el murmullo del mar, ese que te mece al compás de las olas, que te arrulla cual recién nacido. ¡Qué sensación!—pronuncia don Francisco mientras observa el rugoso cascarón que sostiene su mano—¡Me asombra lo que un minúsculo caparazón de caracol puede lograr, este pequeño confidente que es reminiscencia del mar!

¿El mar? Don Francisco levanta su mirada, buscando ese anhelado horizonte acuoso. Se acerca a la ventana y fija minuciosamente su vista hacia la distancia etérea.

—¿Pero, qué ha pasado? No lo logro comprender...

Sus ojos sólo aprecian una serie de fríos muros, grises como el cielo y asentados cual barrera protectora. ¡Qué panorama tan desolador!

—Estorbo, esto solamente es un estorbo—exclama don Francisco con notable irritación, buscando desesperadamente poder observar, aunque sea solamente por unos segundos, esa oxidada silueta femenina que yacía ilusionada por su marino amante en el desaparecido malecón.

De pronto, un alarmante sonido llama su atención. Es el informe radiofónico que, como todos los días, presenta los últimos por menores meteorológicos. Hay días buenos en los que imperan las noticias compasivas, aquellas que muestran ligeras esperanzas de recuperación atmosférica. Pero también hay días malos y ese era uno de ellos... tremendamente devastador.

El locutor irrumpe con voz carrasposa en la transmisión:

—*Les informamos a todos nuestros radioescuchas acerca del lamentable panorama mundial. Hace unas horas, la isla de Japón ha sido devastada por un potentísimo maremoto, desastre que ha provocado cientos de víctimas mortales y la desaparición de miles de personas. En Europa, los terremotos son cada día más frecuentes. Tan sólo en Berlín, capital de Alemania, en las últimas ocho horas se han registrado una serie de fuertes temblores de hasta siete grados y medio en la escala de Richter, ocasionando el desplome de edificios y casas por igual, que han creado enormes montículos de escombros; además, bruscas réplicas han alcanzado otros territorios de la república germánica y a varios países aledaños como Francia, Polonia y Suiza. En el continente americano las cosas no son mucho mejores. La elevación de los mares afecta de manera evidente las islas del Caribe como Cuba, Puerto Rico o Haití, provocando inundaciones y el surgimiento de fuertes torrentes que impiden la navegación marítima. En todo el mundo, hay millones de personas afectadas por las intensas lluvias y hay centenares de ciudades sin electricidad, y todo por culpa de este extraño fenómeno meteorológico que se ha visto desatado por varias décadas de gestación del anunciado cambio climático. Se prevé la llegada de fuertes aguaceros en Campeche, por lo que se les pide mantener la calma y seguir refugiándose en provisorios albergues. Señores, estamos viviendo un cataclismo mundial. Repito, una hecatombe de enormes consecuencias...*

Don Francisco suspira profundamente. Acaba de escuchar uno de los más angustiosos informes de los últimos meses. Su cansada vista refleja un gran sentimiento de incertidumbre. La ansiedad empieza a hacerse presente en los retumbantes latidos de su corazón y el desconsuelo por los millones de personas que han perecido lo consterna profundamente.

Entonces, de manera súbita, recapitula en su mente y recuerda la palabra *Berlín*, transportándose velozmente a ese infantil recuerdo radiofónico que se produjo con la caída de los muros en aquella ciudad fría y lejana que actualmente estaba sufriendo el efecto devastador de crueles terremotos e imprevistos movimientos tectónicos. —¡Vaya, qué ironía!—exclamó mientras recordaba cuando, en 1989, escuchó aquella trascendente noticia.

Era tan sólo un joven que no podía entender, cabalmente, el motivo del derrumbamiento a pesar de que, con una ligera corazonada, sabía que se trataba de algo relativo a la libertad.

Asaltan también a su memoria lúcidas imágenes del pueblo abandonado, Pomuch. Sus humildes caseríos delimitados por polvorientos caminos, los vistosos y alejados campos de cultivo, con bastos sembradíos que reflejaban esa fuerza motriz por trabajar la tierra aunque no fuese propia. Los humeantes y empolvados fogones que permitían la cocción de los alimentos sagrados. —¡Eso sí era vida, vida campestre!—sentencia don Francisco con añoro y una voz frágil y rota.

Levanta su mirada y contempla las escurridizas gotas de lluvia a través de su ventana. Luego, observa más allá y se percata de su envejecido perfil facial, el cual delata que detrás de esas arrugas, detrás de ese ceño fruncido, permanece aún ese joven idealista, entusiasta y con anhelados sueños de progreso pero también con fuertes convicciones, cimentados valores familiares y arraigadas costumbres campechanas. —¿Qué ha pasado? ¡Todo ha ocurrido demasiado rápido, la vida

se ha ido y yo me he convertido en lo que nunca quise ser!—se exclama, pasmado, don Francisco como si estuviera hablando con un completo extraño.

Reflejándose en esta opaca visión de sí mismo, sobreviene a su mente una inmensidad de pensamientos. Todos recaen en un mismo punto, todos aluden a los caídos muros de Berlín y a la rotura de los muros de piedra que impiden la libertad del ser humano en muchas partes del mundo.

Es lógico pensar, entonces, en meras comparaciones.

—¡Qué extraña es la historia! Mientras en Berlín cayeron los muros en pro de la igualdad, la justicia y la libertad, en Campeche se levantan aún más las murallas, y yo he contribuido a extremar esta solución, me siento tan culpable...

Por encargo gubernamental de su cuñado Emiliano Gamboa, don Francisco ha sido parte del comité encargado de realizar el proceso de selección de las familias que ahora viven en el interior de tan valioso refugio urbano y más allá de someros pero forzosos requisitos, siempre terminó rigiéndose por el prestigio y, obviamente, por la riqueza de las familias analizadas. No cualquiera podía ser parte de tan distinguida y honrosa asociación que se jactaba de tener buenas costumbres, elevados códigos morales y, por ende, un inexcusable y categórico linaje familiar. Tristemente, el proceso de selección para determinar quiénes podían habitar en el centro histórico de Campeche para resguardarse de la marea negra y quiénes debían refugiarse en la sierra Puuc había sido una consumada suma de poder e intereses.

Pero ese imperioso refugio, esa vida soñada, próspera y equilibrada, dista mucho de ser algo real y táctil. Todo se vuelca en transacciones comerciales al mejor postor y el hecho de pertenecer a una categoría social en particular no implica, obviamente, saberlo todo. Además, está empezando a escasear la comida y brotan las ocultas dotes de orgullo y prepotencia que convierten

el centro en una cueva de ratas. Las bondades de esta ciudad se han perdido y no se puede vivir así, ¡no más!

Don Francisco lo sabe, lo sabe tanto que le abruma. Siente fuertes golpes en su raciocinio e intuición pero no le duelen tanto como las espinas clavadas en su corazón, derivadas de la inquietud por el devenir de su viejo Pomuch, humilde y recatado pero modoso y tradicional.

Recordar su terruño de antaño hace que rememore los días de su juventud, frescos, joviales e inquietos. Francisco Xiu, como solía llamarse, era ese delgado y vivaracho joven, siempre optimista y con anhelados deseos de mejora económica y social para los suyos. Sin saberlo realmente, Xiu llevaba grabada en su corazón esa lucha incansable por la equidad, por conocer y demostrar que una tez morena, unos marcados rasgos mayas y un apellido nativo no son nada más que características, partes de un ser humano completo, competente y autónomo, aparte de ser rasgos distintivos de toda una comunidad, un habilidoso pueblo: su querido Pomuch.

¡Pero, qué contradicción! Ese mismo joven, valeroso y tenaz luchador por la igualdad social, sería años más tarde un poderoso político que calificaría, ante una gran catástrofe mundial, a las clases sociales.

Entristecido y acongojado. Así se encuentra don Francisco ante este apenado balance. Lo refleja ese contundente sentido de rendición, como si nada hubiera valido la pena.

—¡Falacias, esta vida está llena de falacias!—admite don Francisco con razonado enojo.

Su vida, diplomáticamente construida encima de mentiras, está siendo descubierta y revelada por sí mismo tras una crisis incuestionable e inverosímil. ¿Cuándo había abandonado don Francisco sus numerosas prácticas de bondad por aquellos desenfrenados intereses lucrativos? ¿Cuándo había dejado de aprender las lecciones vitales para cambiarlas por superfluas

comodidades? ¿Cuándo, cuándo, cuándo? Lo bombardean innumerables cuestiones que, como cañonazos navieros en época de piratería, está viviendo en ese preciso instante como si se tratara de una revolución interna, global y holística. ¿Cómo tiene que coordinar ahora su mente, su corazón, sus intereses y su intuición? De ser cierto, la verdadera crisis, el infalible cataclismo, es ese que está enfrentando ahora mismo y que no se encuentra en todos los mares del mundo, sino en su interior destartado y triste.

Vacilantemente y a la par, la ciudad de San Francisco de Campeche, a pesar de su rica historia, sus inalterables costumbres y su pomposa arquitectura colonial, se ve envuelta en una deprimente imagen y se ha convertido en una especie de falsa ciudad donde la política urbana disfraza la verdad, donde el valor ciudadano no es apreciado por su brío intelectual ni por su auténtico talento. No, es alentada por la determinante posición social, situación que empieza a generar enormes cifras delictivas. La ciudad refleja un paisaje oscuro, gélido, penoso y con escasas perspectivas de futuro.

La falsa política no juega con razonadas inclinaciones sino con inspiraciones de acumulación. Se resiste a la participación y al deseo popular. ¿Cuánto ha cambiado Campeche? ¿Cuándo se ha alterado tanto al punto de corromperse de esta manera? Sus escarbados argumentos no se completan ni con atinados atisbos...

Ante semejante contexto, ¿qué hubiera podido hacer él para no perder aún más su dignidad humana y su sentido de pertenencia? Quizás nada o quizás, tal vez, mucho más de lo que él es capaz de imaginar. Se hace presente la confusión y huir de la realidad no es precisamente el medio más eficaz cuando los alegatos y el enredo se hacen presentes. Don Francisco lo sabe, y si una buena cualidad lo ha identificado siempre es esa intensa actitud de aferrarse a la vida, a la realidad, de hacer frente a la situación y buscar posibilidades de reconciliación y de armonía. Escucha, en la lejanía, el sonido de las olas al chocar con los muros. Este sonido le recuerda, aún, que el planeta respira y que



tiene vida; una vez más, le enseña a la especie humana a escuchar su proceder y su porvenir. Le pesa, por supuesto, rememorar su familia original, de base humilde y modesta, que jamás se rindió ante las peripecias históricas ni ante la desvalorización de lo propio. Al contrario, el sello familiar radicaba en lo sagrado, en la sangre, en el sudor, en la virtud y en el maíz, en una especie de mezcla divina y sublime.

Preocupado por lo ambiguo de sus sueños equivocados, perseguidos y logrados, don Francisco reconoce haber sido parte de un espectáculo, de una vívida puesta en escena. Se empieza a sentir como un bufo inquieto, inoportuno y arrinconado en esta oficina, y no es para menos. Tiene la ligera intuición de haber despertado, por fin, la suspicacia. ¡Cómo opacar tal sentimiento! ¿Qué sucedería si ya no participa más en ese confortante pero opresor círculo vicioso? Quizás es la voluntad propia, o quizás la necesidad reticente de seguir de la misma manera, lo único que alcanza a visualizar en este apesadumbrado horizonte. Hace falta un acto de resistencia, de tenacidad, de aguante... uno nada más.

El mundo se viene abajo inmerso en una enorme hecatombe y don Francisco, rebeldemente, sabe que el futuro de la humanidad recae en su solidaridad, en la negativa de aceptar su propia marginalidad, en el desapruero burgués del aprisionamiento tras gélidas murallas, en la salvación moral, en la revolucionaria visión cultural. Es el momento de dejar atrás ese devastado y global dominio. Es tiempo de retomar sus propósitos. Es el momento indicado para abandonar su vida vacía.

Como fugaz estrella surcando los cielos, llega vivaz a su mente el popular proverbio que destila que *del conocimiento se genera el aprecio y desde éste, la valoración*. Don Francisco sabe que no es el único que piensa así. Existe un grupo numerosísimo de personas, toda una comunidad entera esparcida y alejada de la isla putrefacta que es ahora Campeche, que comprende muy bien este mencionado proverbio y está dispuesta a desplegar un

prolongado combate por desandar el camino, un esfuerzo conjunto por hacer resonar sus diáfanas voces en el amanecer, por vaciar ese insostenible mundo, por disipar ese burlesco dolor. Todas las personas animadas por un fresco antídoto de sensibilidad. Ya puede imaginarse este jubiloso y positivo grupo cómo elimina los muros como ocurriera en Berlín, como quiebran la piedra opresora tras viles ataques hacia su dignidad infringidos por él y por su equipo de trabajo en el gobierno.

Aparece, en ese preciso instante, una ligera sonrisa que colorea de manera centelleante su arrugado rostro. Es la señal física, corpórea, que tanto ha estado buscando, la equilibrada propuesta aplaudida entre la razón y el corazón.

Irrumpe en este armonioso ambiente reflexivo el ruido incómodo que indica que la puerta se está abriendo. La robusta silueta de Emiliano Gamboa, el soberano gobernador, su ilustre cuñado, aparece con su talante cercano, alejado de los *flashes* de las cámaras fotográficas y de la pompa de los discursos vacuos que siempre pronuncia para convencerse a sí mismo y para convencer al pueblo campechano de que todas las atrocidades que está cometiendo son justas y necesarias para el buen devenir colectivo. No llega con tintes de máximo funcionario. Es una de esas pocas ocasiones en las que no va acompañado por su séquito de asistentes. Más bien llega como miembro de su familia, como su cuñado y amigo, compañero de aventuras políticas y correrías desgastantes y opulentas.

La plática con él, inicialmente, es amena y cordial y don Francisco intenta evitar conversar acerca de la alarmante situación que está atravesando la ciudad pero, finalmente, decide, entusiasmado y radiante, compartirle la equilibrada conclusión a la que ha llegado tras una vida de engaños, miserias y frustraciones. Le expone, entonces, que la conciencia le dicta abofeteantes pensamientos, señales concluyentes de que esa falsa política que utiliza la mísera clasificación humana está impulsada por la desesperación y

por el miedo y basada en la malicia. Se han cometido sandeces que no son nada más que el resultado del irremediable sentido desviado del dominio.

—¿Acaso no crees que estamos en un callejón sin salida?—le pregunta don Francisco con un tono amortiguado—¿No te das cuenta de que estamos en una ciudad estancada, que hemos arruinado barrios tradicionales enteros? Estamos metidos en una espiral descendiente de podredumbre social sin precedentes...

No ha terminado siquiera de dictar su última expresión cuando el ambiente ha ido cambiando y se ha convertido en una escena hostil y antipática o, al menos, esto siente don Francisco.

Al parecer, al máximo funcionario del Estado no le han agradado estos comentarios. Acalorado, le dice:

—Mi letrado cuñado, te conozco y sé que eres un hombre de bien, pero el mundo, como mi gobierno y esta ciudad, están llenos de misterios que jamás nos cabría en la cabeza imaginar. Más allá de superfluas inclinaciones morales, aquí hay intereses de por medio.

La prepotencia hace que suba el tono de su voz.

—No importa el sinsabor o la desdicha que estemos causando, ¡deja ya de fastidiar con eso! Yo presido esta autoridad y aquí se hace lo que yo diga. ¿Lo has entendido, *indio*?

Bruscamente, abandona la irritada oficina cerrando de un portazo la endeble relación que lo unía con su cuñado para siempre. La inoportuna plática lo ha dejado lleno de remordimientos e indignado, lógicamente, por la lamentable situación. Su intuición esta agrietada de manera evidente. Decide regresar a su casa para calmar provocados arrebatos tras una vida silente de pérdida, deshonra y reproches.

Perezosos pasos lo acompañan en su trayecto de retorno como apremiante premisa para sentir el suelo firme.

Su mente divaga un poco. Ya no sabe ni en qué pensar. Sus ojos, aunque no lo quisieran ver, le muestran una vez más las lúgubres calles, apestosas, lodosas y sucias; los emblemáticos edificios históricos que altivos mostraban antes vivaces colores pasteles ahora están coronados por un verdoso tono, impregnados totalmente de moho. Las infames cucarachas son abundantes y molestas y corretean por todos lados, como las ratas, siempre capaces de adaptarse a nuevas condiciones y nuevos entornos a pesar de la insalubridad evidente.

Por las altas murallas y el nubloso clima, la luz natural en las calles ha sufrido una excesiva reducción y, por ende, contemplar el horizonte es ya casi imposible desde la calle incrementándose, lógicamente, la inevitable sensación de ahogo.

Lo que resulta increíble es que siendo Campeche una ciudad floreciente antaño, con inmuebles coloniales sumamente valorados que en alguna ocasión fueron estandartes de progreso, ahora está rodeada por monótonas y enclaustradas muestras de supervivencia, cuya primera falta es la estética. La imagen habla por sí sola, resumiéndolo todo en un solo calificativo: paupérrimo.

Aunado a todo eso, la crisis social es cada vez más evidente. Ya hay muchos indigentes deambulando por las calles en estados evidentes de claustrofobia y pérdida. Vaya, ¿qué se puede esperar si todo está encerrado? Se respira un ambiente muy triste y decaído y se requiere de mucha valentía para poder pasear por las calles de esta sombría y lamentable estampa que parece gemir tras acorazados e invencibles muros.

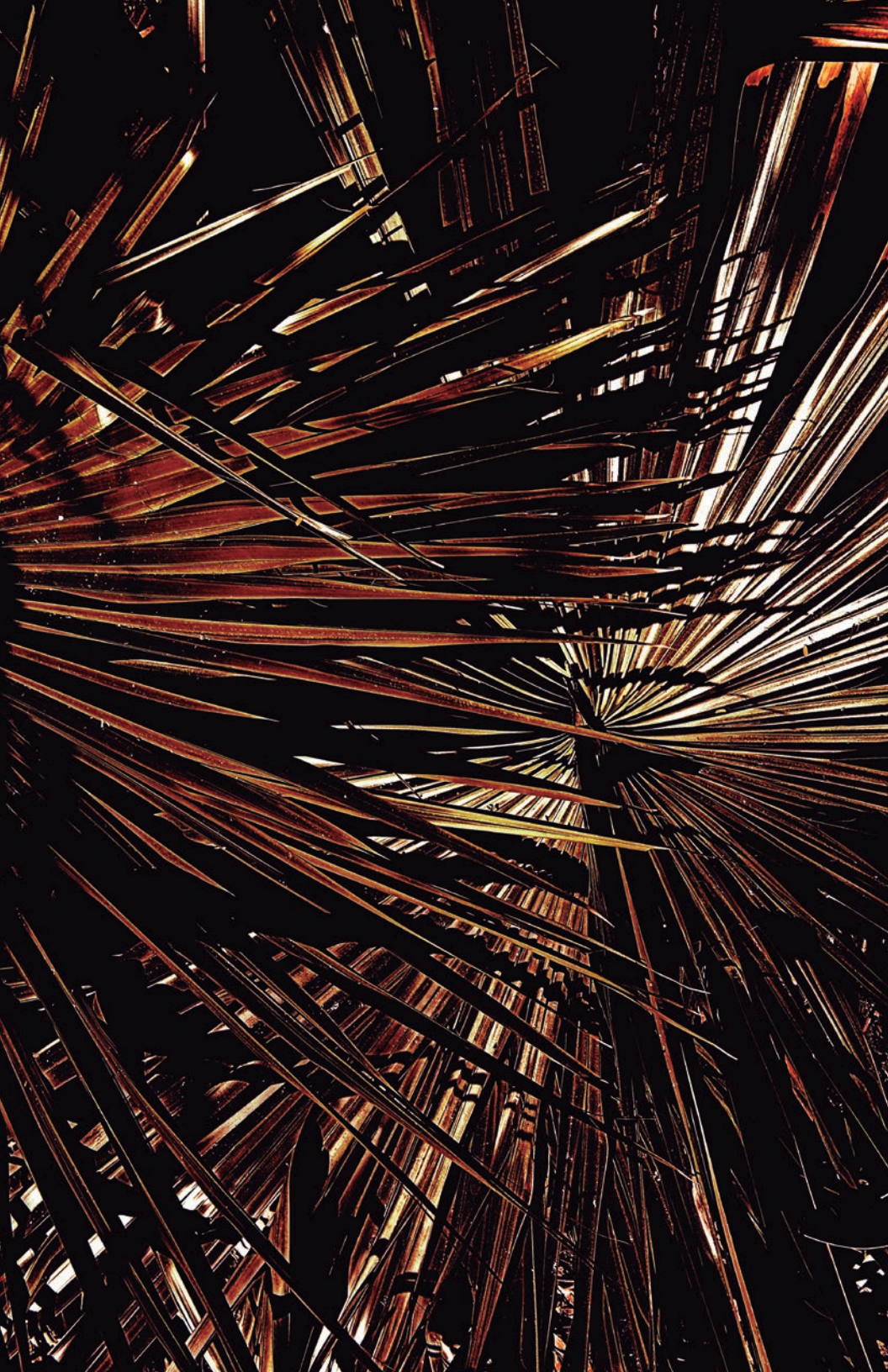
Los habitantes actuales del centro histórico bunkerizado son inquietos, ricos y muy susceptibles que han demostrado, otra vez más, la insensatez práctica de una clase social que siempre se ha sabido, equivocadamente, superior a las demás.

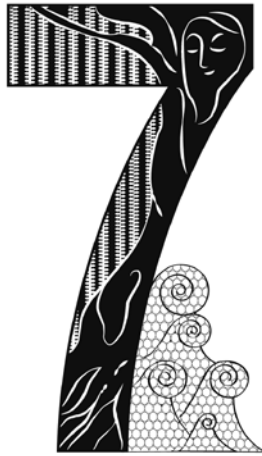
Esta gente, acostumbrada a pavonearse con costosas telas y ostentosos banquetes de vino y caviar, también está acostumbrada a poseer servidumbre. Estas personas no conocen el valor práctico de las semillas, la erudita labor de amasar y tortear el maíz, el delicado trabajo que supone cultivar hortalizas en casa, la invaluable usanza ancestral de recolectar agua de la lluvia en aljibes y, por si fuera poco, la cuantiosa faena de crear luz artificial a base de carbón.

—¿Cuándo perdimos de vista el valor de los usos y costumbres? ¡Este encierro terminará matándonos a todos!

Después de un penoso y desolado recorrido hacia su casa, llega descompuesto y con la única intención de encontrar esas insospechadas muestras de bondad que tanto le hacen falta en estos momentos. Pero se equivoca, pues lo perturba un estremecedor grito que hace que salga, despavorido, de sus casillas. Es su esposa Soledad, cuyo alterado y hostil carácter provocan que, cada día, su relación conyugal sea más y más decrepita. Entonces, como siempre, empieza una sempiterna discusión.

Don Francisco está atosigado, cansado y muy desorientado y decide ignorarla por completo. ¡Ya no la aguanta más! Prefiere encerrarse y dormir anhelando fundirse en un sueño eterno que le devuelva todo lo que ha perdido.





Ya dormido, se sumerge en una muerte momentánea. Está cansado de todo. Aburrido de ser él. Invariablemente entristecido, ahoga su rostro en la almohada. Inerte, el sueño se apodera de su cuerpo y resta inmóvil, sin defensa, cuando lo vienen a visitar y le rasgan el pensamiento.

—*Tè toca soñar el sueño de tus abuelos, el que te pertenece, porque una sombra se ha puesto tus ropas y tus zapatos. Hijo mío, ¿sientes las piedras descansar fuera de ti? ¿Tè sientes cómodo entre mis olas? No es la hamaca la que te mece. Son mis manos. Estás entre el hueco de mis manos, frágil, sollozando tus días, son muertos desde que te dejaste abandonado. Mira esta piel que traigo, seca, agrietada, golpeada con un martillo de carne; estoy putrefacta, enterrada en una tumba al aire libre. No llores. El maíz está ensangrentado. ¿Me reconoces hijo? Saliste de mis entrañas, de algún hueso, de una madera recién cortada. Brotaste de mi tronco como un hongo. Me enfermaste la corteza.*

*Respiraste sobre mí como un viento malo. No descompongas tu rostro. ¿Quién va a llegar a quitarte los recuerdos? ¿Qué dios, qué demonio hurgará en el origen de tu camino? Tu verdadera madre es la que está envuelta en un mar insoluble. Ahora, escúchame, conversa con mis vestigios, con la ruina que es mi boca, con estos labios infértiles. Contéstame pronto, que a esto vengo. ¿Cuál es la palabra precisa para consolar a quien pierde a un hijo?*

Francisco se dobla y gime y un sudor caliente lo escurre. Tiene ganas de llorar su orgullo, de desechar las ganas primeras, de cumplir con la vida y con el deber natural y largarse hacia la inconsciencia para acostarse en la vasta epifanía de un osario y observar el ambiente rompiéndose como un llanto.

*—Lento, amargo, fósil precoz dormido en la brevedad de la noche, enséñame lo que no he vivido. La estrella polar sucumbe, el guía de la tierra cabalga sobre el horizonte donde antes habían costas y parques, enjambres de peces ahogando los pesares. Ve a los ojos del corazón, del cielo y del otoño desmayados. Fíjate como cada bosque levanta sus pias para que pasen los hilos de las venas. Protégeme del padre y de la madre, del hijo y del espíritu doliente. Que no se me acerquen para levantar el polvo que fui y que soy. ¿Te fijas en el modo brusco que tiene el hielo para apagar la antorcha y la esperanza del hombre despierto? Ahora, baja la vista hacia ti, el desierto arrugado hasta el pozo vacío. ¿Lo recuerdas? Ahora, las golondrinas sofocan el vuelo mientras el humo las persigue hasta el acantilado. Todo es mortal. La belleza de tus párpados, el ruido de la selva, el fuego que abrasa las cinturas dormidas de la sabana... Pero se puede prolongar la estancia, el machete que resonaba la piedra, el elote que se cayó dos veces antes de que la plaga y mi soplo derribaran la cosecha. Mírame. Dentro de mi mirada tengo corazones en lugar de ojos. Aquí duermen bien las hojas; encima de mi pecho materno, se abren y florecen las especies y los troncos, dedos de la tierra cansada. Caen pesadas como saliva de huracán y auguran un otoño entumecido entre mis cabellos. Yo tiré abajo tu puerta, el café de mis dientes se disipa en tus suspiros emanando tus voluntades. Si, te acuerdas, mi cuerpo era una luz inagotable, un cerrojo donde se miraba el atardecer. ¡Y cómo te vengo a*



*ver ahora! Mi cuerpo está oscuro y oculto. Larvas de la carne nacen en sus hoyos. Los poros son prisiones donde se revuelcan los restos de mi voz. No se ve mi traje. Mi ropa está muerta y tirada bajo el cuarto, tirano de esta terrible habitación sin estrépito. Ven a verme. Acércate. Mi rostro ya no tiene ojos, ¿acaso estas cuencas no son la soledades más sinceras? Ahora hay que hacer temblar la Luna para que caiga a mi lado, para que me dé lumbre y pueda ahuyentar el insomnio, para que no maten a mis hijos. Pero hoy solamente me quedé aquí, sin diamantes en la superficie, sin el coral creciendo sobre la lengua, sin las escarchas de la neblina como la última vez que me lloraste en aquellos tiempos fugaces y tiernos cuando amabas el incendio de las luciérnagas. Todo eso forma parte ya de una nostalgia pasada y futura. Nada queda de eso cuando alimentabas los pétalos desde donde te oía trabajar. Un respiro en la memoria, un aleteo de la sonrisa inmóvil junto a tu cuerpo. He andado descalza, he oído pueblos enteros resistirse al plomo, ladridos en el tejado cuando me humillaron y abandonaron encima de sus ciudades... Me dueles desde el territorio distante del alma. He amanecido sin ojos, con pestañas pesadas que no me dejan tocarte. Está expirando la hora de la revolución. El tiempo cuando se despierten más temprano y las parvadas<sup>6</sup> quemen los altares y los cirios, cuando los ciervos confusos apunten a las sombras y resquebrajen la cornamenta. Es triste cuando se siente miedo por la luz, por la geometría y sus formas, por esas cosas que se adivinan sin ciencia, triste como la pobreza de un recuerdo, como el resplandor de un ocaso o la música del tren aplastando al ser durmiente platicando por última vez con su vibrante nostalgia. ¡Qué cruel es el Sol cuando se refleja en el espejo! Pero ahora llego y te descubro. Eres un átomo vacío de la sustancia de Dios. Has puesto cenizas dentro de tu garganta y tu sudor forma minúsculos planetas pendientes de mi milagro.*

El hombre se desespera. Abre los botones del pecho. La voz se reconoce en sus recuerdos.

—¿Quién o qué es, una ambigua mujer o un árbol hembra?—se pregunta mientras suelta mocos de niño enfermo.

---

<sup>6</sup> Bandada de pájaros. Término usado en El Salvador y en México.

La cara visible es la de una madre recién envejecida pero la voz es muda como la tierra, como la piedad.

—*Perdona a tu pueblo, perdónalo por sucumbir en los escombros de su pensamiento y dejarlos en la libertad para disparar a las palomas. La paz sea contigo, pequeño hijo de todas las madres que arrullan el universo con su canto. Tu raza me bendijo antes de partir. Solamente queda renacer virgen de toda culpa... Vienes de aquí cerca, traspasaste el lodo. El terreno se ha cansado de tanta compasión. Así como me encuentras, agazapada, espero las lluvias para terminar la cosecha, pero tú ya no la cargarás en la espalda. Se ha abierto para que entre el que eres. Si te hablo en la lengua sagrada ya no me entenderás; eso se queda solamente para los que sobrevivieron amando las raíces, defendiéndolas. Pero ven, siéntate junto a mí, dime qué has hecho mientras se derrumbaban las paredes, los sueños, las confesiones y las promesas. A mí todo me falta y nada tengo. Me falta tu voz como un viento que espero para apaciguar este calor infame, me faltan tus ojos como el agua que enjuaga mi dolor. Ahora, más que nunca, me faltas, como un brazo, como una pierna, me faltas como mi corazón*".

La ventana hacia el mar se levanta. Don Francisco, con mucha dificultad, sigue la sombra, un óleo corrompido ante él, y un reloj se apaga afuera. Luego, dice en voz baja:

—Madre, a veces es necesario fingir y no decir nada cuando una serpiente te atrapa del cuello. Y luego debes sonreír. A mí me pasa que tengo que huir de todo. Tengo lodo en las piernas. Me he traicionado por cumplir con mis obligaciones. Con toda la pena del mundo estoy sobreviviendo. A veces llega el alba y me sorprendo por seguir dormido, por no levantarme cuando el mundo estalla, por no gritar cuando el silencio se hace insoponible como un rayo que no cae y que se queda en el cielo y lo quema. Yo conocía lo simple. Todo era sencillo y alegre. Los árboles, en armonía, mecían la tierra que ensuciaba mis rodillas y mis dedos. En las tardes, el Sol humedecía de calor mi cuerpo y se fundía en una felicidad pura y sin remordimientos. A mi paisaje no le dolían las guerras ni las noticias con sangre. A mí aún no me indignaba mi hipocresía.

Francisco tiene los ojos cerrados.

Las lágrimas saltan sobre su rostro.

Es un viejo pálido con el color de la derrota pero, a la vez, con el signo inequívoco del renacer prematuro.





He ahí este sentimiento que le acecha, que le persigue, que lo acosa, que deja sin oxígeno sus pulmones y hace que quiera arrancarse el alma.

—¿Qué alma?—piensa Francisco, pues la suya lo ha abandonado hace ya tanto tiempo...

Sentado en la orilla de la cama, anhela regresar al vientre materno, a su tierra, a su gente. Ya nada queda en pie que logre retenerlo ahí. El hombre que lo guardó y protegió como a un hijo, José Ignacio Mondragón, había partido hacia tiempo y la única familia que le queda ahora, que en realidad no es su familia original, está conformada por su hermana Luciana y su esposa, a la que nunca amó. Ya es tiempo de abandonar la ilusión de grandeza que ha marcado su vida. Debe tomar una decisión: quedarse y perecer en aquel holocausto o tomar la poca fuerza que aún

guarda su cuerpo y salir en busca de esa paz que tanto desea y siente que, en el fondo, no merece.

Con la decisión palpable en su mirar, Francisco sale de su casa en el complejo residencial dejando atrás los gritos de su mujer y esa mirada odiosa tan característica en ella. Sale a la luz de la mañana y fija la vista en un camino nuevo como hiciera de joven ante la carretera que debía llevarle hacia mundos desconocidos.

Sus pies apenas están tocando el suelo y recorre esa ruta tan bien conocida que hace cada día en varias ocasiones. Llega al palacio, aquel lugar que en el pasado significó su más grande logro y donde su orgullo fue alimentado, cuidado y mimado como si fuera un niño pequeño que se espera que crezca fuerte, tan fuerte y tan grande como para poder tomar el control de cada poro de su piel hasta consumir la propia humanidad.

Ahora, ese lugar se presenta como un espacio frío y mezquino. Francisco atraviesa la entrada, se mantiene mudo ante los saludos de los presentes y se encamina hacia la terraza, donde le está esperando un helicóptero gubernamental que, con sus hélices danzantes, invita a iniciar la travesía definitiva de regreso a sus raíces. Se siente, en estos momentos, como si fuera un ave que emprende el vuelo tras una vida en cautiverio.

Estando arriba, en el cielo, Francisco contempla el paisaje desolador conformado por las olas de un mar negro que ya no refleja de manera fiel el cielo y que arremeten con violencia contra la piedra alzada. *Para protección de la ciudad*, habían justificado, pero los muros solamente fueron un monumento a la insensatez del orgullo. El paisaje colorido representado por la arquitectura colonial ha quedado desplazado dejando en su lugar un paisaje gris y entristecido. Las iglesias, que otrora se alzaban orgullosas haciendo repiquetear sus campanas, se quedaron mudas muchos años atrás, pues les cosieron los labios. Las calles adoquinadas, pavimentadas con lodo y basura, se han convertido en un

nido infecto de ratas y cucarachas. La ciudad se ha convertido en un vientre de bacterias que originan varias enfermedades molestas que tiempo atrás no existían o se creían extintas. ¡Qué escenario tan devastador! Don Francisco sabe que Dios ha cerrado los ojos y les ha volteado el rostro para no ser testigo de una decadencia de tales magnitudes originada por el ser humano y su pasión por destruirlo todo.

—¿Madre, he sido yo quien te ha causado esto? Mi ceguera fue tan grande que condené a toda la ciudad para que se perdiera en el infierno...

El pecho de Francisco se comprime pero él no siente dolor. Su cuerpo está entumecido por el cansancio y la pena. Todos estos años han dejado un cuerpo vacío.

El helicóptero se pierde en el cielo hasta desaparecer y Francisco se aleja del infierno para encontrarse, paulatinamente, con el paraíso perdido de sus recuerdos. Al menos, él así lo siente cuando ve, a lo lejos, un paisaje familiar, su añorado Pomuch, donde el cielo se hace menos denso y es de un azul más puro.

Francisco se ha acostumbrado al paisaje sombrío que reina en la vida campechana intramuros, pero la imagen que tiene ante él ahora mismo es muy refrescante para sus ojos. Es ese color verde tan vivo que tan bien recuerda... Estando ahí, podrá volver a soñar y percibir que la libertad es un tesoro palpable. Es este el paisaje que se cierne en su interior y que le devuelve, desde su memoria, recuerdos que creía olvidados procedentes de su vida pasada.

Pequeñas viviendas le dan la bienvenida entre caminos de tierra y la brisa cae desprendida desde el cielo hacia los árboles como si fuera un susurro que acaricia sus oídos.

—*¡Ya estás en casa, hijo mío!*

El hijo pródigo ha regresado y el corazón de Francisco se acelera, retumbando cual tambor, y la nostalgia lo invita a bailar un delicado

vals en un cúmulo de sentimientos invadidos por la alegría y la esperanza. Pero poco dura el sentimiento inicial y enormemente bonito de sentirse en casa, pues la pena, la vergüenza y la culpa desplazan todas las ilusiones anteriores y los pensamientos lo golpean con tal fuerza que casi cae de rodillas.

—¿Habrá alguien que aún me recuerde?—piensa.

Las personas del pueblo y todos los ciudadanos que han sido expulsados de Campeche por el plan que él mismo ayudó a urdir y que ahora rehacen sus vidas lejos de los hogares en la ciudad no tan lejana, lo miran y susurran entre ellos, pues todos sabe quién es aquel señor recién llegado del infierno. Don Francisco se ve rodeado de rostros que lo miran con desconfianza.

Unos hombres se le acercan. Don Francisco comienza a sudar porque sabe que no tendrá un recibimiento grato. Después de tantos años, él es un extraño en el pueblo y un mal político en el Estado conocido por todos.

—¿Francisco?

Reconocería esta voz entre otras mil. Su rostro ya está avejentado y don Francisco lucha por descifrar la juventud perdida entre tantas arrugas. Es, sin duda, el pequeño Manuel, un vecino con el que solía salir a jugar. El pequeño Manuel lo seguía a todas partes, siempre con algún raspón en las rodillas, descalzo y corriendo por todos lados con los ojos brillantes, bien abiertos en busca de un pobre inocente a quien hacerle alguna de sus travesuras. Sus ojos, ahora, no brillan; sus ojos, ahora, guardan en su interior una historia de pena.

—¿Qué haces aquí, Francisco? ¿Es que acaso vienes a quitarnos estas tierras también?

Francisco quiere decirle cuánto lamenta todo el daño que ha hecho pero su garganta se seca como el desierto y no permite que salga ninguna palabra.

—¡Es Francisco Mondragón, antes Francisco Xiu!



Las personas de su generación que aún no le habían reconocido el rostro pueden ahora reconocerle el nombre. Las miradas de odio no se hacen esperar y la gente le lanza súbitas palabras de desprecio. Francisco se quedó congelado, mudo, sabiendo que merece todos aquellos insultos.

—¡Basta!—grita Manuel para socorrerlo—Si hay alguien aquí que deba juzgarlo es el consejo de los sabios *Bacabs*<sup>7</sup>, un grupo de cuatro hombres con la fortaleza y la sabiduría suficientes para dilucidar qué debemos hacer ante tal compleja situación.

La asamblea está a punto de iniciarse. Cuatro rostros inmutables lo miran. Están frente a don Francisco y provocan un sentimiento instantáneo de respeto entre los que los pueden ver de cerca. Sus ojos reflejan la sabiduría de su pueblo y tiene el porte orgulloso del santo que se sabe hijo de la tierra que pisa.

—¡Este hombre arrebató nuestros hogares!

—¡Este hombre nos mandó al exilio!

—¡Debemos castigarlo!

—¡Échenlo del pueblo!

Las personas arremeten contra él sin que tenga posibilidad de escapatoria o de réplica. Él sigue, quedo e incorruptible, clavado en el centro, recibiendo el castigo merecido. ¿Hay, acaso, alguien que no lo juzgue? Lo duda... Finalmente, abre los ojos y despierta de su letargo. Ha conocido un mundo de apariencias en el cual la conveniencia y la avaricia han dictado siempre el guión de la vida, el abrazo del mundo. Pero ahora es distinto, pues está sanando su corazón y desechando todo lo que el orgullo y el poder han hecho de él.

—Demasiado tarde, no merezco el perdón.

Esta idea se ancla en su conciencia como si tuviera el peso de un gran templo perdido en la selva.

—¡Este hombre ayudó a diseñar el infame proceso de selección que hizo que abandonáramos nuestros hogares!

---

<sup>7</sup> El *Bacab* es el término maya en la Península de Yucatán empleado para referirse a las cuatro deidades prehispánicas que habitaban en el interior de la tierra y en sus depósitos de agua y que tenían la función de sostener el firmamento.

—¡Este hombre nos traicionó!

—¡Basta! ¡Permitan a los *Bacabs* hacer su trabajo!—grita el pequeño Manuel.

Uno de los cuatro líderes se acerca y mira sus ojos detenidamente.

—Desconocido, parece que has hecho mucho daño a estas personas y ahora vienes ante nosotros, ¿por qué?

Desde el helicóptero, él mismo se ha repetido esta pregunta una y otra vez sin parar.

Con la pena y el dolor pegados a su rostro y en su alma, Francisco puede hablar, por fin, y defenderse ante aquel nutrido auditorio.

—Sé que no me quieren aquí, ¿por qué iban a hacerlo? Yo les traicioné. Y lo que es aún peor, ¡me traicioné a mí mismo! Le di la espalda a mi herencia... Soy la nada, un cuerpo sin vida. ¡Ya no puedo reconocermé! Hace mucho tiempo que dejé ir a ese chiquillo que soñaba despierto con lograr grandes retos. Yo solamente quería sacar a mi familia de esta vida tediosa, que mis padres no mancillaran más sus manos con la tierra. Los abandoné a todos ellos, hice oídos sordos y partí, me perdí en el camino, olvidé mi nombre y mi apellido y solamente pretendí conseguir otro nuevo sin volver a pensar en la gente que realmente me amaba.

Indefectiblemente, en aquel preciso instante, recuerda a su amada Nicté-Ha.

—Frente a ustedes, solamente hay un hombre perdido y desesperado que busca encontrar su reflejo en el espejo, un viejo arrepentido.

Las lágrimas surcan su rostro cansado y envejecido. Su cuerpo tiembla. ¡Pobre hombre derrotado por sus propias decisiones! Ahí está don Francisco como un reo a la espera de su sentencia definitiva.

La asamblea se prolonga y a don Francisco la sesión se le hace eterna. Los cuatro *Bacabs* se acercan, finalmente.

—Nunca es tarde para redimirse cuando el arrepentimiento es sincero. Llegaste como Francisco Mondragón pero ahora, a quien le damos la bienvenida es a Francisco Xiu, nuestro hijo, vecino y amigo añorado.

Hace tanto tiempo que no escuchaba su nombre verdadero, original, que un eco sonoro le retumba en la cabeza y por todo el cuerpo.

Entonces, al observar la gente del pueblo, Francisco lo comprende todo viviendo una catarsis necesaria. Tras el proceso de selección, la gente intramuros se creyó ganadora. Ellos, los ricos y poderosos, estarían seguros y protegidos por las murallas. *¡Pobres todos aquellos desgraciados que fueron echados de la ciudad!*, pensaban todos. Pero no lograban entender que ellos mismos tendrían un futuro miserable en aquella ciudad oprimida, que ya no vivirían jamás un cuento de hadas en sus casas coloniales fingiendo tener vidas perfectas e ignorando las innumerables sombras que siempre se ciernen sobre las personas que viven de mentiras y de engaños.

Las personas que puede ver enfrente no le parecen, para nada, pobres almas arrancadas de sus vidas y echadas a lo desconocido. ¡No! A quienes tiene al lado son, en su mayoría, vencedores, personas que han logrado ponerse en pie incluso cuando todo estaba en su contra. Estas personas han sabido conservar su historia, su herencia y su identidad y están orgullosas de quienes son. Prueba infalible de este pensamiento es esta noche, el *Janal Pixán*, cuando los vivos y los muertos conviven a la espera del momento idóneo para reunirse otra vez. El pueblo empieza a iluminarse con velas y los altares reinan en todos los hogares.



# Epílogo

Don Francisco Xiu, nuevo integrante de la colonia establecida en territorio pomuchense, deambula solo. El paisaje abrumador ahora es uno de renovada luz. Una que otra mirada rencorosa. No está perdonado del todo. Ha cometido actos injustos e inhumanos difíciles de disculpar. Él lo entiende. Tendrá que convencerlos con nuevas acciones. Es su principio.

Los exiliados y nativos se las han arreglado para subsistir a la tragedia mundial. Utilizan técnicas locales creadas por sus antepasados para extraer y almacenar agua, cosechar y buscar alimentos. Se basan, simplemente, en lo que hay en el pueblo y en los alrededores, no esperan ni desean más. He ahí el triunfo de su sociedad.

Camina inspeccionando minuciosamente cada rostro de las ancianas. Añora a la de facciones parecidas a una *flor de agua*. Está inquieto. El joven perseverante está ahora en su vejez. Su corazón late y mira fijo a los ojos de las antiguas mujeres que compartieron mocedad con él. Rendido, baja la mirada una hora después y se pregunta dónde estará ella.

—Recuerdo que me dijo que me esperaría, pero no estática como *La novia del mar*. Ella era tan dinámica, una mariposa bailarina, un colibrí acabándose el polen de mis labios, ¿dónde estará?

Y luego, sonrío con las pestañas y los dientes de aquel muchacho anhelante de victorias de antaño.

De pronto, la mano del pequeño Manuel se posa en su hombro. Un saludo y la pregunta obligatoria:

—¿Dónde está?

—Dijo que te iría a buscar *ahí donde se quiebra la piedra*. Muy cerca de la vida, o de la muerte, como quieras verlo. Cuando se fue, caminaba tranquila, contentísima. Hizo este ritual hasta unos días antes de fallecer. Estaba enferma, vieja. Nunca dejó de ser hermosa. Nunca se cansó de esperarte. Todos en el pueblo quisimos, alguna vez, enamorarla, y a todos nos rechazó. Más tarde se dio cuenta de que no quería morir soltera y se casó con un hombre que no era ni de estos rumbos, *nomás* para ponerse un vestido sucio que tenía guardado desde hacía mucho tiempo, desde que era joven.

El pequeño Manuel, convertido en un hombre mayor de recia voz y empírica sabiduría, le relata elocuentemente a su antiguo amigo la llegada de las penumbras que invadieron los polos del mundo. Los relámpagos inundaron el Sol con sombras. Los gobernantes erraron los mandatos y el cosmos explotó para convertirse en otro principio de incertidumbre.

—El ego del ser humano, ocupado en el quehacer tecnológico, avanzó en todos los ámbitos exteriores a la conciencia. Dejó de explorar en el interior, se olvidó de su origen tan frágil. La naturaleza reclamó lo que era suyo, simplemente. Nosotros estamos renaciendo. Retomando lo esencial, la lluvia, la Luna que alumbra, el maíz que provee. Como puedes apreciar, nosotros seguimos en pie. Lo puedes ver en cada calle, en cada esquina, destruida pero habitada. El caos aparece para que lo reacomodemos todo, lo poco o lo mucho que queda, para poder sobrevivir. Ya no hay fronteras y la catástrofe nos acerca a la utopía. Nos apoyamos entre todos los centros de refugio establecidos en Centroamérica y otras colonias sudamericanas con bases en territorios que permiten la supervivencia. El área ha sido desgarrada por ciclones pero, ¡míranos!, estamos en pie, luchando por preservar nuestra renovada humanidad, naciente como los primeros hombres. Ahora ya sabemos qué hicimos mal, desde la provocación del cambio climático hasta la

contaminación terrestre y marina, aunado al derrame del petróleo que, afortunadamente, aquí no nos tocó. Pero la peregrinación de la gente que sacaron de los muros nos sirvió para comprender su magnitud, porque los discursos oficiales comunicaban por radio y televisión que estaba todo controlado, que estuviéramos tranquilos. Que en nuestro estado y en nuestra región no pasaría nada. Estábamos tan acostumbrados a que los días pasaran vacíos que ni caso les hacíamos. Aquí no vimos ni una ola negra o contaminada. —Es verdad, Pomuch no tiene mar, ni un camino que te pierda en su furia. Es cierto, Pomuch descansa tras la agria contemplación de la tormenta. Este pueblo es un diurno paraje del aire, no reclama con afán de voces vencidas. Pomuch no se seca las lágrimas, no huye doblegada. Pomuch está quieta mientras la escarban los dedos que ella misma parió. No tiembla ni sucumbe. Pomuch no tiene espuma como rabia. Tiene lodo fértil. Pomuch es un pueblo que aún se está levantando. Hasta ahora me doy cuenta.

Don Francisco piensa todo esto, emocionándose.

El pequeño Manuel continúa:

—Todo pasó y está pasando. Estos charlatanes no escarmientan. Aún ahora dicen que vamos avanzando hacia la restauración social y ecológica, proyectando transmisiones visuales de reconstrucciones donde aparecen personas felices en paisajes reconfortantes. ¡Bonitos montajes de la realidad la que nos ponen! ¡Mentirosos! Muchas veces pensamos que tú, Francisco, hijo pródigo de nuestra raza, nos ayudarías; que, con orgullo, vendrías a echarnos la mano, rota de tantos golpes. La mera verdad, yo si creí que regresarías. Salías en los monitores, rojo y maquillado, sonriendo, hablando con gallardía, dichoso de codearte con la clase alta. Un político nacido del pueblo, formado de tortillas de maíz y sabiduría maya. ¡Qué equivocado estuve! Sinceramente... ¿qué te pasó? ¿No tenías dinero ni para pan y le vendiste tu alma al diablo? —Luego de un tiempo, después de llegar a la ciudad, ya tenía dinero de sobra para llamar cuando quisiera. Sin embargo, siempre encontré pretextos para postergar las llamadas. Lo importante era

seguir teniendo el cariño de don José Ignacio, mi padre adoptivo, y de sus amigos. ¡Me sentía tan desamparado en esos momentos! Internet me acercaba a todo lo que sucedía en el pueblo pero, para ser franco, ya no me importaba, pues estaba cegado con los propósitos que me había fijado mi nuevo padre. Para agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí tenía que concentrarme en mis estudios y ser el mejor abogado de la ciudad para que no lo avergonzara y, al crecer, me acomodara en algún buen puesto público. La promesa de una vida más digna para mí, al menos, se cumplió, y con creces. Usé todas mis energías para complacer a mi nueva familia. De joven, cuando estaba aburrido, buscaba en Internet cosas referentes a esta tierra, y me parecía triste la vida que contemplaba. No encontraba la belleza en la sencillez y disfrutaba de halagos y atenciones, que más tarde descubrí que eran hipócritas. El mismo deseo con el que salí de aquí lo usé para ser el mejor estudiante de Leyes de la ciudad y para usurpar un lugar en la élite. En esta entrega hacia mis sueños me olvidé de mi padre, de mi madre y de mí mismo. De mis raíces. La única imagen que aparecía en recuerdos vagos era Nicté-Ha en esas tardes de soledad tan frecuentes.

Francisco mira de reojo al *pequeño* Manuel, pensativo, luego de nombrarla. Su memoria, más pesada que su cuerpo, llega hasta el horizonte de color arrebol, el mesiánico dedo de luz que le cubre la frente, pisando las aguas apenas móviles. Él piensa en millones de cegadoras lunas doradas y anaranjadas, como las pensaba en otros tiempos, con otra voz.

Su amigo lo lleva al lugar donde ella descansa. La noche crece y es inmensa, así que apura el paso hacia los huesos predilectos, que siempre son los de la mujer amada.

—Soy un niño de pequeñas manos que suplica un estrato de heridas que se abren a cada viento, aquí, ahora mismo, junto a ti, junto a tu cadáver viviendo en mí como un fuego interno. Apresuro todo para antes de que termine el *Janal Pixán* y te me vayas lejos de nuevo. Hoy he vuelto porque sé que me esperas.



No te había visto tan cerca, tan hermosa, con esa mirada infinita, mi último resquicio para la salvación. Hoy el pueblo derrama noche por la boca. Es un ser diminuto y gigante que sobrevive por las etapas de la piel de quienes la habitan. Alrededor, resuena su típico grito, un gemido que cae con las naranjas de los árboles. Este pueblo duerme sin culpas, exento de los insomnios del poder. Parece estancado e inservible, pero llueve aún en sus calles. Aún hay hormigas carcomiendo pétalos que transmutan en amor. La coa desyerba y en el subsuelo surge la vena del alba. Mi tierra es la germinación de la vida empolvando todo su suelo: un mar de manos, de agua dulce rescatándonos del naufragio. Como tú, Nicté-Ha... Tu nombre me acerca al pozo donde se calma la sed.

Ni Xiu, ni Mondragón. En este momento, es un hombre que se encuentra dialogando frente al cadáver de su verdadera amada. ¿Cuántos hombres tienen la oportunidad de acariciar los huesos de su mujer? ¿Cuántos pueden tomarle el cráneo y besarlo tiernamente mientras lloran sus palabras?

—¡Qué costumbre tan salvaje es esto de enterrar a los muertos! Desde ahí no pueden ver pasar a la gente, ni tomar aire fresco para seguir durmiendo.

El cementerio está lleno. El hombre está siendo observado por sus padres muertos, mismos a los que les prometió su pronto regreso, con quienes conversó lejanamente cada vez que era sometido a insultos, cada vez que era puesto a un lado por conocer y estar donde no debía. Todos escuchan lo que dice y se confunde el cielo con la tierra. Es perdonado ya; es la lengua sagrada la que sale de su boca, la que aguardó en su inconsciente miles de días: —He vuelto para tomarte del cabello y darte un beso. La Luna aparece colgada en el horizonte. El pueblo está ciego, callado. En Campeche dejo los atardeceres, los hechizantes ocasos, el abril, las tardes sembradas de matices que se filtran en la retina del alma. Amor mío, amor hallado en la cortina desde donde me miras, en tu osario desde donde me visitas: vengo a redimirme al

consuelo de tu cráneo vacío, que llena el aire y me lleva hasta los pulmones la brisa de un mar que sigue azul a pesar de los pesares. Yo, Francisco Xiu, repito mi nombre conjurando mi libertad. El único derrame que sale ahora del abismo es el de mi sangre... Traje panes envueltos de cielo para tu camino de regreso. La vida próspera y equilibrada, el incansable batir de los machetes y una sonrisa abarcándonos el alma son conseguidos desde los pechos volcánicos de las personas. El mundo estalla y yo ya estoy despier-to y feliz. He pensado que vayamos juntos a romper los muros de Campeche encendidos como luciérnagas apabullando estrellas. Ellos no son los perdedores ni los ganadores. ¡Qué fácil resulta encontrar culpables! ¡Qué fácil resulta democratizarnos en el caos! Ya no soy político, ni campesino. Todo esto ha finalizado. ¡Hace cuanto que no decía verdades! El muerto soy yo, un cuerpo lleno de ausencias. Y, sin embargo, vengo a demostrarte que mi corazón no está inerte, que no está enteramente despedazado, que aún tiemblo ante tu presencia, que aún oigo tu voz bajo el árbol. Mi mano, suelta de la tuya, no tiene vida. Mi brazo, suelto; mis ojos, sueltos de los tuyos, no me pertenecen. ¡Perdóname! Quítame el corazón, entiérralo en el tuyo, para vivirte, para que sigas viviendo en mí, escondida en mis andrajos, lavando mis respiraciones. Yo en ti encuentro lo indecible, la falta de columna que amarga mi espalda, la memoria que suplanta mi existencia, las memorias enredadas que contagian mi enfermedad amnésica. Nicté—Ha, *flor de agua*, adornando mi sed. Derrama tus cabellos en mis dedos. Derrama tus huesos en mi alma. Todo lo que no te dije ahora te lo grito. Cuando me vaya dejaré de tener estos ojos. Será póstuma la noche que dormiré en tu abrazo. Será otro el sitio donde te encuentre, pero estamos juntos, más que nunca, más que siempre. No espero que me respondas. Esta soledad contigo la haré perpetua. Me gustas más que tu cuerpo, porque es demasiado semejante al mío, frágil, exageradamente humano. Amar es la reconstrucción de uno mismo a través de otra persona...

Luego, se gira, y prosigue:

—Tengo los pies listos para partir, Madre y Padre, ustedes a un

lado de mis costillas eternos, vean esta sonrisa, la más sincera. Me siento perdonado por ustedes. Una capa de sus nubes envolviendo mi espíritu. Soy la repetición de cada uno de ustedes, dignos, valientes y sobrevivientes de mí. Ahora no estoy en letargo, mi carne está esparcida de esperanza.

Francisco cae absorbido por las semillas que retoñan. Se fusiona con la tierra. Está débil, pero ha logrado llegar, ha logrado arrepentirse. Las velas le señalan el camino. Regresa acompañando a su mujer amada. El pasado ya es un fantasma. Francisco también lo es.

Esa misma noche, un niño llora recién salido de las entrañas del Sol y nace una llama encendida. Mañana, volverá a amanecer.



# EL EQUIPO AL DESCUBIERTO

Casi medio año fue necesario para que AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA, después de varios encuentros de trabajo en los cuales se dilucidaban todos los detalles de la novela, fuera una realidad y el mensaje de esperanza y de enraizamiento a la identidad propia que se erige entre sus páginas fuera lanzado por este equipo de escritoras y escritores como dardos de verdad, crítica social, creatividad e imaginación.

En la próxima sección de este libro podrás conocer, uno a uno, el talento de las autoras y los autores de este libro colectivo, en primera instancia a través de cuentos y ensayos breves basados en los ejes temáticos de la novela (la identidad maya y la remembranza de la Guerra de Castas, los secretos de las familias adineradas y las diferencias entre distintas clases sociales, el racismo y el desplazamiento juvenil) y después a partir de una reflexión poética acerca de la festividad de *Janal Pixán*, la celebración maya de la Noche de Muertos que, a su vez, es incluida por la UNESCO en la Lista del Patrimonio Inmaterial y es una de las celebraciones anuales más conocidas de México. A través de frases y versos, de páginas y de estrofas, ahondarás en la cotidianidad literaria de estos artistas del arte escrito y también en la magia de una fecha clave en el calendario litúrgico de la región en la cual la vida y la muerte se dan la mano en una danza infinita y necesaria.

Después de esta novela protagonizada por Francisco Xiu, que regresa a sus orígenes reclamado por la Madre Tierra, vas a profundizar más en la realidad campechana a través de otras historias.

Sigue leyendo, pues el viaje no ha terminado aún.



## La memoria del jaguar

por: *Alessander Segovia Haas*

*“Y sus vestidos eran solamente pieles de animales;  
no tenían buenas ropas que ponerse,  
las pieles de animales eran su único atavío.  
Eran pobres, nada poseían,  
pero su naturaleza era de hombres prodigiosos”*  
– POPOL VUH

—¡Apúrate *u pel a na*!<sup>8</sup>

Era el diciembre más frío para Francisco, aunque el Sol irradiaba en aquella isla. No estaba acostumbrado al clima, lejos de su tierra natal. Lo habían llevado hacía unos meses. Él se resistió:

—Corramos, corramos, *ko'ox*.

Vinieron unos como soldados, como patronos, y él se resistió.

Escuchó la palabra *esclavo* muchas veces antes de llegar. Jacinto había comenzado la rebelión. Él no corrió tan deprisa como los demás. Llegaron por ellos una madrugada de fiesta y ninguno estaba armado. Cuando ordenaron la huida, Francisco ya estaba lo suficientemente ebrio como para no correr con los demás.

Ahora le parecía estar en otro país, temblando de frío y de dolor. De angustia por haber perdido una revolución y una familia. Lo llevaron un jueves, recuerda, para trabajar el azúcar, o eso le dijeron.

---

<sup>8</sup> Insulto recurrente en la lengua maya que se habla en la Península de Yucatán.

Se había unido a Jacinto porque no soportó que su hermana durmiera con el patrón, porque no soportó que su estirpe hiciera sangrar sus manos para complacer a otros que no eran de su raza, porque no soportó más tiranía de los que prometieron soles en forma de moneda.

De niño trabajó y trabajó. Él sabía que un día iba a desquitarse, a sanar su pueblo. Pero ahora trabaja y trabaja, y peor, muchas veces hasta ni come y su única agua son sus lágrimas, que continuamente llora. Su papá era un campesino que tomaba pozole con sal, el que no permitió que su familia sufriera más de la cuenta. Su mamá era la que hacía las tortillas en el comal sentada en la banquetta, con su huipil tejido en bastidor y su rebozo a un lado, de una belleza que su herencia maya le concedió.

Ahora Francisco está solo en un patio, sin camisa, bajo el resguardo de una enorme mata de tamarindo. Recordando.

Tras meses de vicisitudes, sus ojos se han negreado más, se han tornado más grises, ya no sonríe. Ese trabajo era una prisión. Se cansaba la tierra de resistir el peso de un hombre dolido. Su vida transcurría en esa La Blanca Flor. Todo el día se arrastraba entre las yerbas. Su capataz era hijo de su pueblo, y a pesar de eso era quien más gritaba, insultaba y presionaba.

Se acuerda cuando Jacinto intentó ganar con sus palabras algo de compasión para él y sus compañeros: “Tu trabajo es la tierra donde tus antepasados se hicieron de grandeza. ¿Por qué no te preguntas qué pasó? ¿A qué hora ese monstruo devoró el maíz y tus ganas? Ya no es grande tu raza, ni siquiera puedes comer lo que siembras, eres el trabajador de alguien que no entiende tu lengua. Eres ese que sobra en la mesa de oro, el que lame las cucharas.” La reacción del capataz fue de ser aún más cruel, de consumir a su misma sangre. Francisco no tiene ahora motivo para que su pie se deslice por el suelo.



Ya faltaba poco para que la estirpe descargara las armas en contra. Se comentaba a voces secretas una rebelión. Mientras tanto, Francisco necesita ese pequeño milagro que lo distraiga, una sonrisa que lo reconcilie con la existencia. Entonces, abajo, lenta y litúrgica, aparece por primera vez frente a él la patrona. Se le entumen los ojos y el corazón. Francisco no sabe qué pasa. —¿Crees en los amores a primera vista?—le había preguntado aquella muchacha del pueblo.

Y esa vez no contesta, pero tardíamente se responde que sí. En ese instante se le olvida el sufrimiento y la historia. Ya de noche, Francisco duerme sintiendo que el deseo le oprime el pecho.

Esa noche sueña:

“La flor del nabanché, en el agua tibia, venida en el lomo del jaguar.  
La que cura todo, la hierba que *Pakal* le regaló, entre sus manos  
calientes, obsequio para él.  
*Ixchel*, la flor que lo cura todo,  
Nabanché.”

Sus dientes eran de oro por todo el maíz que había comido. Su piel, una sombra marrón, una mezcla de quien sabe que sangra. Su cabello le caía lacio, como carbón y cenizas. Su fornido cuerpo era por el ejercicio del trabajo, de no cansarse después de mucho vivir. Sus ojos cafés oscuros, sus labios gruesos y dulces... era un hombre, en verdad era un hombre. En eso se había fijado la patrona.

El día de su encuentro, él amasó su cuerpo con las manos de ella. No abrió los ojos, solo sintió. Él fue el guía esa vez. Le habló en su idioma sagrado y ella no lo entendió. En la oscuridad, a Francisco le parecía que en su estómago se formaba un pequeño huracán. Toda la noche fue feliz; sin embargo, durante toda la madrugada después se preguntó si en realidad era la *Xtabay* quien vino a confundirlo. Sabía que la diosa *Ixtab* solía embrujar a los borrachos y a los perdidos.

La mujer tocó a su puerta. Por la mañana se había fijado mucho en Francisco. Ese deseo clandestino era un sentimiento estremecedor. Más tarde, mientras dormía, soñaba con un jaguar negro y una estrella hinchándole una luz en la cara. Se levantó deprisa. La hacienda dormía. El cuarto de atrás era para el velador y esa vez era turno de un tal Francisco Ek Balam. Entró y sin decir nada lo amó. Él le susurró:

—*Jach seten in k'áat in ts'u'uts'ech xki'ichpan ch'up.*

Ella no entendió nada.

Se fue antes de que clareara el día. Se llevó su cuerpo y ese largo cabello castaño.

Carolina de Barbachano era esposa del dueño de la hacienda La Blanca Flor, Miguel Barbachano. Por asuntos políticos él se fue a la capital. El cuidado de la hacienda ahora recaía en su esposa. El dinero que ganaban con el henequén no les satisfacía. El poder llenaba a Miguel y Carolina encontró amor en un sirviente maya.

Platicaban poco, por la mañana y disimuladamente. Francisco no le confiaba el desgarró que sentía por dentro, ni lo que se fraguaba entre el henequén y la tierra; ellos tenían claro a quien le pertenecía.

Jacinto se reunía uno por uno con los demás. La oscuridad era la manta que ocultaba aquella revolución. Poco después de platicar con Francisco quedó acordada la fecha del despertar.

El *Janal Pixán* era respetado por todos por igual.

—Porque así me dijeron los antiguos viejos de esta tierra tan bella. En el Mayab, el *Janal Pixán* es la gracia más bella de los pueblos mayas hacia los grandes difuntos, los hombres que partieron con el *Zamná*<sup>9</sup>—decía el padre de Francisco.

---

<sup>9</sup> Sacerdote sabio.

Para los trabajadores de la hacienda ese era uno de los pocos días libres. La patrona sabía que los *pixanes* exigían esa libertad. La víspera de aquella tradición, Francisco se reunió con su primo Jacinto.

—Tú y yo sabemos bien que nuestros abuelos fueron guerreros. Nuestra herencia es este oro enlodado; la lluvia que cae aquí es de nosotros.

—Primo, no le puedo hacer esto... Me gusta mucho y me trata bien, la voy a llevar conmigo.

—Haz lo que quieras *láak'*, pero no des la espalda a tus abuelos.

—La otra noche soñé con la flor del *nabanché*. *Chaak*<sup>10</sup> quiere que yo actúe. Somos cristianos, pero a mí todavía me hablan los antiguos.

—Somos lo que somos, los que vinieron azuzaron mentes y quieren que seamos lo mismo que ellos. Tu raíz aquí creció, por eso sueñas con...

Justo estaban en la plática cuando entró un *majan naj* y se posó en una esquina, como si estuviera observándolos. Luego cantó el *xooch'*, esa voz lúgubre. Los hombres no tuvieron duda, era la muerte y no podían hacerla esperar. Todo sucedió entonces.

Abrieron los ojos y se vieron a ellos mismos, guerreros en búsqueda del extranjero, con sus mazos, flechas y cerbatanas, y sobre sus cabezas la piel dura de su coco *kaaba'*. Apuraron el aviso. Ocurriría esa tarde la planeación y la verificación de las fuerzas con las que se contaba. No encontrarían la misma libertad otro día. Salieron juntos, uno en búsqueda de sus hombres, otro en búsqueda de una mujer.

La patrona estaba con su marido, que llegó aquella tarde. A Francisco se le quemaban los ojos, se escurría de su boca un grito. No pudo acercarse a ella. Decidió ir a casa de sus padres, que debían estar ocupados con los preparativos para recibir a los *pixanes*.

---

10 Dios maya de la lluvia en la cosmovisión de la Península de Yucatán.

Cuando llegó, su madre estaba sentada, la banquetta se llenaba del *k'ool*, ya casi listo para, el entierro del *píib*.

La mata de tamarindo ya quebraba sus ramas y se fijó que la albarrada necesitaba piedras nuevas. Su papá espulgaba el *xpéelon*<sup>11</sup>. Serio y viejo. Al lado de la pequeña casa, con esos huanos cafés que como un río caían sobre la base de lodo y palos, dos *malix-pek*<sup>12</sup> se estiraban. Francisco los saludó en su lengua y así hablaron un buen rato. Su padre contó que llevarían comida al monte y un vecino le dijo que vio *aluxes*<sup>13</sup> en su terreno. Para que la siembra no fallara, habrían de llevar el *hanincol*, pues las fases de la milpa tendrían que terminarse a tiempo.

El padre de Francisco también trabajó en la hacienda; a diferencia de su hijo, él trabajó calladamente hasta que su patrón lo jubiló. Y fue su propio hijo quien lo relevó en desgracia. La deuda nunca se terminaba de pagar.

Francisco agarró un *lek*, comió un elote y se sirvió un poco de *sakab* en la jícara. Él sabía cuánto significaba esa bebida sagrada que alguna vez les dieron los hombres a aquellos dioses en agradecimiento por la entrega sagrada del maíz. Esa carne de mazorcas, de donde se formaron los antiguos. Sabía que se tomaba su sangre, preparándose para lo que venía. La creación, su origen en una bebida.

—Ya estamos listos. Vengo a dar el adiós. Jacinto dice que nos meteremos en los cerros a buscar. ¡Que nos hagan caso los del cielo! Ya ve que nos están matando en silencio. Si seguimos agachados pronto nos enterrarán a todos. Lo que le hizo el patrón a Juana, el día antes que se casó, cuando la obligaron a que ese cabrón la desposara...

---

<sup>11</sup> Variedad de frijol de la región.

<sup>12</sup> Perros callejeros, sin raza.

<sup>13</sup> Duendes del bosque en la mitología maya de la Península de Yucatán.

Sólo eso pronunció Francisco y su mamá y su papá le contestaron algo. No escuchó, con sus manos se tapó los oídos y las lágrimas. Como era su costumbre cuando sufría el atraco de esa manos blancas que le quemaban la espalda. Enterraron el *piib* y Francisco se despidió, pues esa tarde había que estar en el lugar acordado.

Al volver, ya estaban todos los hombres y algunas mujeres: les ardía el corazón por igual. Jacinto comenzó a hablar. Supo que más al norte un tal Cecilio mató a los dueños de su hacienda y tomó el pueblo; otro, llamado Manuel May, fue asesinado cuando se descubrió su despertar. Ahora les tocaba a ellos. Jacinto siguió hablando en su idioma:

—Somos los enterrados por los de arriba, los poderosos que alguna vez tomaron nuestras manos... nos engañaron. Nos traicionaron. Pero aquí seguimos, somos la raza de la astronomía, de las matemáticas, los del cero. Los herederos de una riqueza indestructible. Deberíamos levantar nuestros montes con los brazos e irnos al paraíso, nos lo merecemos...

Francisco temblaba. Su piel estallaba en llamas, como un fuego negro. La gente estaba dispuesta, convencida. Mujeres y hombres eran conscientes del privilegio de haber nacido ahí. Escondidos en los cerros, se preparaba la estrategia y se distraían degustando los dulces de ciruela y papaya que prepararon. A uno de esos hombres le faltaba una despedida.

Francisco se asomó. La silueta luminosa, los cabellos chispeantes, esa mujer que lo guardó entre sus piernas. Se atrevió a entrar. La casa silenciaba la señal. Carolina salió junto a él. Era de noche. Así habían sido casi todos sus encuentros. Se abrazaban y bailaban. La música estaba en sus cabezas. Francisco y la patrona giraban entre un remolino de hojas, era de noche y ya no sentían la prohibición cuando se tocaban. Él le susurró:

—*Jach seten in k'áat in ts'u'uts'ech xki'ichpan ch'up.* ¡Tengo muchas ganas de besarte hermosa mujer!

Ahora, milagrosamente le entendió. Una profundidad en su corazón le tradujo.

La boca de Francisco cantaba al hablar su sagrada lengua. Ella escuchaba una sonata de piano; el oía un *tunk'ul*<sup>14</sup>, el anuncio de lluvia sobre sus cuerpos, un machete rítmico cortándoles el sudor. Un ciclón inundaba sus lenguas cuando se besaban.

En ese momento les sorprendió el patrón. Varios disparos desatinados y gritos salieron de él. Emprendieron esa urgente huida que hacía tiempo que debieron hacer. Cargó a su mujer y entre roces de plomo, perros y luces corrieron incesantes; aun cuando se alejaron, siguieron corriendo hasta unos mangos donde él, hombre exhausto, se recostó enamorado. La pareja se apretujó, eran algo menos que una gota. Él, sediento por el camino transcurrido con prisa, se acercó a su amada y se la bebió completa y, en un último abrazo, fundió el calor de su lucha en una rendición ante ella. Así pasó la noche. Temprano tenía que estar con los suyos y ella no sería bien recibida. Encontraron un transporte, caminaron juntos y la refugió en el pueblo. Carolina Barbachano, la jefa que dirigió la hacienda con firmeza. La patrona amante de un joven peón. La casta, aquella noche, era lo de menos.

El día esperado nadie se presentó en la hacienda. El patrón, con rabia y miedo, convocó a los suyos. Le mandaron mucha gente y muchas armas para esperar un irreductible reclamo.

Francisco, por fin, apareció. Era medio día y se olía incertidumbre. Jacinto dormitaba pero estaba alerta. Su primo se acercó. Le dijo que ya estaba para la disposición de armas. Jacinto le contó que una cruz parlante había ordenado que pueblos enteros mataran a los enemigos, esos blancos con propiedades hasta en la selva. —¿Lo crees?—preguntó Francisco. Dicen que la cruz así nació, nadie la hizo, de una mata brotó.

---

<sup>14</sup> Instrumento musical hecho a base de un tronco de árbol ahuecado.

Los ancestros de Jacinto fueron de linaje noble, *batabo'ob* que conquistaron y gobernaron esas tierras. Sus abuelos le habían enseñado la sabiduría, la libertad que aguardaban antes de irse al otro cielo. Y Jacinto aprendió demasiado pero, como todos sus hermanos, no tenía de otra que peonar para comer. En cuanto supo que asesinaron e incendiaron viviendas mayas en un pueblo vecino, su orgullo renació en su pensamiento. No se pudo detener. Habló con sus compañeros de confianza. Esos indígenas no tenían opción, su pasado vivía en sus almas. Así filtró una esperanza en sus retinas y las manos tendrían un mejor uso.

Vino la noche sin desesperación. El día siguiente era el elegido. No fue difícil que Francisco durmiese y soñara:

“*Ek Balam*, los gajos del *Yaaxché*  
que adormece *Ixchel* en tus ojos;  
yo te hablo, ¡ah!, dignidad perdida en la flor del nabanché,  
encendida en tu garganta.”

Se despertó, buscó a Jacinto y le platicó.

—Es el segundo sueño. Me hablaron *Ek Balam*, el jaguar negro, y otra vez la flor del nabanché, la contra del viento malo. ¿Qué soy, primo? Me hablan y dicen cosas, será que los que se fueron antes me quieren *pa'que* les siga, los *Jmeen*<sup>15</sup> me están trabajando segurito.

—No, *láak'*, tu ancestro es el jaguar negro, la estrella polar, guía del camino a nuestra región; acuérdate que somos guerreros, tu coco te está protegiendo...

---

<sup>15</sup> *Jmen* es el nombre que se da en lengua maya al sabio, brujo, médico o curandero de un lugar. Es el término equivalente al *chamán* en otras lenguas amerindias. Es un término muy común entre los mayas de la Península de Yucatán. En México se considera a los *jmeen* personas especiales intermediarias entre los hombres y las deidades. Según la creencia popular, tienen la capacidad de curar enfermedades con hierbas y son capaces de sanar a las víctimas de mordeduras de víboras. Ponen remedio a los malestares físicos causados por los *malos vientos*. El trabajo del *jmen* se realiza merced a su sabiduría y, conforme a lo que la gente cree, a un pensamiento médico innato que parte de las enseñanzas del universo que las destina a quienes tienen la facultad de poder mirar e interpretar las señales estelares de Hunab Ku.

La mayoría iba sin camisa y sin zapatos. Su mayor arma era la sangre que les recorría todo el cuerpo, herencia de su estirpe. Los que protegían la hacienda juraban haber escuchado un caracol, que se soplabla implorando justicia, ¡tan recios y tan fuertes venían los guerreros! Jacinto, el comandante, había asignado el coco a cada uno y así se veían para la batalla. Una piel ancestral los cubría. Un coraje recién despertado que nunca les arrebatrían. Los tambores retumbaban como un trueno de *Chaak*.

Dispararon escopetas los de la hacienda y se pusieron tras la barricada. El comandante se hinchaba el pescuezo y los demás acudían. El primer objetivo era la hacienda.

Un resentimiento sulfuraba las paredes. Los muros polvorientos se derrumbaban. Un rencor sordo brincaba en las venas de los *máasewáal*. Toda violencia fue vista. Entraron buscando a uno, a un hombre alto, de cabello negro y mucho bigote. Miguel Barbachano, el poderoso dueño de La Blanca Flor, yacía acuartelado en un dormitorio y tendrían que atravesar una niebla de balas. Los mayas tenían ganas, dos brazos y dos piernas, pero no bastaron, pues el patrón huyó justo para salvarse.

La Blanca Flor se fue llenando de almas. *Aj Puch*<sup>16</sup> merodeaba el lugar sin duda. Entre los soldados defensores de la hacienda había personas que hablaban maya; para Francisco, ellos eran los traidores de sus antepasados, la gente que vendió su alma a un diablo traído de otra parte.

Con vehemencia y mucho orgullo, aguantaron dos días de lucha. La rutina despiadada a la que se sometían en el henequén les había dotado de resistencia. Replegaron a los militares, que se dirigieron al pueblo, y los guerreros indígenas los siguieron. El segundo objetivo, pues, fue el pueblo.

---

16 En la mitología maya es el dios del *Xibalbá*, del inframundo.



A cualquier persona que no hablara la palabra de los antiguos se le cruzarían los órganos. Este era el mandato. Jacinto sabía que si no mostraban dureza pronto se apagaría la candela que él había prendido. Francisco traía sus alpargatas, un tirahule, su machete y su coa. Alzaba las muñecas y silenciaba porque al final de cuentas sabía que todos peleaban por la paz en sus espíritus, para que la naturaleza renovara la primavera y su pueblo pudiera mirar de nuevo a las mariposas bailar entre las flores. Esas mariposas que alguna vez emigraron, sacrificadas.

Tumbaron las puertas y los extranjeros fueron sacados y golpeados. Pocos escaparon. La raza *máasewáal* era un dolor curándose las heridas. Los militares emboscaron, los indígenas se quedaron y el caos se alborotó aún más. Frente a frente, dignidad contra pólvora.

En Francisco había otro pensamiento: la casa de su hermana y, en su interior, la mujer que amaba. Llegó antes que le dieran destrucción. Alegre, se adentró al cuarto para verla, pero ella estaba inmóvil en la cama. Yervas de ruda le tapaban la cabeza.

—¿Qué le pasó?—le preguntó a su hermana.

—¡*Viento malo!* Cuando la trajiste, al ratito, se le empezó a retortijar la barriga. La llevamos muy noche con don Gaspar, que me dio un almud de maíz *pa' que* le haga joroche<sup>17</sup>, porque pensé que quería comer y... ¡nada, hombre! Luego, hasta friegas le hicieron. Sobaron duro su barriga y... ¡nada! Luego, ya nos dijeron que era *viento malo*, pero ya estaba peor; el *viento malo* se le subió hasta la boca desde el estómago y no he podido conseguir el nabanché. Ya viste que el señor tuvo que irse con ustedes...

Francisco lo entendió todo y, rápidamente, corrió hacia el monte sin importarle ver cómo caían sus compañeros. Corrió y corrió. En su cabeza solamente estaba Carolina y, sin embargo, el nombre que se repetía era *Ixchel*<sup>18</sup>, *Ixchel*...

---

<sup>17</sup> Plato típico de la Península de Yucatán.

<sup>18</sup> En la mitología maya, es la diosa de la gestación, del amor, de los trabajos textiles, de la luna y de la medicina. Era esposa del dios solar.

Detrás de un gran árbol, de raíces hasta el centro del mundo, estaba el cenote *Ek Balam*, como el apellido de Francisco, como el coco que le asignó Jacinto, como ocurría en el sueño.

Arrinconada y tímida estaba la flor, brillando bajo el cuidado de *Yum Kaax*<sup>19</sup>. Arrancó el nabanché y de nuevo las piernas se esforzaban, había peleado mucho. Su rebeldía necesitaba descanso y cayó dormido.

Soñó:

“Hijo de nuestros dedos, enterrado en el mundo,  
no rindas tu sangre, *Ixchel* duerme  
en tu boca, duerme en las alas  
del *Satbacal*.  
*Ek Balam*,  
tu stirpe maya reclama su grandeza.”

Tan claro soñó esto que cuando abrió los ojos buscaba la voz entre las chayas y los saramuyos<sup>20</sup> y, aturdido, retomó la carrera. Ya en el pueblo, se sorprendió cuando los militares, sin piedad, estaban acabando con los suyos. De pronto, de entre la nada, unos brazos lo metieron a una casa. Era el capataz, Carlos Mex, el maya que peleaba contra su pueblo, con un ayudante. Puñetazos y patadas recibía Francisco mientras el capataz le recordaba su posición en la hacienda. Francisco no protegía su cuerpo, pues era la flor lo que más le importaba. En el piso, abrazaba la medicina para *Ixchel* recibiendo los azotes. El capataz notó la presencia del nabanché. Junto al ayudante, abrió los dedos cerrados de Francisco y con sus zapatos aplastó la hierba y aplastó, también, el alma del hombre tirado.

---

19 Nombre yucateco para el dios de la vegetación silvestre y el guardián de sus animales.

20 Árbol frutal.

Su mirada se detuvo en el traidor. Gruñó. Sus dientes y sus garras, su pelaje negro. Se abalanzó sobre el ayudante, con la mano abierta y con un zarpazo en la garganta lo fulminó al instante. Carlos Mex intentó sacar su escopeta pero el hombre, como un felino, derribó a su presa. Francisco Ek Balam le desprendió pedazo por pedazo las carnes y el cabello y el capataz gritó por última vez. Escuchaba los tambores en su pecho, sentía los cascabeles en sus pies. Con las manos apretadas tumbó a cualquier enemigo que se encontraba. Los militares veían como ese jaguar caía del cielo, de alguna estrella lejana, llegaba para ayudar a su pueblo. El hombre dio baja a la mitad del ejército, revolcó a los soldados y ni una bala lo tocó. Ganaron esa madrugada y solamente el idioma sagrado se oyó en al aire.

Al amanecer supo que *Ixchel* volvió a su cielo. El maya lloró con un beso a su mujer. Fue dejada en su aposento a esperar el próximo año para que volviese en *Janal Pixán*. Jacinto lo consolaba, y todos los rebeldes coreaban su nombre, y con más fuerza, su glorioso apellido: *Ek Balam*.

Prepararon el balché para festejar. El pueblo era suyo. Los mayas insurrectos, poco a poco, recuperaban lo que era de ellos. Felicidad en niños, niñas, mujeres y hombres en una fiesta que se merecían. Habían sido varios días de batalla sin tregua con cientos de hermanos *máasewáal* exterminados.

Ya borrachos, vieron como pequeñas luciérnagas encendidas se clavaban en sus cuerpos y como, encima de caballos, unos soldados aparecían. Despavoridos los rebeldes buscaron sus armas, pero no las tenían. Veloces, quisieron salvarse. Francisco medio oía el “*ko’ox, vámonos, corramos*”. Él era el más ebrio, pues tenía una agonía que sepultar. Jacinto lo jaló:

—*¡Ko’ox u pel a na’!*

Desesperados, corrían.

Al voltear, Jacinto vio que su primo no podía más, que estaba muy borracho, y quiso regresar a por él, pero sabía que si lo atrapaban se acabaría la rebelión. Como una despedida le gritó con todas sus fuerzas:

—¡Apúrate *pelaná!*

Fue alcanzado y aprisionado. Fue presentado junto con sus hermanos rebeldes. Miguel Barbachano lo reconoció, lo encerró con él para hacerse una digna venganza. Ya amarrado y débil, Francisco solamente sintió. Si no lo mató fue porque le tenía un castigo parecido.

Embarcaron a los indígenas.

—¡La carga de esclavos mayas para el ingenio azucarero! ¡Van para La Providencia, la hacienda de azúcar en la isla! ¡Son de buena mano, estos esclavos!

Todo esto, y mucho más, oyó Francisco.

Francisco Ek Balam trabajó cómo lo había hecho en su patria y cómo lo había hecho su padre, callado y triste, hasta que su patrón le pagó todo ese tiempo de producción con su libertad y su regreso. Una libertad a medias, porque el indígena compró con su sangre el viento que respira.

Ahora vive solo, donde vivieron sus padres. Serio y viejo. Nadie lo conoce. Toda la gente que luchó a su lado ya no está. Ahora está solo, recordando.

## No alcanza para tanto

por: *Luis Trejo Torres*

Doña Victoria tomó la cubierta de la pequeña cazuela humeante. Sus dedos, ya ancianos y torpes para tales operaciones, sintieron el pronto y vehemente aviso del calor. Un instantáneo enrojecimiento hizo que dejara caer la tapa, permitiendo un ¡caramba! asomar desde los labios de su dueña. No tardaría doña Elodia en incursionar entonces a la cocina con el delantal de siempre, aquel suministrado hacía tres años.

—¿Qué pasó doña Vicky? ¿No le dije que el puchero ya pronto estaba?

—¡Ay, muchacha! Sólo quería mirarlo... Como me dijiste que no hubo gallina hoy, y que... que llevó pollo, sólo quería acechar a ver si no lucía extraño y...

—Le dije, doña Vicky, hice lo que mejor pensé, pues gallina no pude conseguir hoy. La próxima semana la voy a encargar desde el sábado.

—Pero si yo nunca... Y lo digo porque nunca, nunca comí el puchero sin gallina. Y no sé si me guste o si me lo pueda comer así...

—Viera que sí es distinto el sabor, pero no es cosa de otro mundo. Es más, como diría mi hermana Carmen, “se deja comer”.

La mirada verde de la anciana reflejaba incredulidad, pero sus labios, en otro momento arma de seducción, demostraron relajándose un gesto de asentimiento. Doña Victoria cedió, pese a su característica terquedad.

—Está bien, lo comeré. Pero... pero que no vuelva a pasar, ¿entendido?

—Muy bien, doña Victoria, descuide.

Terminado el almuerzo, Elodia recogió la mesa destacando el brillo desgastado en los cubiertos a imitación de plata y los ya ininteligibles trazos en la loza, el servilletero de concha nácar con esa grieta en forma de Y. Miraba, además, los cuadros con las marialuisas carcomidas por el tiempo que, de acuerdo a lo que le

contaba doña Victoria, llevaban colgadas más de medio siglo allí, en el mismo comedor.

Doña Victoria se aventuró a la cocina, sentándose indiscretamente en la mesilla que hacía las veces de desayunador para Elodia. —¡Vaya, se está muy bien aquí!—sentenció mientras se ajustaba la silla.—Aún con menos luz que el comedor, queda todo muy práctico.

Elodia la vio como quien mira a una chiquilla embelesada por primera vez frente a un juego de té. Le recordó a la tal Alicia, la de las Maravillas, asombrada y muerta de gusto junto al conejo, al sombrero y demás bichos de la escena. Era una niña.

—Nunca me pude acostumbrar a estas cosas así, no sé... ¿simples? Pero, por supuesto, una tenía que hacer las cosas bien y no así a la ligera.

Una niña malcriada, desde luego.

—De todos modos es encantador, ¿no te parece, querida?—la sonrisa era honesta y simple.

*Querida* era lo único fuera de lugar, pensaba Elodia.

—Sí, doña Vicky.

Después de comer, la anciana moderó el arreglo de sus ropas respecto a las que la matutina misa le mereciera. Vistiendo por la tarde un fresco vestido de lino, a manera de los atuendos tradicionales, pero sin ser tradicional. Ya más bien viejo y en desuso para la época corriente, no por ello deslucía el conjunto en doña Victoria. Incluso los aretes verdes a juego con sus diseños mismos cargados de un aire de coquetería harían de ella, con toda certeza, una monada. Si tan sólo se le pudieran restar, por lo menos, unos treinta años a esa blanca y ahora arrugada piel...

—Pero bueno, ¡qué sería, *Lodi!* Veamos... ¡cuéntame algo de tus hijos! ¿Qué tal están?

Elodia confirmó entonces, por el olor y por el modo tan familiar de llamarle *Lodi*, que doña Victoria había bebido. Un regusto de anís impregnaba ahora el espacio de la cocina, por lo que diligente y discreta *Lodi* abrió una ventana, comentando algo del clima. No era, por mucho, la primera vez que atestiguara una conducta tan poco juiciosa en doña Victoria. No obstante, era muy consciente de que la señora no abriría su confianza en condiciones no éticas, de modo que ella nada haría para sonsacar información alguna. Si la señora deseaba hablar algo, bien haría en manifestarlo por intención propia.

Tras el circunloquio del clima, doña Victoria repitió la aparentemente inevitable pregunta relacionada con sus hijos.

Resignándose, Elodia le contó acerca de Teresa, que vivía en Veracruz mientras estudiaba un posgrado. También le habló de Mario, segundo a cargo de una constructora en la ciudad, una que dadas las obras actuales contratadas, realmente comenzaba a hacerse notar. Doña Victoria interrumpió el relato declarando recordar a los dos pequeños hermanos evocando aquellas veces que les donara la ropa usada de Julietita y Evaristo, hijos suyos. Todo esto dijo la anciana, por supuesto, sin decir una palabra de don Adrián y Roger, fallecidos en un mismo accidente de auto tanto tiempo atrás.

La anciana indagó más acerca de Teresa, curiosa por el hecho de que la chica se hallara en estudios de maestría en la Veracruzana. Doña Victoria abrió grandemente los ojos al enterarse de esto en particular.

—Vaya que has usado bien el dinero que te he pagado todos estos años, mujer—dijo en tono sarcástico.

—Aprendí mucho de usted, doña Victoria, especialmente a hacer que el dinero alcance para lo importante, ¿verdad?—repuso Elodia sin sentirse ofendida, como hecha ya a la costumbre. No quiso mencionar que Teresita había estado trabajando desde hacía unos siete años, por lo que nunca había necesitado un solo peso para costear sus estudios superiores.

—Bien dicho, hija—concluyó la anciana apenas oliendo un sarcasmo que no se atrevió a aceptar.

Unos quince minutos más tarde, tras enfatizar la señora Victoria lo bien que a los hijos de Elodia la vida les había tratado, esta última se excusaría utilizando la lluvia próxima para cerrar las puertas y ventanas de la casona y de paso retirarse, dejando así a la señora en su nuevamente solitario palacio a cal y canto.

La fachada color mamey, con sus ventanales casi cerrados completamente dadas las lluvias recientes, sólo muestran ahora una sección entreabierta, la de la sala de estar. Desde allí doña Victoria Zambrano Herrera, viuda de don Hinojosa Villalobos, observa a su sirvienta Elodia, a sus veces profesora, alejarse en dirección al paradero de microbuses. Al perder de vista a la empleada, se dirigirá al espacio de la alacena donde guarda las conservas. Elegirá un tarro de nance y servirá una copita sin mondadientes dado que no podrá encontrarlos por ignorar el orden del relativamente pequeño espacio. Regresará a la sala donde, tras correr las cortinas, comenzará a degustar las frutitas bañadas en el alcohólico jugo. De un momento a otro dirá la primera frase que tanto rato lleva pensando sin atreverse a pronunciar:

—¡Qué igualada mujer!

La lámpara de pantalla dorada se le hace sucia. Achacará el detalle a Elodia, pese a que el color, por sí mismo, ya no es lo que antes fuera, brindándole esa idea, esa sensación de servicio con pobre desempeño al desempolvar.

—Ya ni yo ando publicitando el éxito de mi Julietita, adjunta del departamento de cobranzas del Ayuntamiento... O de mi hermoso Evaristo, titular de la Orquesta Sinfónica del Estado.

Sus ojos habrán estado deambulando por la infinidad de fotos de sus dos hijos ausentes, con los cuales largo tiempo hace que no establece contacto. Tanto, que ignora que Julieta Aurora está a cargo de un departamento diferente, ahora que ha ocurrido el cambio



de gobierno; pese a todo, las cosas no le están yendo nada mal. Evaristo, por su parte, ha dejado la Sinfónica para dar clases de danza, carrera que ha finalizado desde hace más de un año. Ambos hermanos visitan con poca frecuencia la casa de su madre.

Victoria mirará con detenimiento el anticuado álbum donde reconocerá a sus primas Virginia y Soledad, a su tía Sandra y a su tío Rafael Herrera Sotomayor, todos ellos residentes en Mérida desde que las dificultades de don Rafael le acarrearón mala fama en la ciudad.

Se acordará como su tío, habiendo hablado con su padre, le aconsejó irse a Mérida con el resto de la familia. La negativa de don Pedro enfatizaría que él no veía motivos para abandonar el negocio de su vida, el de los astilleros, el de su incipiente flotilla camaronea y las incontables casas que por entonces le pertenecían.

Victoria recordará el duro golpe de ver partir a sus primas que, casi hermanas suyas, la acompañaron en su primera etapa de adolescencia siendo ella hija única y heredera del gran magnate naviero. Esto no cambiaba el hecho de que se quedara sola.

Un pregón de nieves procedente de la calle la devuelve a la realidad, a su copa de nances y al calor emanado del Sol, amenazado por gruesas nubes que de tanto en tanto lo ensombrecen.  
—¡Debería correrla por altanera!—piensa.

Luego, mirando su crucifijo en la pared derecha, añade:  
—Pero mi buen corazón de cristiana me impide llegar a esos extremos. Además, su hija, ¿qué culpa tiene? Seguramente andará necesitando hasta el último de esos pesos que le pueda mandar Elodia. No puedo dejar que su insolencia afecte los estudios de Teresita.

A doña Victoria, pese a lo dicho, no le queda muy claro todavía el asunto de las escuelas y los títulos.

Su padre sólo terminó la Primaria y con el dinero de su abuelo, antiguo empresario del chicle de la montaña, armó en cosa de diez años su astillero y, posteriormente, su flota pesquera.

Ella misma no había tenido que terminar la Academia, sino que se casó con un hombre que la quiso y que aceptó las condiciones de su padre. Aunque el verdadero amor de su juventud fue un oficial de la Marina que conoció por casualidad en una misa celebrada en la catedral. El encantador comandante Felipe Íñiguez nunca aceptó las imposiciones de don Pedro Archivaldo Zambrano Pedraza.

Con todo, la fortuna fue menguando temporada tras temporada, como si todos le perdieran gusto al camarón, a la pesca y al mar. La gente misma se volvió adepta a otras cosas.

—Nada como mi niñez—se dice entre lágrimas, ya contemplando el retrato de su señor padre, ya pensando en la mísera pensión que cada veintiocho días le llega sin entender mucho de legales por cuenta de su marido.

—Esos sí que eran tiempos para disfrutar. ¡Ahí sí que fuimos felices! Tuvimos de todo. ¡De todo! Aunque papá siempre hubiera preferido tener un hijo... Tal vez si hubiera yo sido varón no me hubiera impedido mezclarme con gente de vidas más estimulantes o más libres... como Elodia, como tantas personas que a veces veo pero ni sé nombrar...

Volando de quien sabe dónde, un moscardón de color verde metálico sobrevuela la cocina desde la ventanilla abierta, atravesando la estancia, llegando hasta una copa de nances en conserva con los puros huesecillos de fruta y un sorbo restante del enerante líquido. Sobre el sofá, recostada y abrazando una viejísima foto, presa además de ebriedad, de recuerdo, yacerá dormida una anciana. Algo de lluvia entrará por la única ventana apenas abierta de la fachada. Mojará aquel sofá, salpicando la foto. Emborronándola. Ya disolviéndola.

Pasando la esquina del paradero, doña Elodia sacará de su bolso la llave del auto verde estacionado en batería en el nuevo espacio para estacionamiento que da al parque. Recordará haber seguido esa misma rutina dos días antes, el viernes, tras pasar a uno de sus expensos para revisar los cambios de turno y llevar el corte a depósito al banco. Es el día del depósito mensual a aquella cuenta externa.

Una vez en casa revisará su correo electrónico desde el teléfono celular para aceptar la cena que su hijo Mario y Danira, prometida de éste, le ofrecen esa noche.

Durante la velada, Mario insistirá en lo ridículo e innecesario de que su madre siga visitando a esa *vieja cascarrabias*. Al rato, el joven verá a unos amigos de generación e irá a saludarlos al otro lado del restaurante, por lo que se disculpará dejando a las damas para que hablen a sus anchas. A solas.

Danira dirá que es un gesto muy lindo que visite a su anciana exjefa todos los días y la ayude con los quehaceres. Elodia, viendo a su hijo sonreír a lo lejos, y alimentada su valentía por el vino tinto que a compañía de la pasta consume, cometerá un desliz, revelando un secreto a su futura nuera.

Esa noche, al despedirse, Danira le dirá a Mario que su madre es una mujer admirable. Él le contestará que cree lo mismo. Internamente, cada uno se preguntará cómo ha llegado el otro a esa compartida conclusión. De todos modos, ahora mismo, ante el volante del auto verde, la señora recuerda sus exactas palabras, resonando implacables, y piensa en la mente de Danira:

—La piedad no alcanza para tanto, niña. Somos ya dos ancianas que no tienen más que una cosa en común, algo en el pasado... y pues tú no conociste a mi antiguo jefe. Pero en fin... ¡si vieras cómo se parece mi Mario al difunto don Adrián!

## Blanca burocracia

por: *Andrea Chuc Huitz*

Hace bastante calor en esta oficina. Los ventiladores están en el nivel máximo y, aun así, siento las gotas de sudor bajando por mi espalda. Pero las secretarías de esta oficina parecen despreocupadas ante esto. Claro, puede ser que yo también estuviera despreocupado si tuviera aire acondicionado en mi cubículo...

Recuerdo muy bien las palabras de mi padre cuando estaba a un año de terminar mi licenciatura:

—Cuando termines la escuela, lo primero que tienes que hacer es ponerte a chambear de lo que sea.

Y lo sabía, siempre supe que no sería prudente dejar pasar el tiempo, así que no lo hice. Apenas recibí mi título y mi cédula profesional me puse a buscar trabajo.

Pero nadie quería contratar a un egresado de la licenciatura en Historia con aspiraciones a tener una maestría en Estudios Mesoamericanos. Todos los gerentes o dueños de los comercios a los que iba decían que yo no era lo que estaban buscando; incluso el director de la biblioteca pública me dijo que la plantilla estaba llena. Pero estas respuestas, más que por mis estudios, surgían por el color de mi piel. Podía ver la forma en la que me miraban. Siempre se fijaban mucho en mi ropa y, especialmente, en el tono de mi piel.

Siempre era lo mismo. Una vez que leían mi información personal y más específicamente mi lugar de nacimiento y mis apellidos me descartaban inmediatamente. Así pasó también al iniciar mi licenciatura, pero siempre fue mayor mi disciplina y mis ganas de aprender que los prejuicios de las personas. En fin, después de considerar regresar a mi pueblo y trabajar en la panadería de mi papá, borré esta idea y solicité una cita en la oficina en la que ahora mismo me estoy muriendo de calor.

Desde antes de llegar al Servicio Nacional de Empleo no me gustaba la idea pero no tenía otra opción. Llegué hace dos horas y a pesar de confirmar mi cita, la mujer que se sienta cerca de la puerta principal me ha dicho que debo esperar a que atiendan ciertos casos *especiales*. Creo que aún no terminan con los casos *especiales*, porque otras quince personas más y yo llevamos dos horas sancochándonos.

Algo no cuadra. Lo he notado desde que me senté. La mujer que estaba junto a mí llevaba un morral lleno de verduras y vestía un huipil. El señor atrás de mí, con su sombrero de paja, sus sandalias viejas y los pies llenos de polvo se seca el sudor de la frente con un trapo que ha sacado de su pantalón. La mujer con su larga trenza y su bebé llorando tiene la mirada melancólica, esa mirada que tienen las madres jóvenes y solteras cuando el bebé no deja de llorar y no saben cómo detener el llanto.

Y yo, que aún visto la camisa que mi madre me regaló cuando tenía 21 años, mis pantalones color caqui y mis zapatos viejos, encajo muy bien con ellos por una simple razón. Porque somos de clase social baja, del pueblo, de escasos recursos o cómo sea que le digan hoy en día. Y entonces esperamos. Esperamos porque debemos esperar según la sociedad. Esperamos porque nos tocan las sobras o los trabajos que nadie quiere, como trabajar en la carpintería, de pepenador o de vendedor ambulante. Esperamos porque nos toca nuestra parte cuando se inician los programas de acción social, donde algún servidor público o político se acerca a nosotros para quedar bien. Esperamos porque incluso con estudios nos creemos ignorantes. Pero lo peor es que esperamos porque creemos que merecemos hacerlo.

## El desplazamiento juvenil, enriquecedora experiencia

por: *Berenice Ceballos García*

Emprender una travesía es para mí uno de los actos más irresistibles que pueda realizar el ser humano, convirtiéndose en una especie de banquete para cada uno de nuestros sentidos y en una pausa para la razón, la intuición y la comprensión pero, sobre todo, es una propuesta para encontrarnos con nosotros mismos y encarar nuestros más recónditos miedos. Claro, de viajes, excursiones y caminos hay muchos, pero me gustaría enfatizar uno de los recorridos más enriquecedores, desafiantes y, ¿por qué no?, hasta decisivos que podemos probar: la vivencial experiencia estudiantil. Estimado lector, hablando aquí entre nos, no todo es miel sobre hojuelas, pero eso no impide que esta vivencia no sea regocijante y aleccionadora. Permítame explicarle.

Hace aproximadamente seis años tomé la comprometedor decisión de salir de casa con la firme convicción de aprender a valerme por mí misma, conocerme, valorarme, defenderme...en pocas palabras: independizarme. Y así, como yo, miles de estudiantes en el mundo entero se enfrentan a este difícil camino. Y aunque los contextos de estos desplazamientos suelen ser muy diferentes, generalmente el éxodo pueblerino juvenil hacia las grandes ciudades viene acompañado de las limitadas ofertas de enseñanza, lo que va de la mano con la carencia de remuneradas fuentes de empleo que induce, por obviedad, en la escasez de servicios. ¡En fin, un interminable círculo vicioso!

Por si esto fuera poco, volteamos nuestra mirada hacia esas seductoras atracciones urbanas y a los mayores servicios educativos, informativos, laborales y recreativos. ¡Es normal! Es solamente un mecanismo para enfrentar esa incesante búsqueda de más y mejores perspectivas.

Pero también es un mecanismo que implica la idea de abandonar nuestro hogar con un balance de decisiones, limitaciones e inconvenientes. Indudablemente, es en este primer paso cuando la incertidumbre se asoma y empezamos a enlazar una serie de cuestiones sobre quiénes somos, qué queremos, qué haremos e incluso si aguantaremos. ¡Vaya! La mente nos bombardea generando un dilema interminable de dudas. Y si esto fuera poco, las sugerencias, recomendaciones y orientaciones sociales externas hacen de esto un campo de batalla.

Pero no hay que ser tan pesimistas. Más allá de todos los consejos y advertencias, las experiencias más satisfactorias resultan ser las vividas. Es aquí cuando debemos discernir que emprender este tipo de arriesgadas andanzas nos volverán positivos, donde el deseo y los límites personales se convierten, por demás, en interesantes retos y donde aprendemos que vivir fuera de casa por un largo periodo nos permitirá observar a la distancia y revalorar lo que en muchas ocasiones damos por sentado.

De hecho, los mayores desafíos siempre son cuando nos encontramos en circunstancias no ideales, pero son precisamente estas situaciones las que producen una especie de alquimia que nos mueve a transformar los obstáculos en soluciones. Y créanme, es una delicia dar rienda suelta a nuestro sentido de discernimiento y despojarnos de prejuicios para poder sorprendernos de nuestras capacidades.

Pues bien, tampoco hay que pasar por desapercibido que esta estudiantil decisión que enfrentamos los jóvenes implica un dual proceso de añoro-adaptación. Imagínese, estimado lector, echar de menos el apoyo de los padres, la cercanía de los familiares y el refugio de nuestro hogar habitual, las deliciosas comidas caseras que tanto se extrañan y los entrañables amigos, compañeros de estudios y travesuras hechas durante la niñez y la adolescencia. ¡Es innegable que la nostalgia nos invade! Y si a esto le sumamos la ineludible adaptación a un nuevo entorno, con diferentes

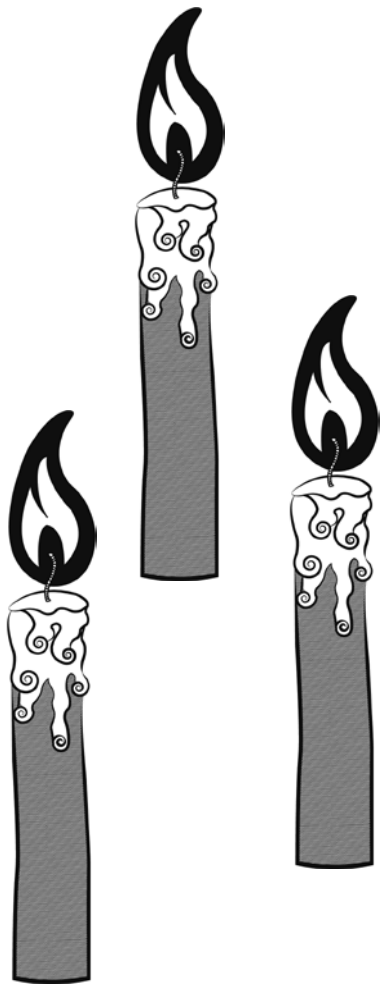
costumbres, inesperadas amistades y la difícil e inexperta administración financiera (porque es aquí donde aprendemos a costear un techo, una comida, un transporte y demás facturas que hasta ese momento pasaban desapercibidas porque las consideramos obligación de los padres) la salud cobra valor y prevenir enfermedades se convierte en prioridad. El desconocimiento y la soledad se transforman, en ocasiones, en sombrías experiencias... Sin afán de abrumarles, la lista es interminable pero, ¿quién dijo que sería fácil?

Hay que ser realistas, no todo sucede tal como lo queremos, lo planeamos y lo soñamos, porque hay circunstancias que no están en nuestras manos y a diario se presentan razones para desistir. Me he sentido desanimada y defraudada mas nunca desamparada, porque es allí cuando surge la necesidad de evaluar nuestro grado de madurez para enfrentar problemas, contratiempos y dificultades, para tener el valor de seguir adelante con una determinación firme, con confianza y con paciencia pero, sobre todo, con anhelo y curiosidad por seguir intentándolo. ¿Les puedo dar un pequeño consejo? Nunca pierdan el sentido común ni una sincera sonrisa, siempre les abrirán las puertas del camino.

Sinceramente —y por experiencia propia lo digo— probar suerte en otro lugar es una dignificante y noble enseñanza que nos permite visualizar más allá de nuestra tierra natal. Nos da la oportunidad de interactuar y aprender de otras personas, situaciones y posturas pero, sobre todo, de reflejar las enseñanzas morales aprendidas en casa. Es claro, la oportunidad perfecta para aprender a ser disciplinado, mantener la vista fresca y, ¿por qué no?, estar dispuesto a iniciar un nuevo destino. ¡Atrevámonos!







# EL JANAL PIXÁN EN VOZ LÍRICA

*Muerte*

Vida  
Ensoñación

*Retorno*

Ofrenda  
Luz

*Reencuentro*

Amor  
Camino

*Recuerdo*

Memoria  
Olvido

*Abrazo*

Inicio  
Final

*Ciclo*

*Destino*

Ineludible y oscuro,  
luminoso y trascendente.

*¡Ya llegó Janal Pixán!*

La festividad de *Janal Pixán* se celebra a principios de noviembre en toda la Península de Yucatán y es la versión maya de la tradicional Noche de Muertos que se celebra en varios países pero que tiene en México su máximo esplendor y arraigo.

Según la creencia popular, las personas que se mueren no se van definitivamente y su alma sigue presente entre nosotros, principalmente en esos días en los cuales pueden regresar a sus añorados hogares y saborear sus platillos favoritos, los mismos que sus parientes se han afanado en colocar en vistosos altares junto a varias fotografías y veladoras que les recuerdan el rostro que los difuntos añorados tenían en vida.

El día 31 de octubre está dedicado a las almas de los niños, el día 1 de noviembre a las ánimas de los adultos y el día 2 de noviembre a los Fieles Difuntos. El 8 o 9 de noviembre, ocho días después, se celebra la Octava, Ochavario o *Bix*. En estas noches, en las puertas de las casas y en las albarradas de los pueblos se encienden hileras de velas y algunas personas incrédulas crean una línea de cal para comprobar que las almas realizan su camino al llegar y al retirarse desdibujando dicha línea.

En muchos lugares de Campeche, Yucatán y Quintana Roo las niñas y los niños llevan una pulsera de color rojo o negro para que las almas no se los lleven hasta lugares recónditos que aún, por edad, no deben conocer. Los perros y otros animales domésticos son amarrados para que no asusten a los espíritus que están finalizando su camino de retorno al mundo de los vivos. No se caza ni se cose.

Normalmente se pone una mesa a modo de altar, donde se coloca la comida típica de la temporada, como el atole nuevo, los *muchipollos*, las jícamas, las mandarinas, las naranjas, el dulce de papaya, el dulce de pepita, los tamales de espelón y los *vaporcitos*, etc. En estos días, se come en los hogares el *pib*, el *chachac waj*, el *chilmole*, el *salbut*, el *chachi nal*, el *pibi nal*, el *xe'ek*, el *buli wah...* y se bebe atole, *tan chucmá*, *keyem* y *balché*.

Los altares de los adultos están adornados con velas de color negro y gris; con un incensario y candeleros de barro; con un mantel blanco con bordado de flores en blanco, negro o morado negro o morado (antiguamente se utilizaban hojas de plátano para cubrir la mesa); con flores de teresita, de virginia, de *x-tees* y de *x-pujuk*; con jícaras llenas de agua; con ruda; con granos de maíz; con la Santa Cruz; con ceniza y bejuco, chocolate y pan de muerto, elote tierno y *pib*. Algunos familiares les colocan a las almas pequeños elementos para que gocen de los vicios que, en vida, disfrutaban, como vasitos con licor y tequila, refrescos o cigarrillos.

El *Janal Pixán*, que en la lengua maya peninsular significa *Comida de Muertos*, es una mezcla sincrética de elementos autóctonos de la cultura maya y también de la religión cristiana implantada en la región tras la Conquista. El elemento más característico y diferencial de esta festividad es la producción del *mucbipollo*, el alimento ritual que se ofrenda a las almas de los difuntos. Su nombre proviene de la palabra maya *muk* (enterrado) y *pib* (horneado). Se cocina en un hoyo en el suelo cubierto por hojas enormes y parece un tamal enorme.

Es, pues, una fiesta rica en sabores con el relleno blanco o negro; el escabeche de pollo; el frijol con puerco; el puchero; la cochinita pibil; las tortillas hechas a mano y el *xe'ek*, una rica mezcla de jícama, toronja, naranja dulce, cilantro, mandarina con sal, limón y chile.

Tanto los niños como los adultos difuntos tienen su altar y, como manda la tradición, también lo tienen las almas solas. Según la creencia, existen ánimas que no tienen familiares o por algún motivo nadie coloca altares para ellos y, por este motivo, se les habilita un pequeño altar en algún rincón de la casa.

Baila, a través de este viaje poético, por la magia inconfundible de este instante del año tan esperado por las personas que recuerdan y por las almas que necesitan ser recordadas para no perderse en el olvido...



HUNTA



# Mientras pasa

## I

Brazos de Sol desparraman aún gotas de ocaso.

Frente a la bahía llueve un fino atardecer.

Pero la noche pesa,

pesa mientras pasa,

mientras arrastra murmullos,

recuerdos, decrepitud y ansia.

El juego de voces constreñidas

—murmillos todas—

hace de la noche himno

al fulgor de las estrellas

ya cansadas de su eternidad

y anhelantes de reposo.

Los ánimos se enervan

en la noche de esta noche

tan ruidosamente espiritual,

tan gris, tan blanca,

tan menos azul que otras tantas.

Desgaja ecos el murmullo

de las pasadas alegrías y sus recónditos

y vertiginosos motivos.

La alegría sobra,

y el pasado se vuelve presencia,

encarnación presurosa,

o vida desde antes sentida,

desde ya siempre vivida.

## II

Roja fogata que quedito crepita  
eleva profundo llamado singular.  
Por el camino amarillo aparecen,  
comienzan los idos su olvidado marchar.

Noche de magia,  
de alegre misterio,  
divinidad expresa,  
sencilla festividad.

Recordar es vivir de nuevo,  
insisten los sensatos pechos,  
de piel prisioneros....

La asimetría de las dos perspectivas  
nos deja así en desventaja...  
Pues a los que aún no volvemos,  
la noche es ritual o mágica,  
y no todavía lugar común.

Los ciclos traspuestos  
de las largas cadenas  
nos establecen secuenciales,  
ordenados,  
en esta vida,  
y en sus secuelas.

Mariposas nocturnas que se cambian el nombre,  
reescriben los rastros de lo pasado,  
y los tiernos rostros de los queridos,  
hasta casi sus rutas tras transmutar.





El candelabro es muro,  
es barrera,  
es antorcha,  
fogata y hoguera.  
Y como buena barrera le queda  
resistir la amenaza sincera,  
resquebrajar su temple a vergüenza  
y caer, disuelta en el colmo de esta noche postrera.

Atravesar el falso arco será lo último.  
De la mano los veremos venir,  
entre los brazos los asfixiaremos amorosamente;  
y entre manjar, olor y recuerdo,  
con suma imprudencia,  
por temporada,  
hasta la muerte, felices, olvidaremos  
gozando fugaces las ánimas  
de nuestros ya siempre cercanos seres eternos.

*Luis Trejo Torres*



# Ahí

La tarde se estrena en traje nuevo.  
Se afirma lo vespertino de su sopro blando,  
supliendo el alcance siempre falaz del horizonte.  
Ahí comienza el oscilante ensueño de los confines salados.

Llega el tufo carnal de las menciones oscuras,  
la noche mancha así todo lo invisible;  
el espejo deja de reflejarnos  
y pupilas yertas olvidan las fotos,  
instantáneas de mundos previos.

Y ya no somos todos los mismos  
que vimos nacer en la tierra de las mazorcas.  
Somos más.  
Somos los que llevan muerta cuenta,  
los que regresan volvemos a ser,  
y así somos después de haber sido.

Oímos las plegarias  
donde el mar y un para siempre  
son misma cosa  
a la sombra única de las miradas antiguas.

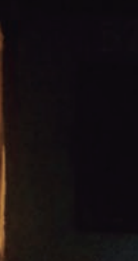
Ahí yacemos desgranando los venideros siglos.

Ahí el tiempo sin vida es nuestro tiempo.

*Luis Trejo Torres*



EL NIÑO  
Juan C  
C  
17



# Mudanza

No ha de ser ardua la ida,  
solamente un cambio de dormitorio,  
y un descanso verdadero  
que no saciaba en vida.

Un silencio que brinda paz  
y todo el aire en quietud,  
disipan las memorias y culpas  
para que alcancemos la plenitud.

Están los que recuerdan  
y la memoria les vale el epitafio,  
pero también están los ajenos  
y los forasteros condenados a vagar.

No me extinguiré,  
mucho menos he de perecer;  
es otro tramo,  
es otra existencia en el camposanto.

Cuando no haya más luz,  
cuando todo se esfume  
y perezcan mis temores,  
encontraré mi sosiego.

*Andrea Chuc Huitz*



# Cempasúchil

El color de algún atardecer  
que me remonta a ella,  
cuando la comparo con el Sol,  
cuando miro sus hojas opuestas.

La alegría y belleza de tu color,  
color sinónimo de vida  
color que brinda calidez,  
ahora atribuido a la muerte.

De tradición milenaria  
te has conservado como ofrenda,  
pues es tu color, la luz del Sol,  
guía para las almas en pena.

Eres más que veinte flores,  
eres el camino de pétalos,  
eres festividad,  
eres el camino de las ánimas.

Tú eres México,  
eres flor de muerto.

*Andrea Chuc Huitz*





# Reencuentro

Dejo las puertas abiertas  
que tu entrada triunfal está ya,  
no opaque vigilantes miradas  
tu retorno del Más Allá.

Murmullos de rezos escucho.  
Imposible no dejarse seducir.  
Aquí no hay luto, ni desahogo,  
sólo júbilo por tu fluir.

Empolvados senderos  
empiezo a caminar;  
no hay cansancio que lo impida,  
ni calor que doblegar  
porque esta noble labor  
de limpiar tus huesos con gran furor  
anuncia sigilosa e intacta tradición.  
Porque no hay serenidad solar que lo impida,  
son vivos reflejos de tu añorada vida.

Con vivaces colores adorno tu hogar  
y penetrante copal aromatiza el lugar.

A pesar de tu cansada travesía,  
no hay sincretismo que opaque tu gallardía,  
y aunque breve es nuestro encuentro soy feliz,  
porque te extraño cada día con más energía  
y porque espero solemnemente  
reencontrarte a ti,  
nuevamente.

*Berenice Ceballos Garcia*



# Allá en la lejanía

Allá en la lejanía,  
cuando el agudo trinar anuncia el amanecer  
y los albores de la mañana acechan sigilosos,  
el legado maya convoca a la tradición  
presto y veloz para rendir pleitesía  
a nuestras almas vacías.

El rural paraje de serenidad y espera  
sitúa en la tierra su infinita cosmovisión,  
reconociendo a la muerte como la dual compañía  
de nuestro diario vivir, de nuestra terrestre alegría,  
para sentir sutil bocanada humeante  
allá en la lejanía.

Bañado en *k'ool* carmesí, es tu cuerpo el maíz.  
suavemente envuelto en verdes sábanas  
y lentamente enterrado gritando *ip'íib!*;  
haciendo eco notorio en terrenales entrañas,  
que con calientes piedras calizas vivo ardes ya.  
Es tu recuerdo el que se aproxima.  
Es tu memoria, que no está más en la lejanía.

Pero al final todos vamos allá,  
para conectarnos con el palpitar de la tierra,  
para sentir de vivo corazón a los nuestros  
su nostálgica compañía y su dulce adicción.  
El atardecer ha llegado y el Sol se empieza a apagar,  
adiós remembranza mortal,  
adiós para encontrarte de nuevo  
allá en la lejanía.

*Berenice Ceballos García*



# Mi abuelo se está consumiendo

La última respuesta de la vida es la tierra  
bajo de ella, entre de ella, sobre de ella.  
Bajo pies, bajo manos, bajo llantos  
mi abuelo se consume.  
Molesta no ser su espalda o sus labios  
o esa hormiga que trepa en sus pies.  
Eso es todo lo que permanece, tu aliento,  
la mujer que gozaste, el hombre que te dio su semen.

A mi abuelo se le secan las venas  
debo escribirle a su corazón  
pero mis manos se resbalan en su sangre.

Poco a poco terminarás tu comida,  
luego cada diente,  
luego tus pulmones.

Luego vendrás y ya atado a tus huesos  
y comenzarás a pedir tus recuerdos.

A mi abuelo se le secan las venas  
y la muerte huele a cabellos quemándose.

*Alessander Segovia Haas*



# Atravesando fortunas y desventuras

Con la mano encendida tocando la ausencia de tus párpados.  
Es noche en la prisión perversa debajo del cielo,  
es noche según la astronomía dibujante del tiempo.  
Aquí, mientras se calienta la espuma del mar,  
yo de nuevo atravieso los pesares,  
la soledad pura que no tiene a nadie, ni a mí.  
Las células de tus mensajes extraviados en el árbol desgajado,  
sin tronco  
vagabundas de la tierra  
místicas se asumen estrellas.  
Ya no te apareces constante, de nuevo donde yo, aquí.  
Y mientras tanto se duermen las partículas  
que debieron formarte,  
la idea de que una hoja es signo de la espada.

La guerra oficiante del tiempo.

*Alessander Segovia Haas*







## Ahí donde se quiebra la piedra

Autoras y autores de la novela colectiva AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA en el primer taller de escritura en el marco del Día Internacional de los Océanos, en Campeche.



Dinámica del primer taller de redacción de AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA en la Casa número 6, ubicada en el parque central del centro histórico de Campeche.





Sesión de cierre de la novela AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA en el malecón de Campeche durante la Noche de Muertos.



La muerte, el recuerdo de los ancestros y la noche de Janal Pixán configuran el tronco argumental del presente libro. En la imagen, una muestra de los ritos funerarios de Pomuch (Campeche).

Libro matriz del Proyecto Ja'ab, escrito por Joan Serra Montagut, coordinador de esta aventura.



Grupo encargado del diseño gráfico de la colección Ja'ab en la Universidad Modelo de Mérida (Yucatán, México).





Las bibliotecas públicas, principales destinatarias de la colección elaborada por el Proyecto Ja'ab en los cinco países del área maya.



Grupo de participantes del Proyecto Ja'ab en la FILEY (Feria Internacional de la Lectura del Estado de Yucatán).



# UN VIAJE EN COMPAÑÍA

En este tramo de la ruta, el Proyecto Ja'ab tuvo el apoyo de Fomento Cultural Banamex, A.C., un organismo no lucrativo cuya misión consiste en impulsar el desarrollo cultural así como promover, preservar y difundir la cultura mexicana. Desde su creación, Fomento Cultural Banamex ha tenido como visión ser un ejemplo reconocido de empresa privada que promueve la cultura de México con liderazgo a través de acciones innovadoras y acordes a las necesidades del país y del Banco Nacional de México.

Fomento Cultural Banamex promueve la investigación para profundizar en el conocimiento de la historia nacional y en el patrimonio artístico en temas trascendentales que son escasamente abordados por estudios especializados. También busca acercarse al ámbito cultural de México y el mundo con proyectos de alta calidad artística y académica que representen la identidad y los valores tradicionales, así como coadyuvar al rescate y la conservación del patrimonio histórico, arquitectónico y artístico de México. Fomento Cultural Banamex es fruto del compromiso del Grupo Financiero Banamex con la educación, la cultura y las tradiciones de México.

Algunos de sus proyectos más reconocidos son el Programa de Apoyo al Arte Popular, las exposiciones y publicaciones, el diseño de proyectos de restauración y desarrollo turístico y las Casas de Cultura Banamex, entre las que destaca el Museo Casa Montejo ubicada en Mérida, una de las principales atracciones turísticas de la ciudad que fue construida en la etapa virreinal y que actualmente es un espacio que promueve el conocimiento y el aprendizaje de la historia, arte y tradiciones de México.





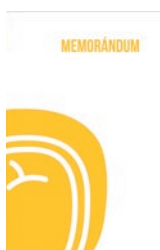
# MÉRIDA, EDITORIAL URBANA

Una de las etapas más importantes de nuestra aventura ha sido la creación de una editorial urbana en Mérida (Yucatán, México) conformada por diez universidades de la ciudad que, a través de la colaboración de sus alumnas y alumnos, como si fueran diez dedos de dos manos constructoras y firmes, han convertido todo el material editorial recopilado en una colección sin precedentes.

Este esfuerzo genuino ha sido encabezado por diez alumnas y alumnos de la Licenciatura en Diseño Gráfico de la Escuela de Diseño de la Universidad Modelo. La experiencia también ha contado con la participación de la Universidad Tecnológica Metropolitana (UTM) a través de la TSU en Diseño Digital (Área de Animación) y de la Universidad Marista, que ha contribuido a través de la Sala de Lectura de egresados del Diplomado en Formación Humana Integral y de la Licenciatura en Diseño Gráfico.

Otras universidades que han formado parte de la plataforma editorial han sido la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY, Licenciatura en Literatura Latinoamericana, Licenciatura en Arquitectura y Facultad de Matemáticas), el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (CEPHCIS-UNAM, Licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales), la Escuela Superior de Artes de Yucatán (ESAY, Licenciatura en Artes Visuales), la Universidad del Valle de México (UVM, Licenciatura en Arquitectura), la Universidad Mesoamericana de San Agustín (UMSA, Licenciatura en Diseño y Comunicación Visual), la Universidad Interamericana de Desarrollo (UNID, Licenciatura en Ciencias y Técnicas de la Comunicación) y el Centro Universitario Felipe Carrillo Puerto (Licenciatura en Gestión y Promoción de la Cultura y las Artes). El esfuerzo conjunto lo hizo posible y posibilitó concluir con éxito esta colección.

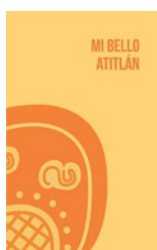




MEMORÁNDUM  
San Salvador  
(El Salvador)  
Memoria histórica



EL RENACIMIENTO  
Copán Ruinas  
(Honduras)  
Patrimonio



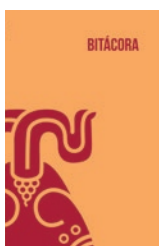
MI BELLO ATITLÁN  
Santiago Atitlán  
(Guatemala)  
Fe y espiritualidad



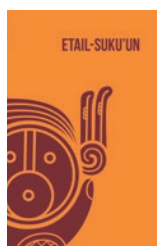
24-0  
JOCOTENANGO  
Antigua (Guatemala)  
Activismo juvenil



BELIZEAN  
RHYTHMS  
Belize City (Belize)  
Música



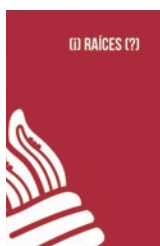
BITÁCORA  
Tulum  
(México)  
Arte



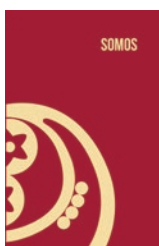
ETAİL-SUKU'UN  
Cancún  
(México)  
Identidad



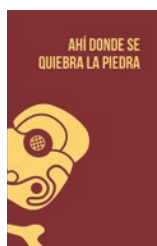
LA SEMÁNTICA  
INTERCULTURAL  
Valladolid (México)  
Lenguas originarias



(i) RAÍCES (?)  
Maní  
(México)  
Raíces culturales



SOMOS  
Mérida  
(México)  
Mujer



AHÍ DONDE SE  
QUIEBRA LA PIEDRA  
Campeche (México)  
Creación literaria



RADIOGRAFÍAS  
San Cristóbal de Las  
Casas (México)  
Adultos mayores

mos

SOM Editorial Colectiva A.C. nace del poder revolucionario  
de la literatura,  
de la colectividad,  
del grupo y del acuerdo,  
del respeto y de la colaboración,  
de la diversidad y del pluralismo,  
del intercambio y del diálogo,  
de la reflexión identitaria,  
de la libertad,  
de la ilusión;

de la palabra y del silencio,  
del recuerdo y de la memoria,  
de la democracia y de la igualdad,  
de la creatividad y de la imaginación,  
de la participación entusiasta e idealista,  
de nuestra parte más humana,  
del corazón del planeta,  
de la tierra,  
de la raíz;

de la búsqueda colectiva por responder preguntas eternas,  
del pueblo y del contacto entre pueblos,  
del talento y de la verdad,  
de la crítica constructiva,  
de la necesidad de fomentar la lectura,  
del deber por construir una sociedad preparada y culta,  
de la oportunidad de diseñar un nuevo mundo  
cargado de infinitas posibilidades.

**SOM Editorial Colectiva A.C. nace el 21 de mayo de 2014 en Mérida  
(Yucatán, México) en el marco del Día Mundial de la Diversidad Cultural  
para el Diálogo y el Desarrollo.**

[www.someditorialcolectiva.org](http://www.someditorialcolectiva.org)

EX LIBRIS

VIII

IV

IX

III

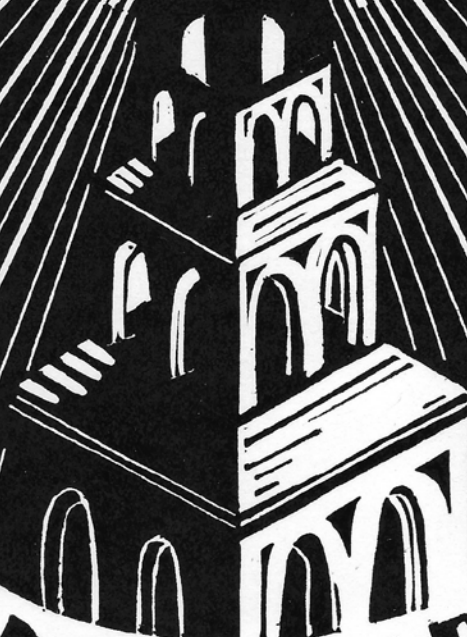
X

II

XI

I

EDITORIAL  
COLECTIVA



SOM Editorial Colectiva es una asociación civil sin fines de lucro creada en Mérida (Yucatán, México) el 21 de mayo de 2014, Día Mundial de la Diversidad Cultural para el Diálogo y el Desarrollo. Se fundó inicialmente para publicar los 12 libros del Proyecto Ja'ab y posteriormente generó otros proyectos de literatura participativa inspirados o activados por la metodología en la cual nos especializamos: la escritura colectiva.

En catalán SOM significa *somos* y el nombre de la institución alude al sentir y a la esencia del proyecto literario basado en la identidad y en el colectivo y también alude a los orígenes del fundador de SOM Editorial Colectiva que es Joan Serra Montagut, un escritor y gestor cultural nacido en Barcelona en 1986 y naturalizado en México tras haber llegado a su segundo hogar en mayo de 2011. En todos estos años, su labor como creador literario ha sido indivisible de su compromiso social por generar plataformas para que otras personas también se puedan expresar y puedan hacer escuchar su voz literaria. A través de SOM Editorial Colectiva y de la coordinación del Proyecto Ja'ab Joan Serra Montagut ganó el Premio Nacional de la Juventud en su país natal en la categoría de Comunicación Intercultural. La iniciativa del Proyecto Ja'ab, totalmente horizontal e independiente, también obtuvo varios premios y reconocimientos internacionales y de ámbito iberoamericano en México, en Ecuador y en Arabia Saudita, entre otros, y participó en congresos sobre construcción de paz y activismo juvenil en India y en Colombia, entre otros. El exlibris de nuestra asociación, que puedes ver a la izquierda, es obra del artista Manolo Taure.

Amamos lo que hacemos. Amamos escuchar historias. Amamos promoverlas, recopilarlas y difundirlas. Amamos reclamar la voz de todas las periferias, hacer que se escuche. Amamos la escritura colectiva, que es nuestro particular grano de arena para transformar el mundo a través de la memoria viva que se teje en los grupos de creación que promovemos, donde las raíces, los sueños, las identidades y los espejos de todos los tiempos que nos habitan se entrelazan. Para consultar otros títulos promovidos y publicados por SOM Editorial Colectiva así como para conocer más información de nuestra asociación solamente tienes que consultar nuestra página web ([www.someditorialcolectiva.org](http://www.someditorialcolectiva.org)).

El Proyecto Ja'ab de edición colectiva y fomento de la escritura y la lectura en el área maya es un sueño literario colectivo iniciado durante el primer año de la Nueva Era (2013).

Juntas y juntos abrimos el ciclo que debe llevar a la humanidad hacia un periodo de luz, de igualdad de oportunidades, de justicia social e histórica, de independencia, de sabiduría y de cultura.

*La lectura nos hará libres, fuertes, firmes  
y nos convertirá en líderes.*

SOM Editorial Colectiva A.C. agradece la cercanía institucional de entidades de alcance mundial, regional y nacional como el PEN Internacional y PEN México, el UNESCO Mahatma Gandhi Institute of Education for Peace and Sustainable Development (UNESCO-MGIEP), Build Peace, la MiSK Foundation, la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), el Organismo Internacional de Juventud para Iberoamérica (OIJ), el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC-UNESCO), el Instituto Iberoamericano del Patrimonio Natural y Cultural de la Organización Convenio Andrés Bello (IPANC-CAB), la Fundación SM, IBBY México, la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura de los Estados Unidos Mexicanos o el Fons Català de Cooperació al Desenvolupament, entre otras.

El Proyecto Ja'ab, en su paso por Campeche (México), agradece a la Casa Número 6 por ofrecernos sus magníficas instalaciones para empezar a llenar la hoja en blanco mientras bosquejábamos el esqueleto del presente libro. También agradece la cálida hospitalidad que la familia Buendía ofreció en cada visita que la coordinación del Proyecto Ja'ab realizó en la ciudad.

El Proyecto Ja'ab abraza y reconoce el talento de Abigail, Andrea, Berenice, Alessander, Eduardo y Luis. Sus aportaciones nos permitieron, en colectivo, dar forma a este sueño literario.





AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA  
se terminó de imprimir en octubre de 2016

La versión digital del libro se terminó de editar y revisar en tres fases distintas: la primera con el apoyo de Arbee Farid Antonio Chi, la segunda bajo el cuidado de Alejandrina Garza de León y de Adrián Ramos Garza y la tercera con la colaboración de Bárbara Angélica Guerrero Palacios (las tres fases fueron coordinadas por Joan Serra Montagut).

El tiraje fue de 1,000 ejemplares en  
Offset Santiago

Hecho en Campeche, México  
Editado en Mérida, México  
Impreso en Toluca, México

**[contacto@someditorialcolectiva.org](mailto:contacto@someditorialcolectiva.org)**

La versión impresa fue distribuida por la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura de los Estados Unidos Mexicanos (850 bibliotecas públicas) y por SOM Editorial Colectiva (150 espacios culturales y educativos de promoción lectora).

La versión digital se puede consultar y descargar en nuestra página web  
([www.someditorialcolectiva.org](http://www.someditorialcolectiva.org)).

Tras su paso por Campeche (México), el Proyecto Ja'ab de edición colectiva y fomento de la escritura y la lectura en el área maya reflexiona acerca de los efectos demoledores del cambio climático, las malas políticas públicas, la pérdida de las tradiciones y el desarraigo identitario. AHÍ DONDE SE QUIEBRA LA PIEDRA es también un llamado épico para que no olvidemos nuestras raíces ni la esencia de lo que somos en estos tiempos febriles y fugaces en los cuales, en realidad, las cosas más importantes de la vida siguen siendo inalterables. El Proyecto Ja'ab es una iniciativa educativa y cultural de SOM Editorial Colectiva A.C. coordinada por Joan Serra Montagut. Mandamos un afectuoso abrazo a todas las personas que crearon este sueño y forman parte de la familia Ja'ab. También a todas las personas que leerán este libro. Viajen por una ruta literaria sin precedentes que vincula doce ciudades de cinco países diferentes a través de una colección única. Juntas y juntos construimos la Nueva Era.



Publicación impulsada por

